

XAVIER ZUBIRI APALATEGUI (1898-1983)



El filósofo español Xavier Zubiri Apalategui (San Sebastián, 4.XII.1898 – Madrid, 21.IX.1983), conocido como Xavier Zubiri, estudió en Lovaina, Madrid y Friburgo. Fue discípulo de Juan Zaragüeta Bengoechea y de José Ortega y Gasset y, más tarde, de Martín Heidegger. Desempeñó la cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid desde 1926 hasta 1935, y luego vivió, hasta 1939, en Roma y en París. En 1942 enseñó en la Universidad de Barcelona, pero abandonó la cátedra dos años más tarde, para residir en Madrid, donde expuso su pensamiento en cursos privados, interrumpidos esporádicamente por sus estancias en el extranjero.

BIOGRAFÍA DE XAVIER ZUBIRI APALATEGUI

La manera de ser siempre lo mismo no siendo nunca lo mismo es la esencia de la biografía. (X. Zubiri)

Los hombres no pueden aplicar su oído a mi corazón donde soy lo que soy. (San Agustín)

«Por muy el mismo que sea a lo largo de su vida el viviente, nunca es lo mismo. Vivir es fluir para ser el mismo. El viviente es aquella realidad que no puede ser el mismo más que no siendo jamás lo mismo.» [X. Zubiri]

«La vida no es ser o no ser, sino tener que ser. Y esta positiva dimensión del tener que ser, es lo que confiere a la impotencia su propio carácter angustioso.» [Xavier Zubiri: *Sobre el sentimiento y la volición*, 1992, p. 399]

«El hombre, a la vez que agente de su vida, es actor de su propia vida. La persona es en cierto modo el gran personaje de su vida.» [Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*, 1984, p. 77]

«La vida personal de cada cual se va a la tumba con él, no pertenece a la historia, gustaba de decir Zubiri. Para Zubiri, es imposible escribir una biografía estrictamente hablando, pues consideraba que la biografía es la vida personal y única de cada cual, y que lo que se suele llamar biografía

es en realidad el argumento de una vida, una historia biográfica.» [Corominas / Vicens, 2006: 21 y 709 n. 4]

«Argumento de la vida es todo lo que el hombre hace en las situaciones de la vida. Mas en general, no puede extrañar que haya una unidad de biografía y de argumento, porque en el argumento de la vida se argumenta una sola cosa, la autoposición de la mismidad, que por ser una tiene que presentarse como unidad en el argumento de la vida.» [Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*, 1986, p. 584]

«Nacido en 1898 y muerto en 1983, Xavier Zubiri cubre el siglo XX en su casi totalidad. Zubiri es también un ejemplo muy destacado de lo que ha sido hacer filosofía, aún más, hacer metafísica en España a lo largo de esa última centuria. Fue uno de los metafísicos más fieles a su época y que se ha tomado con mayor seriedad de hacer filosofía a la altura de los tiempos, sin añoranzas del pasado ni nostalgia por los instrumentos conceptuales que fueron usuales en otras épocas y que hoy ya no son de recibo.

Su objetivo no fue otro que el de hacer metafísica a la altura del siglo XX, con las armas que han sobrevivido a la crisis de la racionalidad acaecida durante el siglo XIX. Para muchos, para los más, la crisis de la razón fue de tal envergadura que firmó el acta de defunción de la metafísica. Emile du Bois-Reymond lo dejó dicho por todos a la altura de 1876 en su lacónica sentencia: *ignoramus et ignorabimus*.» [Diego Gracia: *El poder de lo real*, 2017, p. 163]

«La vida de Xavier Zubiri Apalategui recorre todos los sueños y las catástrofes del siglo, y su filosofía trasciende cualquier frontera, pero ni su vida ni su obra pueden separarse del drama, el carácter y los sueños de España. La filosofía de Zubiri está inevitablemente anclada en su época y en aquello que también constituye la compleja trama de la condición humana: los sentimientos, las pasiones y los deseos. No se puede entender al margen de su trayectoria vital. Por eso, los autores de esta biografía no se han limitado a un itinerario crítico de su pensamiento, sino que se han centrado en la vida del filósofo y su entorno, de tal forma que esta obra es más que la primera biografía del gran pensador, es también un repaso magistral de la historia cultural europea del siglo XX.» [Jordi Corominas Escudé, / Joan Albert Vicens]

Fuentes para la biografía de Xavier Zubiri:

- Castro, Carmen: *Biografía de Xavier Zubiri*. Málaga: Ediciones Edinford, 1992.
- Laín Entralgo, Pedro: "Mi Xavier Zubiri", en Nicolás, J.A. / Barroso, O.: *Balance y perspectivas de la filosofía de X. Zubiri*. Granada: Comares, 2004, pp. 17-36]
- Corominas Escudé, Jordi / Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri: la soledad sonora*. Madrid: Taurus, 2006.

- Corominas Escudé, Jordi / Vicens Folgueira, Joan Albert: "Xavier Zubiri Apalategui". Real Academia de la Historia (R.A.H.^a).
- Corominas Escudé, Jordi / Vicens Folgueira, Joan Albert: "Xavier Zubiri, amigo de la luz, maestro en la penumbra", en Antonio Pintor Ramos (Coord.): *Zubiri desde el siglo XXI*. Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, p. 15 ss.

INFANCIA Y ENTORNO FAMILIAR

Xavier Zubiri Apalategui nació en San Sebastián el 4 de diciembre de 1898, en el seno de una familia católica y tradicionalista.

Su padre, Miguel Zubiri, era hijo del secretario del ayuntamiento de Valcarlos, un pequeño pueblo del Pirineo de Navarra, a cuatro pasos de la frontera francesa, refugio de peregrinos del Camino de Santiago. Está casado con Pilar Apalategui, hija de una acaudalada familia de San Sebastián. Sus suegros le ayudaron a adquirir un piso al lado del Casino de San Sebastián, y también a abrir una tienda de importación de coloniales. Su padre, secretario del Ayuntamiento de Valcarlos, le había enseñado contabilidad y proporcionado estudios. Además de con la tienda, cuenta con dos barcos propios y una importante nómina de empleados.

Miguel Zubiri es un hombre de carácter que se ha hecho a sí mismo. Tiene 36 años cuando nace Zubiri y es el quinto hijo de una familia de ocho hermanos. Milita en el carlismo vasco más conservador. No tarde en ser consejero del Banco Urquijo de Guipúzcoa y en 1919 llegará a ser diputado provincial del partido tradicionalista. Es un hombre de una religiosidad acendrada y austera. Poco dado a grandes muestras de emoción, lo suyo es una cierta melancolía.

Doña Pilar da a luz un niño frágil y enclenque. "Si muere, no lo sientan mucho, pues si vive, va a ser tonto", pronostica el ginecólogo. Pero el niño resulta ser mucho más fuerte de lo que el médico imaginaba. Da sus primeros pasos vigilado de cerca por un aya que solo sabe hablar euskera. [Aya: persona encargada en las casas principales de custodiar niños o jóvenes y de cuidar de su crianza y educación].

El mundo refinado de la *belle époque* se encuentra en su apogeo. Xavier pasa su infancia en el corazón palpitante de esta ciudad, entre un mundo exterior presuntuoso y algo fatuo y un mundo familiar de ideas tradicionalistas.

La debilidad congénita de Xavier hizo que sus padres temieran primero por su vida y luego lo rodearan de mimos y cuidados para compensar su natural delicado y enfermizo. El temor de los padres a perder a su hijo o a que sea disminuido hace que Xavier sea un niño sobreprotegido y, al mismo tiempo, que esté sometido a una gran exigencia. Los miedos paternos y el afecto concedido a cambio de un esfuerzo desmesurado van a forjar un carácter marcadamente hipocondriaco, escrupuloso y tenaz. Zubiri se verá obligado

a hacer un gran esfuerzo para demostrar lo que vale. Siempre le va a ser difícil expresar sus pensamientos más íntimos y personales, y su fantástica capacidad analítica y especulativa chocará con la impotencia para afirmar sus anhelos más hondos. La prohibición absoluta de toda protesta y la necesidad de adaptarse a las exigencias sociales le llevarán a una cierta tristeza interior vivida en soledad.

Pilar, su madre, que sufre de malestares frecuentes, es la que impone su voluntad en la familia. Madre autoritaria y dominante, acostumbrada al chantaje afectivo para conseguir lo que quiere, piensa para sus adentros que todos sus males son culpa de la falta de cariño y atención de los demás, incluido su propio hijo.

Mujer de misa diaria, implanta el rezo del rosario en su casa y un ambiente sobrio y devoto, con santos, estampillas y devocionarios repartidos por todos los rincones. Temerosa de los cambios y del auge turístico de la ciudad, se refugia cada vez más en la confesión y la práctica católica. Su familia, los Apalategui, es fervorosamente piadosa. Dos hermanos de Pilar son sacerdotes: Francisco, conspicuo carlista, es jesuita y Vicente, sacerdote diocesano. Se da por descontado que el primer hijo de Pilar también debe ser sacerdote. Pocas veces ve el pequeño reír a su madre, que vive convencida de que la existencia es una inmensa cruz que a duras penas se puede sobrellevar.

En 1901, Xavier sufre la conmoción del nacimiento de su hermano Fernando, que rebosa de salud mientras él es de natural enfermizo. Pero sabe que su situación tiene ciertas ventajas: a causa de su debilidad, se le prestan más atenciones y cuidados que a su hermano Fernando. Los dos hermanos establecieron en sus primeros años una relación conflictiva.

Xavier experimenta cierto miedo a entablar contacto con la gente, y practica una absoluta disponibilidad para adaptarse a las exigencias del entorno, con enormes dosis de resignación. Aunque nunca se creará guapo, lo cierto es que siempre va a gozar de gran atractivo para las mujeres. Fernando, más sociable que Xavier, cursará la carrera de Derecho en Oviedo, donde se codea con la flor y nata de la aristocracia asturiana hasta convertirse en un verdadero galán, célebre por sus lances amorosos, su atildamiento y su buen ver, como si hubiera nacido para vivir la vida y Xavier para pensarla.

De adultos, la relación entre los dos hermanos será muy estrecha. Conservador como su padre, Fernando hereda sus ideas monárquico-traditionalistas y le ayuda en el negocio. A lo largo de su vida, la hace a Xavier favores impagables. Hace siempre de mediador entre Xavier y sus padres.

EL COLEGIO DE LOS MARIANISTAS

En septiembre de 1905, Xavier comienza sus estudios de primaria y secundaria en el Colegio de Santa María, regentado por los hermanos marianistas, en su ciudad natal. Acaba de llegar un importante grupo de

profesores marianistas franceses, compuesto no por sacerdotes, sino por seculares con votos.

Francia ha suprimido las asociaciones religiosas, y los marianistas se han tenido que dispersar por Europa. La escuela es bilingüe: en ella se habla francés y castellano. La disciplina es férrea.

El director de la escuela, el padre Domingo Lázaro, un hombre de sólida formación teológica y cultural, suscitó en el joven Zubiri un gran interés por las cuestiones filosóficas y teológicas. El Círculo Católico de San Sebastián solicita al padre Lázaro unas charlas que den respuesta a la ofensiva anticlerical. Las conferencias de Domingo Lázaro, tituladas "La religión en la mentalidad contemporánea: estudio filosófico de actualidad", resultan muy diferentes de las charlas católicas al uso. Xavier guardará toda su vida cincuenta folios de apuntes de estas tres conferencias del padre Lázaro, que siempre considerará decisivas en el despertar de su vocación. Lázaro marcará asimismo su talento intelectual.

La precoz vocación intelectual de Zubiri, lector voraz desde muy niño, avanzó a la par que iniciaba su camino hacia el sacerdocio, que le parecía a él y a su familia su destino natural.

En 1909, ansioso de satisfacer a sus padres y sintiéndose elegido para servir a la Iglesia, se entusiasma con la idea de marcharse al Seminario Jesuita de Comillas y hacerse jesuita. Anhela más que nada ser sacerdote sabio. Pero viéndose sometido a la dureza, el aislamiento y la austeridad del Seminario, que contrastan con la abundancia de su casa, el mundo se le viene encima. En el dormitorio llora y suplica hasta que consigue que sus padres lo vayan a recoger. Así lo abandonó a los pocos días por problemas de adaptación. El disgusto de sus padres es soberano.

De vuelta a San Sebastián, es readmitido en el colegio de los marianistas. En tercero y cuarto año de bachillerato se entrega intensamente a los estudios de latín y geometría y aprende algo de griego. Sus principales aficiones ahora son filológicas, pero su ideal continúa siendo el mismo: ser sacerdote y ser un sabio.

En 1914, año en que empieza la Gran Guerra, en su quinto curso de bachillerato, Xavier inicia una larga batalla intelectual. Ajena a las discusiones entre germanófilos y aliadófilos, anda a la caza de libros que devora febrilmente. Todos sus ahorros se los gasta en libros. Xavier guardará como una reliquia sus apuntes del curso de religión que el padre Domingo Lázaro imparte durante este año. En abril de 1914, Xavier publica en la revista del colegio su primer artículo filosófico: "El proceso de la volición según la doctrina de santo Tomás de Aquino".

En el verano, Zubiri trabaja bajo la dirección del padre Lázaro sobre la teoría del conocimiento. El pragmatismo, que ha dejado una profunda huella en el padre Lázaro, es la primera corriente filosófica por la que se interesa de verdad. Se trata de una filosofía plural que ha influido también en otros

autores de gran ascendente sobre Zubiri, como Ortega, Blondel, Bergson y Heidegger. Desde la perspectiva pragmática cualquier saber y toda doctrina moral o religiosa valen en función de lo que aportan a la vida.

Xavier queda rendido de por vida ante el brillante estilo literario de Bergson: «He dicho muchas veces –recordará años después– que me impresionó de chico aquella frase de Bergson: “Como torbellinos de polvo levantados por el viento, los seres vivos giran en torno a sí mismos, arrastrados por el gran sople de la vida”.»

Es el año en que Ortega y Gasset publica *Meditaciones del Quijote*, un libro dirigido contra Miguel de Unamuno. En discusión con Unamuno, el último moderno de la filosofía española, Ortega funda la filosofía española contemporánea y abre un espacio donde, más adelante, el propio Zubiri podrá filosofar con libertad.

A finales de 1914, en sexto de bachillerato, Zubiri se entrega con más ardor que nunca a los temas filosóficos y teológicos. Continúa con las teorías del pragmatismo y considera los *Principios de Psicología* de William James el mejor libro producido en el continente americano.

En el ámbito escolar se explicaba a los tres grandes maestros del agnosticismo contemporáneo: Kant, Comte y Spencer, que cuestionaban la posibilidad de una prueba racional de la existencia de Dios, así como el valor del conocimiento teológico.

Entre las cuestiones teológicas, la metafísica del dogma subyuga a Zubiri. Las cuestiones críticas de la Sagrada Escritura pasan a ser las que ocupen todo su tiempo. Se entera de que hay dudas de que Moisés deba ser considerado el autor del Pentateuco y se afana por estudiar exégesis bíblica y hermenéutica. Investiga sobre el modernismo y su historia y sobre la encíclica *Pascendi Dominici Gregis*, promulgada en 1907 por Pío X, que lo condena. La encíclica va acompañada de todo un sistema de represión para erradicar los errores modernistas.

En 1910, el Vaticano publica el *Motu Proprio Sacrorum Antistitum*, por el que se impone a los sacerdotes un juramento antimodernista. Las autoridades eclesíásticas son incapaces de reconocer legitimidad alguna a la crítica histórica y a la libertad de la razón. Algunos sacerdotes se ven obligados a dejar el sacerdocio; otros son confinados en parroquias rurales o se ven constreñidos a dedicarse a especialidades poco peligrosas; y otros, como Lucien Laberthonnière mantienen un equilibrio inestable en el interior de la Iglesia. Con el inicio de la Gran Guerra (1914), la crisis modernista queda relegada a segundo plano en Francia.

Estudia el libro de Alfred Loisy *El evangelio y la Iglesia*, así como la teoría del dogma de Le Roy (*Dogme et critique*, 1907). Con su libro publicado en 1902, Loisy que había provocado un verdadero seísmo en el interior del catolicismo. Según él, tanto las verdades teológicas como los dogmas son

elaboraciones de la comunidad de fe y no guardan relación inmediata con hechos históricos.

La investigación histórica puede, incluso, llegar a contradecir las verdades teológicas. Lo que desata la crisis modernista es la separación metodológica que algunos autores, como Loisy, establecen entre ciencia y teología. El problema consiste en la conciliación del reconocimiento de una autoridad doctrinal fruto del Magisterio y ligada a la Revelación, y la libertad de búsqueda intelectual.

Al estudiar el debate entre modernistas y antimodernistas, Zubiri se sumerge y se compromete intelectualmente en una polémica filosófico-teológica; su espíritu vibra con ella de una manera desconocida hasta ahora. Xavier empieza a sentir una gran simpatía por el modernismo y comienza a experimentar en su propia mente el conflicto entre las tesis modernistas y lo que defiende la Iglesia católica.

A través de los marianistas, Zubiri se sumerge con toda intensidad y fascinación de una mente adolescente en el pensamiento de autores tildados de modernistas. Una gran inseguridad se apodera de él. Su vocación sacerdotal, establecida desde la cuna, su concepción de la Iglesia e incluso su fe chocan con todo lo que ahora está descubriendo. Pero no puede hablar con nadie sobre sus dudas. Jamás podrá volver a dormir bien.

Pese a todo, está decidido a seguir los estudios eclesiásticos por el ideal de conseguir demostrar que se puede ser sacerdote católico y hombre de estudio crítico. Haciéndose sacerdote colmaría el deseo de todos los que le rodean y sus propias aspiraciones. Esto es lo que piensa en este momento. Pero una crisis de fe se abre para siempre en su interior.

“Durante toda mi vida solo he conocido una emoción que me ha conmovido: la emoción del puro problematismo. Desde muy joven he sentido el dolor de ver cómo todo se transforma en problema”.

El 28 de junio de 1915, Xavier Zubiri se gradúa como bachiller en el Instituto de Enseñanza Media de San Sebastián. Las notas de Zubiri son buenas, aunque no excepcionales. Con el grado de bachiller ha ganado el derecho de ser tratado de “don” y su padre le regala una maravillosa pluma de oro.

INGRESO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE MADRID

En septiembre de 1915, ingresó en el Seminario Conciliar de Madrid, guiado por el sacerdote Juan Zaragüeta, buen amigo de sus padres, un hombre jovial de amplia formación filosófica y científica, doctorado en la Universidad Católica de Lovaina. Pero al día siguiente de su llegada al Seminario, Zubiri padeció una grave crisis de salud y tuvo que regresar a San Sebastián, donde pasó todo el curso haciendo reposo y bajo atención médica, aunque plenamente dedicado a sus lecturas filosóficas y teológicas.

Se instaló definitivamente en Madrid en septiembre de 1916. Juan Zaragüeta, recién nombrado rector, le autorizó a residir fuera del

Seminario, asistiendo a sus clases como alumno externo. En los años siguientes, Zaragüeta actuó como profesor de Filosofía, tutor y mentor del joven Zubiri, viendo en él a un futuro sacerdote enteramente dedicado al estudio y la docencia.

El paso de Zubiri por el Seminario no estuvo libre de turbulencias. Desde sus años en el Colegio de los marianistas, se hallaba sacudido por tormentas espirituales que marcaron toda su juventud y su destino vocacional. Su temprano contacto con el pensamiento moderno, gracias a Domingo Lázaro y a Juan Zaragüeta, y su propio trabajo intelectual, le habían permitido conocer a fondo el modernismo teológico al que se adhirió interiormente.

A pesar de que el modernismo había sido condenado diez años antes por Pío X, Zubiri asumió en sus años de juventud las principales tesis de los sectores modernistas más radicales: la preeminencia de una religión natural, reducida a impulso interior hacia la perfección moral del hombre; la relatividad de las religiones positivas, entendidas como los modos circunstanciales en que los hombres concretan su sentimiento religioso; la negación de la divinidad de Cristo y el carácter puramente cultural y social de la Iglesia católica y de sus sacramentos. Profesó en secreto su credo modernista, pero ello no le evitó un grave conflicto con un profesor del Seminario que le censuró su heterodoxia.

ESTUDIOS EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

En 1917, inició estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid. Para adelantar en la carrera, se examinó de algunas asignaturas en la Universidad de Salamanca.

En la Universidad abundan los profesores de manual. Zubiri intentará evitarlos siempre que le sea posible. No obstante, en el claustro de la Facultad de Filosofía figuran también algunos catedráticos de prestigio: el socialista Julián Besteiro, catedrático de Lógica, al que siempre estimará y respetará; Luis de Zulueta, catedrático de Literatura; Manuel García Morente, catedrático de Ética, su mejor amigo en la Universidad. Entre todos ellos destaca el catedrático de Metafísica, el afamado don José Ortega y Gasset, muy conocido por sus artículos de prensa y su actividad política.

La llegada de Ortega a la cátedra de Metafísica en 1910 significó el comienzo de la filosofía contemporánea en España. La filosofía española del siglo XIX –dirá Zubiri– había sido “cosa de secta y de partido”. La filosofía española del siglo XX empezó con el sereno sentir orteguiano, atento a lo concreto y al matiz filosófico, bien distinto de la modernidad, sensibilidad trágica y conmoción telúrica de Unamuno. Ortega ambiciona crear en España un ámbito propio para la filosofía y un ambiente para poder filosofar con libertad.

A comienzos de 1919, se convirtió en discípulo de José Ortega y Gasset, que le puso en contacto con la fenomenología de Husserl. Ortega contribuyó decisivamente a situar a Zubiri en la senda de la pura filosofía, ajena a

intereses teológicos. Juan Zaragüeta le *explicaba* filosofía; Ortega le está enseñando a *filosofar*. Xavier otorga a Ortega su confianza intelectual, y más que su discípulo llega a ser "hechura suya". Junto a él empieza a pensar como nunca lo había hecho. Ortega no profesa una fe católica, pero sus últimas emociones católicas se las provocó el modernismo y recibieron un duro golpe cuando este fue condenado por la Iglesia. Según Ortega, la Iglesia podría asumir un papel cultural de primer orden, nos liberaría de la fe del carbonero y del escepticismo imperantes. "Una Iglesia católica amplia y salubre, que acertara a superar la cruda antinomia entre el dogmatismo teológico y la ciencia, nos parecería la más potente institución de cultura: esa Iglesia sería la gran máquina de educación el género humano" (Comentario de Ortega a *El Santo* de Fogazzaro).

Zubiri tiene que luchar contra lo que se opone a su destino personal, un destino que siente ligado al desarrollo de una filosofía libre y radical como la de su maestro.

ESTUDIOS EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LOVAINA

Entre febrero de 1920 y marzo de 1921, por consejo de Juan Zaragüeta, estudió en el Instituto Superior de Filosofía de la Universidad Católica de Lovaina, dirigida por el Cardenal Mercier, y en la que se pretendía recrear una Neoescolástica desde la fenomenología. En este espíritu de Lovaina hay que encuadrar la corriente "Neotranscendentalista", surgida en el filosofado jesuítico de Lovaina en los años 1905-1945 bajo el magisterio de José Marechal ("Dinamismo objetivante", en su obra *Le point de départ de la Métaphysique*), corriente prolongada por los filósofos jesuitas Bernard Lonergan (1904-1984 - Canadá), Emerich Coreth (1919-2006 - Innsbruck, Austria), Joseph de Finance (1904-2000 - Francia), Johannes Baptist Lotz (1903-1992 - Múnich). Para Zubiri el espíritu aperturista de Lovaina lo encarnaba el profesor Léon Noël.

En Lovaina, Zubiri conoció una filosofía escolástica abierta a los puntos de vista de la filosofía kantiana y de la fenomenología. Intimó con el profesor Léon Noël, del que le interesó especialmente su "realismo inmediato", filosofía alternativa al "realismo crítico" de otros profesores lovaineses. No escondió ante él ni ante algunos de sus compañeros sus dudas de fe o su militancia modernista.

Del programa de estudios le interesan los cursos de "Psicología del Pensamiento", que imparte Michotte, la "Metodología Matemática" a cargo de La Vallée Poussin y el acercamiento de Edmund Husserl de Léon Noël. En las clases de Poussin coincide con un joven de 26 años, Georges Lemaître, que está terminando su doctorado en matemáticas y física. Más tarde será conocido por su teoría de un universo en expansión a partir de una explosión inicial. En 1927, Georges Lemaître publicó su hipótesis de un universo en expansión a partir de una explosión inicial. La denominación de «big-bang» fue en un principio un término burlesco utilizado por el

astrónomo británico Fred Hoyle, que, como la mayor parte de astrofísicos, rechazaba la teoría de Lemaître.

En noviembre de 1920, se trasladó temporalmente a Roma para realizar su examen de doctorado en Teología en el Collegium Theologicum vaticano. Le confieren el grado doctoral y le invisten con los atributos de Doctor: anillo con piedra y birrete con borla blanca.

El 12 de noviembre, en el viaje de vuelta a Lovaina, Xavier le da vueltas al juramento que se ha visto obligado a hacer. La ha impresionado la enorme burocracia de del Vaticano, y concluye que la Iglesia, en tanto que institución terrena, es meramente un conjunto de ritos organizados que ejercen un papel social importante, pero que todo lo demás es adventicio.

A pesar de su discreción, en Lovaina se rumorea que es un modernista convencido. El título de doctor le permite acallar las murmuraciones. Hastiado y rendido por sus luchas interiores, sin ver otra salida, se dispone a ordenarse subdiácono, la primera de las órdenes mayores y por la que se adquiere el compromiso del celibato. El silencio en el que ha mantenido su crisis contribuye a que fuera del seminario se considera su vida como espiritualmente tranquila y feliz. Sus maestros, su familia, el medio social que le rodea, ejercen sobre él una presión difusa, más eficaz que cualquier coacción explícita, sin siquiera imaginar sus sufrimientos. Se consuela pensando que, para su objetivo de ser profesos de filosofía, el sacerdocio no le supondrá ningún obstáculo, e incluso le reportará alguna ventaja por la autoridad moral que confiere.

Decide definitivamente ordenarse de subdiácono a la espera de la resolución de sus problemas de fe. Se ordenará con la intención de pasar página y de continuar haciendo su vida, incorporándose tan solo externamente a la masa social de los eclesiásticos. Tras la ordenación tiene miedo de haber cometido el gran error de su vida, de haber sacrificado su vida a la nada. Durante los días siguientes abriga el propósito de romper de inmediato la ficción de su vida clerical y desertar de la Iglesia. Pero la perspectiva de ser indigno del amor de sus padres y del aprecio de sus amigos le aterra. Así se decide a callar y proseguir.

El 24 de febrero de 1921, presentó en Lovaina una tesina de licenciatura en Filosofía titulada *El problema de la objetividad en Husserl*. Zubiri es aprobado con la máxima calificación (19,5 sobre un máximo de 22,5). Un mes después vuelve a Lovaina y se inscribe en el doctorado. Sus ideas están cada vez más alejadas de la neoescolástica. A finales de marzo de 1921 retorna a su casa. Pero está decidido a abandonar España y trasladarse a Alemania a completar su formación.

DOCTORADO EN FILOSOFÍA – UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

El 5 de abril de 1921 solicita una beca a la Junta de Ampliación de Estudios para seguir cursos de filosofía en diversas universidades alemanas: Friburgo, Leipzig, Wurzburg, Gotinga. Ya ha comunicado su propósito a

sus padres. Desde que recibió el subdiaconado ha perdido la ilusión por todo. En Lovaina sus ideas han ido cristalizando, pero no se atreve a adoptarlas interiormente.

Se doctoró en Filosofía en Madrid, en mayo de 1921, con la tesis *Ensayo de una teoría fenomenológica del juicio*, cuyo ponente fue Ortega y Gasset. Se trata de la primera obra en lengua no alemana dedicada íntegramente a la fenomenología.

Aparte de lo defendido en su tesis, Zubiri continúa sosteniendo muchas otras ideas modernas: un pragmatismo injertado con vitalismo orteguiano y optimismo decimonónico; una concepción neokantiana de la moral y de Dios, y la separación de la religión y de la metafísica defendida por teólogos protestantes liberales. El modernismo sigue siendo para Zubiri "el hecho más natural del mundo". Pero, sumido en esta amalgama, crecen sus ansias por fundamentar el saber en una base objetiva.

ORDENACIÓN SACERDOTAL – VUELTA A MADRID

Zubiri quiere creer que no está demasiado lejos de la fe esencial de la Iglesia. Fatigado por los continuos trastornos de su salud tanto espiritual como física, está dispuesto a dar el paso definitivo a una situación sin retorno: quiere llegar de una vez al otro lado de sus dudas, a una ordenación sacerdotal que sea el último trámite para dedicarse en paz a la filosofía.

Un acontecimiento inesperado va a precipitar su decisión: El 21 de julio de 1921 se produce el Desastre de Annual. Al norte de Marruecos, las tropas españolas son destrozadas por los marroquíes. Se forma un nuevo gobierno de concentración nacional presidido por Maura y se lleva a cabo una leva extraordinaria, una recluta de gente para el servicio militar. Zubiri tiene pendiente su servicio militar y solo puede acogerse a los beneficios militares de los presbíteros si se ordena ya de sacerdote.

Entre tanto, arrastrado por la inercia de su carrera sacerdotal, animado por sus directores espirituales a perseverar en ella y a desterrar cualquier tentación en sentido contrario, temeroso de la decepción de su familia ante una eventual renuncia suya al sacerdocio, recibió las órdenes menores en medio de una fuerte crisis espiritual y se ordenó sacerdote el 21 de septiembre de 1921 en Pamplona. "Nunca he sentido mayor indiferencia que ese día". Antes de la ceremonia, ha vuelto a prestar el juramento antimodernista.

Unos días después de la ordenación, Zubiri vuelve a Madrid. En Madrid estrena su condición sacerdotal, haciendo acto de presencia en todas partes con su sotana negra. El impacto que provoca la produce gran incomodidad.

En octubre de 1921 recibe una carta de un compañero seminarista de Lovaina que está atravesando por una profunda crisis de fe a causa de su contacto con las corrientes modernistas. Bajo el seudónimo de "Rourix" le

escribe una larga confesión de su vida con objeto de pedirle consejo. Zubiri le responde con una extensa carta en la que se explana sobre su concepción del cristianismo y del sacerdocio:

“El hecho religioso profundo, elemental, es la creencia vivida en la trascendencia de la vida; es, si usted quiere, el optimismo. No se llega a la religión por la vía de los razonamientos metafísicos. Porque lo esencial de la religión no es la creencia en Dios, tal y como la escolástica la define, sino la creencia en lo divino, de la cual el monoteísmo es tan sólo una expresión contingente. La diversidad de creencias no constituye peligro alguno, del mismo modo que la diversidad de opiniones científicas sobre la luz no impide el normal ejercicio de la visión. Porque una cosa es creer en la Trinidad y otra admitir esta fantasía escolástica de las relaciones y las procesiones de los Concilios. La religión, para ser vivida, necesita una organización social que asegure su ejercicio y actos de rito y de culto que estimulen en un momento dado esta intuición religiosa. Por tanto, las religiones positivas no tienen ningún valor teórico: son simplemente un sistema de recetas prácticas para aumentar la experiencia religiosa personal. Desde este punto de vista, he acabado por admitir el cristianismo. No porque el cristianismo sea la verdad y las otras religiones un error; sino simplemente porque el cristianismo es el hecho social que concuerda mejor con nuestra mentalidad. La Iglesia no puede imponer a priori la creencia en un hecho histórico o en el resultado de la crítica. Para hacer un poco de bien a la Iglesia, he escondido siempre mis ideas. Soy feliz de ver que usted es el primero a quien he podido confiar mi idea de sacerdocio”.

Zubiri quiere pensar que el catolicismo puede todavía encarnar el ideal mayor de trascendencia vital que también proclama, a su modo, Ortega. Quiere creer que le será posible vivir un sacerdocio diferente y realizar en la Iglesia un trabajo callado de auxilio a las almas atribuladas. La Iglesia, sin embargo, no le va a permitir ni creer lo que dice, ni decir ni vivir lo que cree.

DENUNCIA Y RUPTURA

En noviembre de 1921, pocos días después de escribir a su amigo de Lovaina, Zubiri vuelve a su desánimo habitual. Su última fantasía en torno a su sacerdocio se ha desvanecido. Le duela la soledad en que vive. La Junta de Ampliación de Estudios no le ha concedido la beca solicitada. Inicia gestiones para conseguir ser nombrado profesor universitario, paso previo a la consecución de una cátedra. Teme que si, más adelante, rompe con la Iglesia, la universidad le cierre las puertas.

Recibe una carta anónima: “Le comunico por la presente que ha sido denunciado ante su Obispo a causa de sus ideas heterodoxas. Esas ideas le desautorizan para decir misa”. La persecución del modernismo se ha convertido en una caza de brujas en el interior de la Iglesia. “Quien siembre tormentas, recoge tempestades”, le recrimina Juan Zaragüeta. “Por el

medio social, dígame lo que se quiera y explíquese como se pueda, he venido yo a parar a esta situación de ánimo que no quisiera para nadie. Porque no es poca desgracia, como diría Ortega, estar condenado a pensar en todo de distinta manera que los demás. En casa les he engañado diciendo que digo misa a unas monjas irlandesas de la aristocracia" (Zubiri).

ESTANCIA EN PARÍS – REGRESO A VITORIA AL SER DENUNCIADO

Deseoso de alejarse de España, donde comenzaba a ser objeto de acusaciones anónimas de heterodoxia, consiguió, por fin, una beca de la Junta para Ampliación de Estudios para continuar sus estudios en diversas universidades de Alemania. Se dispone a viajar a Alemania. Quiere poner tierra de por medio. A pesar de las intrigas en torno a su persona, a finales de enero de 1922 obtiene el permiso del Obispado de Vitoria para realizar estudios científico-filosóficos en Friburgo.

Camino de Alemania, a principios de marzo, Zubiri llega a París, Su intención es pasar ahí unos días camino de Alemania. En París asiste a la cátedra de Alfred Loisy, teólogo e historiador excomulgado por la Iglesia, y se entrevista en marzo de 1922 con Henri Bergson en el Collège de France, cuya obra admiraba y conocía a fondo.

El vitalismo de Bergson constituye la base de muchas doctrinas modernistas que convencen a Zubiri. Édouard Le Roy, por ejemplo, ha trasladado algunas ideas de Bergson al campo de la teología. "Toda filosofía nace de la concentración del pensamiento sobre la base de una emoción pura", es una de las frases de Bergson que a Zubiri le gustará repetir siempre. Bergson no defrauda las expectativas de Zubiri: "Tuve la alegría inexpresable de haber encontrado al hombre que me hacía falta, y que en algunas horas de conversación sobre estos temas me dio más de lo que podría recibir de ningún libro".

Recibe carta de sus padres en las que las reprimendas, los consejos y las súplicas se mezclan por igual. Su padre le escribe: "Todas tus dudas provienen, no lo dudes, de la falta de formación sacerdotal. Te recomiendo que en entregues a un director espiritual. Cuando eras más joven te ocupabas más del espíritu. Es de muy mal efecto que un sacerdote joven tenga diferencias con el señor Obispo por cuestión de ideas. Esto si se hiciera público te haría mucho daño". Pilar, su madre, le recomienda que estudie menos y que recupere las piedades de antaño: "Sé más piadoso, haz oración todos los días como hacías cuando eras bachiller".

Pero lo peor está por llegar: Alguien que le conoce bien le ha visto entrar en el aula de Loisy, el profesor proscrito. Se trata del estudiante belga a quien Zubiri intentó hacer unos meses auxiliar espiritualmente, y que ahora no se recata en escribir al obispo de Vitoria, Leopoldo Eijo y Garay, una carta firmada con el seudónimo de "Rouris", en la que vierte graves acusaciones. "Rouris" se encarga de hacerle llegar una copia de la carta el propio Zubiri, quien recibe consternado esta nueva denuncia.

Zubiri regresa rápidamente a Vitoria para entrevistarse con su prelado. Está resuelto como nunca antes a dar el paso final hacia su liberación. No está dispuesto a ceder: "Es la última vez que soporto procedimientos de esta índole. Lo que se me achaca de ideas es rigurosamente exacto. Retrocedo, pues, para ir a Vitoria y zanjar de manera rápida y definitiva el problema de mi situación privada y pública con la Iglesia", escribe Zubiri a Juan Zaragüeta.

Antes de entrevistarse en Vitoria con su obispo, pasa por San Sebastián para visitar a sus padres, que escuchan perplejos sus explicaciones. Le suplican una y otra vez que cambie de ideas, pero él resiste a las súplicas y los llantos. Ve a su padre "a sus 60 años bajo el peso del más rudo golpe que pueda recibir su alma hermosa, que se pasó la vida entera trabajando para él, adorándole más que amándole". Mira también a su madre, con los ojos inundados y temblorosa, "como una moribunda que sufre porque su hijo se separa de ella después de haberse separado de su otra madre, la Iglesia".

En la entrevista con su obispo, este le declara en forma solemne: "Mi deber sagrado es excomulgarte con excomunión mayor reservada al Sumo Pontífice. No tengo otro remedio". Pero pronto abandona su tono de juez: "Reflexione usted sobre el paso que está dando. Se dispone a iniciar una vida en pecado mortal y va a inundar de dolor la existencia de su familia. Muestre que es capaz de liberarse de su orgullo intelectual".

Al final, Zubiri está decidido a renunciar formalmente a sus ideas y a rectificar. Vencido por la presión de sus familiares y de sus maestros, solicita el perdón del Obispo: "Creo en un solo Dios Padre todopoderoso, creador del Cielo y de la Tierra...". Acobardado ante las miles de dificultades y desgracias con que todos le amenazan si persiste en su apostasía, humillado ante su prelado, abjura de su modernismo, jura y firma una declaración antimodernista.

A pesar de lo que aparente su resolución, la crisis de 1922 supone el fracaso definitivo de su precario proyecto de vida sacerdotal. A duras penas irá recuperando una cierta calma, pero las cicatrices abiertas en su alma tardarán muchos años en cerrarse.

Sin embargo, no va a renunciar del todo a la conducción de su vida. Será fiel a su compromiso, nunca más pondrá en cuestión el magisterio de la Iglesia, se comportará como un sacerdote disciplinado, pero reducirá al mínimo su actividad pastoral, evitando en lo posible los servicios sacramentales. Está decidido a cultivar la filosofía sin entrar nunca en polémicas teológicas, y dispuesto a iniciar su carrera hacia la cátedra universitaria.

EN LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

En los primeros días de marzo de 1923, asiste Zubiri a una serie de conferencias que dicta en Madrid el célebre físico Albert Einstein. Ortega

está convencido de que la física de Einstein avala la filosofía perspectivista que él mismo está construyendo. La teoría de la relatividad suponía la desaparición de un sistema de referencia privilegiado, constituido sobre la base de la existencia de un espacio y tiempo absolutos. La geometría euclidiana debería ser abandonada. El Universo no es infinito y acaba, como dice la cosmología clásica, sino finito y dinámico.

Zubiri recuerda que Husserl ya había mostrado que “los problemas filosóficos nacen de la necesidad de fundamentar la ciencia objetiva y de interpretar sus resultados”. Zubiri lamenta “el absurdo de nuestras facultades de Filosofía al no tener cursos de Filosofía Matemática ni de Filosofía de las Ciencias”. Después de tantas polémicas teológicas, el sumergirse plenamente en libros de matemáticas o de física puede devolverle la tranquilidad a su espíritu.

En septiembre de 1923, decide matricularse como alumno libre en las asignaturas de Análisis Matemático y Geometría Métrica de la Facultad de Ciencias. Forma parte del círculo del afamado matemático Julio Rey Pastor.

Renunció a una auxiliaría de la Facultad de Filosofía para poder dedicarse plenamente a sus estudios científicos, que consideró desde entonces un elemento indispensable de su formación teórica y de su trabajo filosófico. Siempre estuvo convencido de que no era posible una filosofía a la altura del siglo XX que no tuviera en cuenta las aportaciones más recientes de la Matemática, la Física o la Biología.

CÁTEDRA DE HISTORIA DE LA FILOSOFÍA – UNIVERSIDAD CENTRAL

Desde hace tiempo, Ortega quiere comprometer a Zubiri en la regeneración de la universidad; su indiscutible capacidad filosófica y su magnífica formación no tiene parangón con la de otros jóvenes del momento. Ortega está dispuesto a facilitarle el camino hacia una cátedra.

Pasa el curso dedicado a sus estudios matemáticos, y en junio de 1924 aprueba las asignaturas de Análisis Matemático y de Cálculo Infinitesimal. Ya tiene el permiso de su obispo de Vitoria para residir en Madrid. Vuelve a aprobar cinco asignaturas más en la Facultad de Ciencias.

El verano de 1925 ofrece algunas señales de que Zubiri empieza a ser considerado públicamente como una referencia de primer orden en el campo de la filosofía. En noviembre, publica su primera colaboración con la *Revista de Occidente* que, fundada en 1923 por José Ortega y Gasset y difundida tanto en Europa como en América Latina, dio lugar a la creación de la editorial homónima en 1924.

En 1925 se convocan oposiciones a la cátedra de Lógica y Teoría del Conocimiento de la Universidad de Salamanca. A la misma plaza opta también Joaquín Xirau Palau, un filósofo catalán. A Zubiri la plaza en Salamanca se le antoja difícil: en el reino de don Miguel de Unamuno quizás no sea bien recibido un significado discípulo de Ortega.

Pero un suceso inesperado precipita los acontecimientos. En enero de 1926 fallece el catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Central de Madrid, el menendezpelayista Adolfo Bonilla San Martín, que encarnaba el tipo de intelectual erudito pero sin fuste filosófico, que Ortega quisiera no ver más en las facultades de Filosofía. Zubiri aparece como el mejor sustituto posible.

A Zubiri esta oportunidad se le presenta como su única tabla de salvación: si la obtiene podrá reducir su vida sacerdotal al mínimo, dedicándose exclusivamente a una labor científica y docente en un ambiente laico. El 19 de junio de 1926, Zubiri firma las oposiciones para cubrir la cátedra de Bonilla. Los otros opositores a la misma cátedra, al conocer que Zubiri concurre a la oposición, renuncian en cascada a presentarse. Su fama de sabio y su condición de candidato oficial les desanima de inmediato. A finales de octubre se reúne el tribunal que deberá juzgar la oposición: lo preside Juan Zaragüeta, como secretario actúa Manuel García Morente y como vocales José Ortega y Gasset, Miguel Asín Palacios y Jaume Serra Húter. El 15 de noviembre de 1926 comienzan los exámenes. Acabados los exámenes, el tribunal dicta: "...y por lo tanto, este tribunal acuerda por unanimidad proponer para la cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad Central a don José Javier Zubiri Apalategui, y decide trasladar al Ministerio de Instrucción Pública este acuerdo para que se realice el nombramiento correspondiente".

En 1926, a los veintiocho años, Zubiri gana por oposición la cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad Central de Madrid. Pronto destacó como profesor de un saber inmenso, que maravillaba a sus alumnos por el rigor y la profundidad de su discurso filosófico.

Unos años atrás había leído la tesis de habilitación de Martin Heidegger sobre Duns Scoto [*La doctrina de las categorías y del significado de Duns Escoto*, que termina con la frase de Novalis: "En todas partes buscamos lo incondicionado, y lo único que encontramos siempre son cosas"], un texto que despertó su interés por seguir de cerca a este discípulo de Husserl e incluso por conocerle personalmente.

En 1927, quedó fuertemente impactado por la lectura de *Ser y Tiempo*, de Martin Heidegger. Creyó hallar en este libro una senda filosófica que le permitía seguir la vía abierta por la fenomenología, pero liberándose de las adherencias modernas o idealizantes que atenazaban todavía el pensamiento de Husserl. "Quedé sorprendido. Comprendí entonces que cuando uno se sorprende de una naturalidad empieza a comprender". Le parece que alguien ha conseguido por fin poner por escrito ideas que a él hace tiempo que le bullen en la mente.

Zubiri no consigue remontar de ninguna manera su vida sacerdotal y más bien la percibe como un martirio persistente. Si vida es un gran equívoco: vive enredado en una enorme mentira que él mismo, con su incapacidad

para ser lo que es, ha ido construyendo desde que entró en el seminario. Una vez más, la universidad le sirve de refugio en su soledad.

Zubiri da lecciones sobre la *Metafísica* de Aristóteles, teniendo en cuenta los resultados de la nueva crítica filológica de la obra aristotélica. Según Werner Jäger, Aristóteles evolucionó desde el platonismo al empirismo. Tesis reñida con lo que ha sido y quiere seguir siendo la interpretación escolástica, que coloca la *Metafísica* de Aristóteles al final de su vida, como síntesis y culminación de todo su sistema filosófico.

Zubiri intenta incorporar algunas nociones aristotélicas a la filosofía contemporánea. Hasta que empezó Zubiri, nadie se ocupaba de Aristóteles. Los neokantianos saltaban de Platón a Kant. Fueron menester la difusión de Brentano, el libro de Jäger y sobre todo Heidegger, para la resurrección de Aristóteles.

Desde el verano de 1927m apenas estrenada su cátedra, Zubiri está decidido a huir al extranjero. Se repite la situación de 1922. Para salir de España considera que Friburgo es el mejor destino.

ESTUDIOS EN FRIBURGO CON HUSSERL Y HEIDEGGER

En octubre de 1928, se trasladó a Friburgo (Alemania) para estudiar con Husserl y Heidegger. Asistió a las últimas clases del primero y a numerosos cursos del segundo, llegando a formar parte de su círculo más estrecho de estudiantes y colaboradores. Interesado en un diálogo profundo con Heidegger, sólo consiguió intimar con él cuando ya estaba decidido a abandonar Friburgo y empezaba a barruntar una alternativa filosófica personal, un punto de partida más originario que el "ser" heideggeriano.

Un grupo de jóvenes, destinados a formar parte de la élite intelectual de la futura Europa, deambulan por la universidad de Friburgo atraídos por Husserl y Heidegger: Leo Strauss, Ernesto Grassi, Emmanuel Levinas, Hannah Arendt, Herbert Marcuse, Karl Löwith; al lado de Husserl: Ludwig Landgrebe, Eugen Fink y Hans Jonas. Junto a Husserl y Heidegger imparten sus clases otros profesores afamados, como el filólogo Eduard Fraenkel, el economista Walter Eucken, el neokantiano Jonas Cohn, los fenomenólogos Oscar Becker, Fritz Kaufmann o Wilhelm Szilasi (sucesor de Heidegger). Zubiri participa del círculo de estudiantes heideggerianos en el que se mueven H. Marcuse, K. Löwith, H. Reiner y H. G. Gadamer, un joven de 28 años que están preparando su segundo doctorado sobre Platón, bajo la dirección de Heidegger.

Zubiri enseguida conecta con la forma de ser de Husserl, un entrañable anciano de 80 años, de porte grave y, no obstante, afable. A sus 80 años, su pensamiento siempre está empezando de nuevo, como si lo pensado anteriormente ya no tuviera validez. La fenomenología se ha convertido en una denominación que cobija planteamientos y direcciones muy diversas y hasta incompatibles.

El trabajo de Heidegger en Marburgo iba todavía a caballo de la teología. Heidegger ha sido estudiante de teología y seminarista. En la época en la que Zubiri se hacía sacerdote, Heidegger, contrariado por las tentaciones liberales del mundo religioso alemán, abandonaba el catolicismo tradicional y empezaba a simpatizar con la teología dialéctica de Karl Barth (1886-1968). Barth tomó un nuevo rumbo teológico, llamado inicialmente «teología dialéctica», debido a su énfasis sobre la naturaleza paradójica de la verdad divina. Subrayaba el abismo infranqueable que nos separa de Dios. A Zubiri las reflexiones de Heidegger sobre la fe y el pensar le afectan en lo más hondo. Heidegger mantiene que la filosofía cristiana es imposible. La filosofía se opone a toda fe religiosa. Una filosofía cristiana es un “hierro de madera”.

En Marburgo, Heidegger todavía pensaba que en Barth podía encontrarse algo de vida espiritual y que era posible recuperar la naturaleza originaria de la fe cristiana. Frente al énfasis de sus predecesores en la inmanencia, Barth subrayaba la trascendencia de Dios denominándolo “el totalmente Otro”; acentuaba la discontinuidad entre las obras humanas y la gracia divina, calificaba de blasfemia el intento de probar a Dios metafísicamente; el Dios cristiano se había manifestado de hecho en la Pasión y la Cruz.

Heidegger observa que el problema del ser es previo al problema de Dios y que es en la experiencia del ser donde se ha de esclarecer lo Sagrado, la Deidad, pero lo sagrado no incluye ni excluye la cuestión de Dios. Sus pensamientos colisionan con las ideas modernistas asumidas por Zubiri años atrás.

Cada lunes, Zubiri participa en las reuniones de Heidegger con un grupo de profesores estudiantes. Quiere a toda costa atraer su atención, expresarle en privado la conmoción que le ha supuesto la lectura de *Ser y tiempo*. Las generalidades que escucha no las considera auténticas “conversaciones” sino que las toma como un juego. Sin embargo, siempre que intenta acercársele, Heidegger se lo quita de encima. A Zubiri, cada día le incomoda más esta distancia. Cuando Zubiri interviene en la discusión siente la indiferencia de Heidegger. Desgraciadamente para Zubiri, Heidegger no comprende nada y le ignora. A lo largo de catorce meses Zubiri no consigue mantener con él una conversación a solas.

Zubiri forma parte del grupo de los heideggerianos cuando se trata de trabajar y a la hora de las fiestas universitarias y las excursiones a la nieve y la montaña. Es feliz entre ellos, paseando por los bosques o en las jornadas de esquí. A la llegada de la primavera, Heidegger invita a todo el grupo a su cabaña de la Selva Negra, no muy lejos de la ciudad. “Aquí he escrito *Ser y tiempo*”, comenta satisfecho. “El hombre griego estaba abierto a lo que se manifiesta”. En Marburgo, Heidegger se había concentrado en la lectura de los clásicos, sobre todo Platón y Aristóteles. Ahora, en su intento de superar la metafísica occidental, quiere revivir la experiencia original de la filosofía, la de los pensadores presocráticos.

El nuevo planteamiento de Heidegger hace que Zubiri cambie completamente su idea de la filosofía griega, que hasta entonces era para él solo un capítulo, ya concluido, de la historia de la metafísica occidental. Empieza a comprender por dónde debe ir la rectificación de Husserl: la descripción de la experiencia inmediata se salda con la pérdida de la realidad, lo cual hace insalvable la sima entre fenomenología y metafísica. Heidegger le permite tender un puente entre los dos extremos, reconstruyendo la experiencia originaria de los pensadores griegos: antes de pensar el ser como una sustancia que está presente y perdura, los griegos la perciben como lo que surge y va desvelándose (*physis*).

Al "ser" pertenece también la ocultación y el devenir. Por fin es posible aunar experiencia originaria inmediata y metafísica. Para el nuevo periplo, a Zubiri ya no le sirven ni Brentano ni Husserl ni tampoco Ortega. Todo lo que ha escrito y pensado hasta ahora le empieza a parecer ya muy poco valioso.

"Necesito hablar con Heidegger, pero es difícil abordarlo. Siempre está rodeado de admiradores y admiradoras. Quiero hablarle de tú a tú, pero me trata como un escolar más", lamenta Zubiri.

«El 21 de marzo de 1917 Heidegger se había casado con Elfride Petri, estudiante de economía política y de confesión evangélica luterana. En los primeros años de su matrimonio, su esposa fue para Heidegger una verdadera interlocutora, sobre todo en la cuestión de la fe, que se había convertido cada vez más en un problema para Heidegger y le había conducido a un alejamiento de los medios católicos, terminando finalmente con su ruptura con el "sistema del catolicismo" en 1919. Su compromiso con el régimen nacionalsocialista a partir de 1933 fue apoyado y fomentado por su esposa, activa militante nazi. La vida erótica de Heidegger y su necesidad de "vivir en el eros" para producir su pensamiento ha sido objeto de "amarillismo académico" tras publicarse sus famosos *Cuadernos* y su correspondencia amorosa.

Zubiri llega a Friburgo siendo un joven sacerdote católico, profesor de historia de la filosofía. No es probable que Heidegger, exseminarista y antiguo estudiante de teología, tuviera mucho interés en un interlocutor católico en aquellos momentos.» [Justo Fernández]

El 24 de julio, un año después de su llegada a Friburgo, Heidegger pronuncia su conferencia inaugural de su cátedra. Lleva el título "¿Qué es metafísica?". Su contenido cobra para Zubiri una importancia capital. La nada de la que habla Heidegger es más bien otro nombre del ser, en cuanto este es lo diferente de los entes, de todos los entes, hasta Dios, la razón o la historia. La nada es propiamente la esencia misma de la existencia humana, la que se nos revela en la angustia, es una experiencia que todos rozamos, por ejemplo, ante la muerte de un ser querido. El ser no es un ente más, sino, como la luz, la claridad que permite la manifestación de las cosas. El pensamiento metafísico surge, según Heidegger, de este olvido del ser. *Ser*

y *tiempo* es un esfuerzo de recuperación de esta apertura originaria olvidada por veinte siglos de metafísica. Así lo interpreta Zubiri, cuando lo habitual era leerlo como una aportación a la antropología filosófica.

En febrero de 1930 Zubiri cree agotado su trabajo en Friburgo. Sigue interesado en los planteamientos heideggerianos, pero ya ha reunido todos los cursos de Heidegger y se siente frustrado por no poder tratar con él de igual a igual. Además, no quiere descuidar sus estudios científicos, la filosofía no puede permanecer al margen de la revolución física del momento. Para ello debe dirigirse a Múnich y Berlín. A lo largo de su vida los saberes matemáticos, físicos, biológicos y neurológicos sobrarán una gran importancia, mucho más que los saberes sociales y mucho más que la poesía y la literatura, las musas preferidas de Heidegger.

Antes de partir, el 19 de febrero de 1930, se decide a escribir a Heidegger una carta personal. No desea sólo discutir cuestiones filosóficas; quiere captar las fibras íntimas que mueven a Heidegger; compartir algunos secretos de su vida, pues entiende que estos deben conectar a la fuerza con el contenido de su filosofía.

«Habría sido más agradable para mí, créame, marchar sin decir nada, tomando seriamente este juego (pues era bien un juego) que hemos jugado los dos durante estos meses. Pues es algo profundamente penoso y arriesgado el querer hablar de nuestra intimidad personal. [...] Sin embargo hay circunstancias en las que es absolutamente necesario hacer entrar en juego nuestro interior, cuando uno quiere constatar la distancia abisal que le separa de alguien que ha buscado durante largos años, atormentado por una inquietud metafísica. [...] y cuando uno ha creído adivinarlo y haberse aproximado a él, uno le ve desaparecer como un espectro que nos deja solamente una impronta rica en pensamientos preciosos, pero a la cual falta la insustituible solidez de la realidad viviente. [...] La estancia en Friburgo tenía para mí un alcance muy otro que la simple curiosidad o el interés informativo. Tenía que decírselo antes de partir. [...] Tenía el propósito de hablarle de cosas que mi lectura [de *Ser y tiempo*] no estaban claras. Creía que un hombre que puede escribir *Ser y tiempo* puede comprender alguna cosa de los hombres. No podía creer que la metafísica encerrara un espíritu sobre sí mismo, confundiendo la intimidad con el hermetismo. [...] Después de todo esto me marché tan triste y atormentado como he llegado, con el dolor escondido de haberme equivocado en un momento decisivo de mi vida. [...] Por mi parte, entre nosotros dos ha pasado algo que jamás se borrará de mi ser. Permítame borrar todo posible malentendido a propósito de esta carta llamándole amigo. Amigo restará usted para mí en la secreta soledad de mi existencia. [...] Todo esto no es sino banalidad, quizás ridículo, en cualquier caso, algo pequeño y poco interesante. Pero el porte de una existencia no se mide por la altura de sus productos, sino por la profundidad de sus raíces.»

Para Heidegger la carta constituye una verdadera revelación. Al día siguiente le contesta y se disculpa: "Lo único que lamento es que no me

haya escrito antes. No quisiera referirme aquí a los motivos de mi silencio que de ningún modo tiene que ver con usted. Quisiera verlo antes de su partida. Me complacería mucho que pudiera venir el próximo domingo a las siete y media a cenar. La cena será bien sencilla. Después podríamos sentarnos juntos”.

Tras la cena, los dos colegas se encierran a solas en el estudio del profesor. Su conversación es larga y la discusión tan intensa que Heidegger despidió en dos ocasiones a su esposa que acude a recordarle que al día siguiente debe madrugar. “Aquella conversación, decía Xavier, tuvo consecuencias en la obra de ambos. Y aún me añadió al referírmela en 1931, que Heidegger, él lo pensaba, no publicaría nunca la prometida segunda parte de *Sein und Zeit*. Y así ha sido” (Carmen Castro, o.c., p. 86).

Zubiri puede ahora compartir las preocupaciones de su maestro. Éste es consciente de que la tarea que se ha propuesto, pensar el ser desde el tiempo, no podrá llevarla a cabo sin acudir a algo que está más allá del ser. ¿Sería posible ir más allá del ser por las vías que el mismo Heidegger entrevé?, se pregunta Zubiri. Empieza a tener conciencia de que los problemas e insatisfacciones que experimenta con el núcleo de la filosofía heideggeriana le exigirán decisiones más severas, un paso si cabe más atrás del ser y más radical. Una filosofía nueva.

«El 20 de febrero de 1930, Zubiri se despide de Heidegger en Friburgo y mantiene una larga conversación con él. A. González (“Ereignis y actualidad”, en Diego Gracia (ed.), *Desde Zubiri*, Granada, Comares, 2004, pp. 103-192) sugiere que, si la crítica de Zubiri al intento de pensar el ser desde la nada comienza al menos en el año 1931, en su conferencia sobre Hegel, fácilmente se la habría podido exponer a Heidegger en esta charla. En los años inmediatamente siguientes a esta entrevista, Zubiri critica como un presupuesto no justificado el pensar el ser desde la nada; tampoco Heidegger piensa el ser desde la nada después de esa entrevista. Es posible que la crítica de Zubiri en este aspecto haya tenido una influencia importante sobre Heidegger. Heidegger inicia ya en Friburgo la andadura que lo lleva más allá del ser y que culminará con la afirmación de que el ser es algo ulterior al *Ereignis* [acontecimiento, evento]. También Zubiri terminará situando su pensamiento más allá del ser. La noción de “actualidad” será el gran tema del último Zubiri. A. González, “Ereignis y actualidad”, hace ver que la relación entre los dos autores no puede plantearse desde la contraposición entre realidad y ser, como suele ser habitual, sino entre lo que uno y otro consideran que está más allá del ser: “Lo que Zubiri llama actualización sería el equivalente del *Ereignis*”.» [Corominas, Jordi y Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri: la soledad sonora*. Madrid: Santillana, 2006, p. 214 y 739 n. 48]

El profesor de Filosofía de la religión en la Universidad Libre de Berlín, Klaus Heinrich llama la atención sobre el hecho de que, en una nota a pie de página del año 1959 (*Unterwegs zur Sprache*, Gesamtausgabe Band 12, 1985, p. 248 n. 2), Heidegger escribe que lleva veinticinco años utilizando

en sus manuscritos la palabra *Ereignis*. De esto se deduce que Heidegger comenzó a emplear el vocablo *Ereignis* como categoría central, en sustitución de *Sein*, a partir del año 1933. "Evidentemente en el contexto de los acontecimientos (*Ereignisse*) políticos de ese año" (Klaus Heinrich). El período nazi comenzó el 30 de enero de 1933 con el nombramiento de Hitler como Canciller del Reich y finalizó el 8 de mayo de 1945 con la rendición incondicional de la Wehrmacht a los aliados. [Heinrich, Klaus: *Konstruktionen der Subjektivität I*. Skript zur Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Sommersemester 1986, p. 113]

Zubiri se siguió interesando por la mayor radicalidad alcanzada por el último Heidegger, para quien el ser y el tiempo deben ser remitidos al *Ereignis* [acontecimiento], entendido este como algo que está más allá del ser. Hace poco le ha propuesto sostener una correspondencia amistosa regular. Siempre han mantenido un cierto contacto. A los libros que le ha mandado Heidegger, Zubiri ha correspondido enviándole vino español a través de un agente de aduanas. *In vino veritas*, le garabateó una vez en la etiqueta de una botella.

ESTUDIOS DE FÍSICA Y MATEMÁTICA EN MÚNICH Y BERLÍN

«Cabe sugerir la hipótesis de que, si el encuentro de Zubiri con Heidegger resultó tan determinante como defienden algunos intérpretes, ello no se debió a lo que casualmente Zubiri encontró en su estancia en Friburgo, sino que Zubiri fue a Friburgo habiendo estudiado ya *Sein und Zeit* y con un sistema de preguntas y cuestiones perfectamente delimitadas; así, cuando encontró las respuestas –o cuando se convenció de que no iba a encontrarlas– abandonó Friburgo y se marchó a Berlín, que vivía los momentos más aciagos de la débil república de Weimar, para terminar dedicándose fundamentalmente a estudios de matemáticas y de física, puesto que el buscado encuentro con N. Hartmann resultó totalmente decepcionante desde el primer momento. Si esta hipótesis pudiese confirmarse, se explicaría mejor la peculiar interpretación que Zubiri hizo de Heidegger y por qué su admiración por el filósofo alemán no significó nunca un seguimiento de todas sus ideas ni tampoco el intento, luego tan reiterado, de imitar su jerga literaria.» [Pintor-Ramos, A.: *Nudos de la filosofía de Zubiri*, Salamanca, 2006, p. 47]

A mediados de abril de 1930, Zubiri parte de Friburgo a Múnich. Tiene interés en conocer de cerca el trabajo del Instituto de Física Teórica de Múnich y las investigaciones del físico Arnold Sommerfeld. La gran revolución en el campo de la física desde principios de siglo tiene cuatro focos de irradiación: Múnich, Gotinga, Copenhage y Berlín. Zubiri ansía conocer los artífices de esta revolución: Einstein, Planck, Schrödinger enseñan en Berlín.

«Tras unos meses en el Instituto de Física Teórica de Múnich, Zubiri llega a Berlín a principios de septiembre de 1930. En la famosa Sociedad Científica

“Kaiser Wilhelm” había casi más premios Nobel consagrados que personas. Y Xavier vivía en la Residencia para Profesores de aquella Sociedad, a la que todos acudían por razones muy varias: la Harnack Haus. Einstein, Schrödinger, Planck, y muchos más hombres de ciencia fueron su entorno durante muchas horas semanales. Cosa tan magnífica como insólita fue el que Einstein le llevase a su casa en más de una ocasión y sobre el encerado le aclarase cuanto le quiso preguntar Xavier. Los días que precedieron a la “moratoria” de las deudas de guerra concedida por los aliados a Alemania, Einstein, que como los demás berlineses se quedó sin un marco en su casa, apareció en Harnack Haus preguntando quién le invitaba a comer. Y más de un día fue Xavier su anfitrión.» (Carmen Castro, o.c., p. 89-90)

En la Universidad de Berlín va a asistir a las clases de los físicos Einstein y Schrödinger, los biólogos Spemann y Mangold, el psicólogo Khöler, el matemático Zermelo y el filólogo Jaeger. Conoció allí los trabajos del neurólogo K. Goldstein y los famosos teoremas de incompletitud del matemático austriaco Kurt Gödel, publicados en 1931. El más célebre establece que para todo sistema axiomático recursivo autoconsistente lo suficientemente poderoso como para describir la aritmética de los números naturales (la aritmética de Peano), existen proposiciones verdaderas sobre los naturales que no pueden demostrarse a partir de los axiomas. Zubiri empleará los descubrimientos matemáticos de Gödel para su teoría de las matemáticas.

La degradación social y política de Alemania todavía no ha conseguido apagar la efervescencia académica. Cada semana hay coloquios entre colegas: Einstein, Planck, Heisenberg... Planck se retiró de la universidad en 1927 para dirigir el Instituto de Física y Química. Su sucesor en la cátedra es el físico y teórico de la ciencia Erwin Schrödinger.

Schrödinger comienza el curso con una cita de san Agustín: “Hay una antigua y nueva teoría de los *quanta*, y de ellas puede decirse lo que san Agustín dijo de la Biblia: *Novum Testamentum in Vetere latet; Vetus in Novo patet*. Schrödinger es diez años mayor que Zubiri. Es un hombre de apariencia juvenil y risueña. Ha nacido en Viena y llega el sello inconfundible de los que han vivido el movimiento de la juventud (la *Jugendbewegung*), llenos de fe en el lema: “Camaradería: ¡Abajo las convenciones!” Poco a poco se va anudando una profunda amistad entre Schrödinger y Zubiri, que se prolongará más allá de Berlín.

No así es la sintonía con el filósofo Nikolai Hartmann, que acaba de llegar a Berlín para ocupar una cátedra. Zubiri asiste a sus primeras clases. Ha faltado a una clase y se disculpa: “He estado enfermo con gripe”. “Sólo la muerte es excusa para no asistir a mi seminario”, contesta malhumorado Hartmann. Zubiri se levanta y sale dando un portazo.

Los demás profesores le gustan mucho, aunque no llegue con ellos al grado de amistad que tiene con Schrödinger. Asiste a los cursos de Einstein, al que ya había conocido en Madrid, y a los de Werner Jäger sobre filología

griega y filosofía antigua. Los trabajos de Jäger, ya conocidos por Zubiri, han modificado por entero el panorama de la investigación aristotélica. Ahora está escribiendo su gran obra, *Paideia*, sobre la cultura griega como forma de vida.

Zubiri estudia biología con Hans Spemann y Otto Mangold, sobre el desarrollo embrionario, defensores de la tesis epigenetista, frente a la tesis preformacionista de que el adulto está ya presente en miniatura en el óvulo o el espermatozoide, la tesis epigenetista sostiene que el embrión genera nuevas complejidades al desarrollarse.

Algunas veces asiste al fórum sobre la teoría de la Gestalt con Wertheimer, Koffka y Wolfgang Köhler, que acaba de publicar *Psicología de la forma*, teoría de la Gestalt.

A partir de 1912 se creó un "Oxford alemán" en Berlín-Dahlem. En las afueras de la floreciente capital, la Sociedad Kaiser Wilhelm fundó sus primeros institutos y el primer campus de investigación alemán. Como centro social, abrió la Casa Harnack en 1929.

El lugar de encuentro científico se convirtió rápidamente en un centro intelectual y social. Entre los invitados, procedentes de todo el mundo, se encontraban 35 Premios Nobel, pero también personalidades políticas y artísticas de la época.

Lo mejor de Berlín es la posibilidad de codearse con Max Planck, Erwin Schrödinger y Albert Einstein. La vida en Harnack Haus le permite a Zubiri conversar no solamente con Planck, sino también con Heisenberg, que pasa por allí a menudo y acaba de ser nombrado profesor de Física en la Universidad de Leipzig.

Einstein y Zubiri se reúnen con frecuencia. Tras la declaración de la moratoria de las deudas de guerra concedida por los aliados a Alemania, Einstein, como la mayoría de los berlineses, se queda sin un marco, y más de una vez se le puede ver en Harnack Haus preguntando quién le invita a comer. Zubiri es un anfitrión gustoso en bastantes ocasiones.

Finalmente, Zubiri sigue un curso de matemáticas con Ernst Zermelo, a través del cual conoce el teorema de incompletitud que acaba de formular el joven matemático austriaco Kurt Gödel: los sistemas formales siempre contienen proposiciones inderivables de sus axiomas.

Durante su estancia en la capital alemana, Zubiri comenzó su noviazgo con Carmen Castro Madinaveitia, hija del hispanista Américo Castro, compañero suyo en la Universidad.

Carmen Castro, educada en un ambiente completamente laico y sin siquiera haber sido bautizada, siente una gran atracción y curiosidad por este profesor del que sabe que es sacerdote. Le gustaría conocer ese mundo de la religión denostada por su familia, desconocido para ella, casi prohibido. Al proclamarse la República en España, Américo Castro, el padre de

Carmen, es nombrado embajador en Berlín por iniciativa del grupo de becarios españoles.

Comienza la violencia nacionalsocialista y los primeros devaneos militares de las huestes hitlerianas. Grupos de jóvenes uniformados con camisas pardas comienzan a invadir la universidad. Habrá que volver a Madrid. A Zubiri le espera la sotana, la exigencia de mantener las formas de su vida religiosa, los reclamos de sus padres, una vida enojosa. Apenas tres años de su llegada a Alemania, la decadencia absoluta de la República de Weimar y la posibilidad de otra guerra en Europa amenazan ya en el horizonte.

INCORPORACIÓN A SU CÁTEDRA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

En verano de 1931, regresó a la España republicana reincorporándose a su cátedra de la Central. Fue la edad de oro de la Facultad de Filosofía que contaba con un grupo extraordinario de profesores: Américo Castro, Miguel Asín Palacios, Ramón Menéndez Pidal, Pedro Salinas, Luis de Zulueta, Claudio Sánchez Albornoz, José Ortega y Gasset, Manuel García Morente.

Zubiri ha regresado fascinado con Heidegger. Todo su discurso se inunda de expresiones heideggerianas. Ortega contempla con cierta decepción el entusiasmo por Heidegger que le manifiesta su mejor discípulo. Ortega insiste en que algunas cosas que Zubiri valora en Heidegger ya las había anticipado él hace bastantes años. Cree que ese entusiasmo se debe a una falta de atención hacia los textos en donde él mismo ha querido desarrollar una metafísica raciovitalista más radical que la de Heidegger; pero también se culpa a sí mismo por no haber escrito de una vez auténticos libros de filosofía.

En 1932, Ortega publica el ensayo *Pidiendo un Goethe desde dentro*, con ocasión del centenario de la muerte del escritor alemán. En una nota, denuncia que el interés de algunos de sus discípulos por Heidegger se realiza a cuenta de olvidar lo que él mismo ha ido escribiendo sobre los mismos temas desde 1914: "Apenas hay uno o dos conceptos de Heidegger que no preexistan, a veces con anterioridad de trece años, en mis libros".

Zubiri empieza a barruntar con Heidegger que el ser es algo derivado, y hay algo que le precede desde el punto de vista del análisis filosófico. Hay que volver a estudiar a Aristóteles. Toda nuestra lectura de Aristóteles está diezmada por la interpretación escolástica, la ontoteología, que dice Heidegger: explicar el ente a partir de un ente supremo, Dios o el Sujeto, olvidando el ser. El término "ser" en Aristóteles significa que algo es, que es actual aquí y ahora, y no el concepto lógico y abstracto en que todas las cosas convienen.

Entre sus discípulos de esta época hay que citar a María Zambrano, José Gaos, Manuel Granell, Manuel Mindán o Antonio Rodríguez Huéscar. Junto a José Bergamín y Eugenio Ímaz, encabezó el grupo editor de la revista *Cruz y Raya*, una publicación que profesó un catolicismo abierto y

dialogante con la cultura contemporánea, a mucha distancia del tradicionalismo cerrado de buena parte de la jerarquía eclesiástica.

También colaboró estrechamente con la orteguiana *Revista de Occidente*, donde editó algunos textos clásicos y publicó algunas reseñas y artículos, entre los que hay que destacar "Sobre el problema de la filosofía" (1933), de fuerte inspiración heideggeriana.

Por la Facultad ya corren rumores de que Zubiri se ha enamorado de la hija de Américo Castro y de que planea dejar el sacerdocio.

En enero de 1932, el Gobierno ordena la disolución de la Compañía de Jesús y la incautación de sus bienes por parte del Estado. Se promulgan la ley de cementerios y la del divorcio. La Iglesia protesta contra estas medidas que muchos republicanos exhiben como un triunfo de la razón contra el oscurantismo. Las quejas católicas son contestadas en las calles de Madrid con insultos y agresiones contra clérigos. El obispo de Madrid, Leopoldo Eijo y Garay, autoriza a los sacerdotes a que dejen ocasionalmente la sotana y vistan de seglar. Zubiri recibe con alivio la autorización del obispo de Madrid de no vestir sotana y ya no volverá nunca más a vestir de cura en España.

CURSOS EN LA UNIVERSIDAD DE VERANO EN SANTANDER

En 1932 el Gobierno de la República crea la Universidad Internacional de Santander en el palacio de la Magdalena, construido por Alfonso XIII para regalárselo a su mujer como residencia de verano. El ministro Fernando de los Ríos lo convirtió en la sede de un nuevo centro universitario internacional que "sirva a la creación de la aristocracia espiritual". Zubiri forma parte de la comisión de estudios y del patronato fundador junto a Ortega, Sánchez Albornoz, Unamuno, Marañón, Américo Castro, Dámaso Alonso, Jorge Guillén y García Lorca.

Durante el curso 1932-1933, Zubiri imparte en la Universidad Central las asignaturas "Introducción a la filosofía: horizonte de la creación. De Agustín a Hegel" e "Historia de la filosofía moderna", como preparaciones del primer libro que tiene en mente y cuyos primeros capítulos, bajo el título "Sobre el problema de la filosofía", publica en enero y abril de 193 en la *Revista de Occidente*.

Colabora en la revista *Cruz y Raya*, que se comienza a publicar en abril de 1933. Esta revista acepta el régimen republicano como una oportunidad histórica para vivir plenamente la libertad de conciencia e impulsar a los cristianos a dar un salto cultural que ponga su fe a la altura de los tiempos. La república democrática y laica libera a la Iglesia de sus compromisos con el poder y la deja fiada tan solo a la autenticidad de su testimonio. Hay que hacer "cruz y raya" ante lo viejo para empezar de nuevo. En su primer número, Zubiri publica el texto de su conferencia sobre Hegel. Se siente a gusto en el grupo de *Cruz y Raya*. Pero este catolicismo que inspira esta revista es el de una minoría intelectual sin ninguna base social. Es un

catolicismo que nada tiene que ver con el catolicismo popular, conservador, tradicional y fiel al clero. Los grupos católicos conservadores van a cargar continuamente contra el grupo de *Cruz y Raya*, al que ven como una cuadrilla de renegados. Durante el primer semestre de 1933, Zubiri compagina sus clases y su apoyo a *Cruz y Raya* con otras actividades. Ya está participando en la organización de la Universidad Internacional de Santander.

En este momento, Heidegger ya participa del delirio nacional-socialista de buena parte del pueblo alemán. A finales de abril es nombrado rector de la Universidad de Friburgo y en mayo se hace miembro de Partido Nazi, del que será miembro entre 1933 y 1944, aunque al cabo de apenas unos meses se retiró de toda actividad política. A finales de abril de 1933, Heidegger fue nombrado rector de la Universidad de Friburgo y en mayo se hace miembro del Partido Nazi. Heidegger cree llegada la hora de salir a la palestra, de "guiar al guía" (*den Führer führen*). Heidegger ve en el movimiento nazi un nuevo acto de la historia del ser, una salida colectiva de la caverna. Zubiri ve en la ideología nazi un miserable desvío intelectual.

Un año después de haber accedido al cargo, Heidegger presentó su dimisión como rector el 21 de abril de 1934. Poco después de su designación, Heidegger escribe a Ortega rogándole que coloque en la universidad de Madrid a los profesores judíos Löwith y Brock, que han sido despedidos de la universidad alemana.

En los veranos de 1933 y 1934, Zubiri participa en los cursos de la Universidad Internacional de Santander, que contribuyó a crear como miembro del comité asesor. En Santander, Zubiri se siente dichoso y disfruta del ambiente puramente intelectual. Siente también el placer de la cercanía de Carmen y de sus mejores alumnos de la Central. La Universidad Internacional, ubicada en el Palacio de la Magdalena, queda aislada durante los veranos de la España política.

En La Magdalena tuvieron lugar jornadas gloriosas en las que participaron José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal, Xavier Zubiri, Blas Cabrera y un largo etcétera de personalidades. Junto a los cursos de humanidades, destacan los dedicados a las novedades en física, biología o medicina. Hasta ocho premios Nobel se congregan en Santander. Multitud de amistades para toda la vida germinan durante estos días excepcionales de camaradería y diálogo constante.

En agosto de 1934, Zubiri pasa el mes de agosto en el palacio de la Magdalena, en la segunda convocatoria de la Universidad de Verano de Santander. Los cursos de la Magdalena se agrupan este año bajo el denominador común de "El siglo XX". Vuelve el teatro La Barraca con García Lorca. Zubiri imparte media docena de conferencias bajo el título "Nuestra visión del pasado" y sobre "La nueva física y la filosofía". El jubilado Miguel de Unamuno, que merodea por conferencias y cursos sin comprometerse a asistir a ninguno, ofrece un cursillo sobre "Don Juan y el donjuanismo".

Zubiri ha promovido la invitación a Santander de su amigo el físico austriaco Erwin Schrödinger, quien el año anterior obtuvo el premio Nobel de física y, huyendo de la Alemania nazi, a pesar de no ser judío, se había refugiado en Oxford. Schrödinger da un seminario sobre la "Teoría de los *quanta*". Zubiri pasa muchas horas conversando con él sobre la nueva física.

TRÁMITES PARA LA ANULACIÓN DE SU ORDENACIÓN SACERDOTAL

En 1933, Zubiri toma la decisión de solicitar la reducción al estado laical. En algunos ambientes de Madrid ya se habla de su relación con Carmen y de su desertión del sacerdocio. Zubiri desea acabar de una vez con la ficción en la que vive; ya está harto de disimular con sus padres sus auténticos sentimientos y convicciones. Quiere casarse con Carmen y comenzar a ser lo que siempre hubiera debido.

En otoño de 1933, comienza ante la Santa Sede los trámites para solicitar la anulación de su ordenación sacerdotal o, en su defecto, la exoneración de las cargas del sacerdocio.

El 17 de julio de 1934 la Santa Sede emitió un rescripto por el que se le concedía la reducción al estado laical, aunque manteniendo la obligación del celibato. Los padres de Zubiri recibieron la noticia con inmenso dolor y decepción.

En septiembre de 1935, Zubiri publica en *Cruz y Raya* "Filosofía y metafísica". Este escrito de Zubiri, casi fundacional, permite entrever ya las grandes coordenadas de su filosofía madura.

ESTANCIA EN ROMA

En noviembre de 1935 Zubiri se trasladó a Roma para ponerse a disposición de la Congregación de Sacramentos con el fin de conseguir la dispensa del celibato y contraer matrimonio con Carmen Castro.

La estancia en Roma la aprovechó Zubiri para frecuentar la Biblioteca Vaticana, donde trabaja varias horas diarias. Allí repara en un venerable anciano, rodeado siempre de viejos manuscritos. Es el jesuita Anton Deimel, un alemán sumeriólogo, profesor del ignaciano Instituto Bíblico. Zubiri estudia lenguas orientales con Deimel y con el benedictino español Luis Palacios. Los estudios sobre lengua mesopotámica le permitirán ahondar en las raíces mismas del cristianismo y del judaísmo, en el conocimiento del maniqueísmo, en la historia y la filosofía de la religión y en los primeros balbuceos de la filosofía.

Grecia no puede entenderse sin Mesopotamia. Junto a Heidegger, sus intereses filológicos, que se remontan a sus estudios de bachillerato, no han hecho más que acrecentarse. Además, su condición de vasco y su conocimiento del euskera, un idioma no indoeuropeo, propicia el que reparara desde muy pronto en que la estructura misma de las lenguas determina esencialmente el modo de pensar.

Diversos lingüistas han puesto de manifiesto un parentesco del vaco con las lenguas caucásicas, entre otras con el hitita y el sumerio, cuyo estudio interesa a Zubiri. Es una peculiaridad el hecho de que las lenguas de raíz indoeuropea utilicen el verbo *ser* para articular su discurso sobre lo real.

Las lenguas aglutinantes, sin una estructura predicativa del tipo "A es B", parecen abonar una aproximación a la realidad mucho más estructural. ¿Y si el mismo interés por el "ser" que recorre toda la cultura occidental no obedeciera sino a un prejuicio lingüístico? Podría ser, como asevera Nietzsche, que la metafísica fuera un engaño de la gramática.

En Roma, Zubiri intimó con el carmelita y teólogo catalán Bartomeu Xiberta, que le brindó su apoyo espiritual, permitiéndole gozar por primera vez en su vida de un diálogo teológico libre. Zubiri en este fraile la autenticidad cristiana que había encontrado antes en el malogrado padre Lázaro. La bondad, la simpatía y la guía teológica del carmelita le ayudan a experimentar una nueva luz en su alma y a reconciliarse con la Iglesia católica sin ningún tipo de restricción mental.

El 8 de enero de 1936, monseñor Jorio, nombrado cardenal y prefecto de la Congregación de los Sacramentos y a recomendación del cardenal Vidal, presenta la causa de Zubiri al Papa, en su primer acto como prefecto de la Congregación.

Pío XI, tras ser informado minuciosamente del caso, decide liberar a Zubiri de la carga del celibato, si aceptar la anulación de su ordenación sacerdotal. Zubiri ya tiene el permiso para casarse con Carmen Castro. Lo único que queda pendiente para la Santa Sede es asegurar que no se produzca escándalo.

La reconciliación con la Iglesia, la rectificación de lo que consideraba el gran error de su vida, y sus charlas teológicas con el padre Xiberta significaron un renacer de la fe católica de Zubiri, que llevaba muchos años languideciendo.

MATRIMONIO

Ahora que sabe que la Iglesia le autoriza a casarse, ya no hay obstáculo para que Carmen venga a Roma. Siente renacer su fe. Una vez que se ha atrevido a enfrentarse al medio social y familiar y que se ha liberado de la enorme losa del sacerdocio, empieza a diluirse el sentimiento de culpa que le atenazaba.

La acogida y el tacto del cardenal Vidal i Barraquer, de Lluís Carreras y del carmelita y teólogo catalán Bartomeu Xiberta han ayudado a que le cicatricen viejas heridas y le han acercado a una Iglesia más abierta y fraternal en la que encaja perfectamente su sensibilidad.

El contacto con Heidegger ha sido decisivo para abandonar determinadas concepciones modernistas y una vía racionalista hacia Dios. La afabilidad de Deimel y su apertura intelectual le han enseñado que es perfectamente

posible la reconciliación de unos profundos conocimientos filológicos e históricos con la fe. La espiritualidad benedictina le ha permitido volver a sentir la emoción religiosa de las ceremonias litúrgicas.

La voluntad de Carmen de bautizarse y de catequizarse, la fe genuina que descubre en ella, también le van conduciendo al resurgimiento de la suya. Pero, sobre todo, el diálogo con Xiberta es el que ha conseguido que por primera vez el cristianismo comience a vibrar intensamente en su alma.

El 21 de febrero de 1936, Zubiri recibe en Roma, enviada desde Madrid, la copia del rescripto que debe firmar.

El papa Pío XI le dispensa del celibato y de las demás cargas inherentes al sacerdocio, no porque se considere nula su ordenación sacerdotal, sino porque existen dudas razonables acerca de la validez de la misma.

Pero se le notifica que le está prohibido ir o residir en lugares donde sea conocida su condición y pueda provocar escándalo, especialmente su ciudad natal. Y si quiere casarse por la Iglesia, debe abstenerse de todo “aparato y estrépito” y que la boda ha de celebrarse en secreto ante el párroco y solamente dos testigos de confianza.

Zubiri vuelve a pedir al cardenal Vidal que intervenga cerca de la Santa Sede para que pueda quedarse en Madrid.

Hasta la última semana de febrero de 1936, Carmen Castro ha trabajado como profesora de Gimnasia y Juegos y de Lengua y Literatura Española en el Instituto Escuela de Madrid.

La filosofía y el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza –defensora de la coeducación, la pedagogía activa, la igualdad de sexos, el racionalismo y la libertad de cátedra y de investigación– han marcado su personalidad. La Junta para la Ampliación de Estudios acaba de concederle una beca de seis meses para realizar estudios de técnica literaria.

Zubiri consigue ser recibido personalmente por el Papa. Había rogado a los cardenales Jorio y a Vidal i Barraquer que le facilitaran un encuentro personal con Pío XI, con el fin de agradecerle la gracia que le había concedido y sellar así su retorno a la familia católica. Está también convencido de que esta visita reconfortará a sus padres, a quienes todavía no ha dicho que ha decidido contarles que piensa casarse con Carmen Castro.

Zubiri escribe a su padre, reconociendo su cobardía de años para abordar con él la cuestión de su sacerdocio. Quiere liberarse de un dolor que ha cercenado toda su vida. “No consideres malograda tu vida: las vías de Dios son recónditas. Me has hecho un bien infinitivo: valgo poco, pero puedes tener la satisfacción de haber empleado toda tu vida en forjar un luchador por la Iglesia”.

El 23 de marzo de 1936, Carmen Castro, de 24 años, y Xavier Zubiri, de 37, celebran su boda. Bartomeu Xiberta oficia una boda sencilla, emotiva e

íntima. Terminado el acto, van a ver al Papa y le piden su bendición muy especial para un crucifijo que Xavier quiere mandar a sus padres, con la esperanza de hacer más llevadero el disgusto que padecen. La noticia del matrimonio de Xavier Zubiri y Carmen Castro cae como una bomba en los ambientes intelectuales de Madrid.

GUERRA CIVIL EN ESPAÑA

A mediados de mayo de 1936, Luis de Zulueta, con su esposa, su padre y sus dos hijos, llega a Roma como embajador de la República ante la Santa Sede. Viene de Berlín, donde había sucedido como embajador a Américo Castro.

Pío XI piensa que es mejor un embajador "modernista" que otro, tal vez un socialista, que no sepa nada de los problemas religiosos que se debaten en España. Zulueta conoce bien la teología protestante y se cartea a menudo con Unamuno. Ha sido ministro de Estado entre 1931 y 1933, y profesor en la Institución Libre de Enseñanza y en la Facultad de Filosofía y Letras. Es, además, íntimo amigo del suegro de Zubiri, Américo, y su hija ha sido alumna de Carmen Castro en el Instituto Escuela.

Zubiri comprende que su relación con Zulueta puede ser malinterpretada, sobre todo en la Universidad Gregoriana, que frecuenta a menudo y donde, a raíz de la prohibición de la Compañía en España, los jesuitas son absolutamente beligerantes contra la República. Su Prepósito General, el padre Ledóchowski, es el más intransigente.

Zubiri tiene motivos para estar contento. Su fe cristiana ha renacido vigorosa. En Roma puede consagrarse enteramente a sus estudios. El Papa le ha dado un fallo favorable en un caso extraordinario. Ha conseguido revertir parte de su juramento y tiene permiso para seguir enseñando en la Universidad de Madrid. Zubiri está empezando a tocar el cielo, justo cuando España se hunde en el infierno.

A punto ya de volver a España, le sorprendió la Guerra Civil. Zubiri acompañó a la embajada española ante el Vaticano a los primeros sacerdotes huidos de la Península y colaboró con Luis de Zulueta, embajador de la República ante la Santa Sede.

Acusado de comunista por el prepósito general de los jesuitas, Ledóchowski, y el marqués de Magaz, embajador del gobierno de Burgos ante el Estado italiano, fue expulsado de Italia junto con su mujer el **31 de agosto de 1936**.

Los Zubiri abandonan Roma con destino a París, escoltado por una pareja de policías hasta la frontera, con siete maletas saturadas de textos cuneiformes y de libros. La misma suerte va a correr poco después su mejor amigo en Roma, Bartomeu Xiberta, expulsado por la policía italiana pro su catalanismo y su amistad y trata con el embajador Zulueta.

Su nombre aparece en el fichero policial que inicia en 1937 el encargado de negocios de la Junta de Burgos ante el Vaticano, marqués de Aycinena. Casi el sesenta por ciento del total de fichas se refieren a catalanes, y el veintinueve por ciento a vascos. De Zubiri se dice que es muy amigo de Zulueta y que fue expulsado de Roma por la policía italiana. La ficha de Xiberta reza:

“Exaltado separatista y agente enlace entre los elementos de la Curia romana favorables al separatismo. Catalán amigo de Zubiri, a quien casó. Fue expulsado por la policía italiana por órdenes de Mussolini en 1937”.

La ficha de Zubiri reza: “Doctor en Filosofía y Letras. Universidad Central. Ex sacerdote. Casado, En Roma se ha distinguido por sus campañas contra el almirante Magaz, y su adhesión incondicional al embajador rojo en el Vaticano Zulueta. Del grupo intelectual de Ortega y Gasset, Marañón, Ríos, etc.

INSTALACIÓN EN PARÍS

Una de las primeras cosas que Zubiri hace en cuanto llega a Francia es interesarse por la suerte de Ortega y Gasset. Enseguida se entera que ha salido de España a principios de septiembre y se encuentra en Grenoble. Le escribe para expresarle su solidaridad y lamenta que no haya contestado las cartas que le ha enviado desde Roma. “Para mí es usted uno de los afectos arraigados en mi alma. Sentí que me herían en algo muy mío. Por abrazarlo en esta hora de dolor, querido Ortega, hubiera dado y daría mucho. Esto es lo que me urgía decirle”.

Unos días más tarde, Ortega escribe a Zubiri una larga carta contestándole la suya anterior y pidiéndole que se unan fraternalmente. Los hijos de Ortega se han ido al frente con el bando nacional. El propio Ortega ha tomado ya partido en los primeros momentos a favor de los nacionales, y lo que siente es no poder ir él al campo de batalla, le escribe a su amiga la condesa de Yebes en un momento de desesperación.

Se considera Zubiri la persona más próxima a Ortega: “Me llena el alma oírle decir que nos unamos fraternalmente. He tenido siempre el orgullo de ser quien le está más próximo; se lo he dicho alguna vez.

El 8 de septiembre de 1936 se instaló en París, en el Colegio de España de la Ciudad Universitaria. Trató brevemente con Severo Ochoa y frecuentó a Ortega, Marañón y García Morente. También se relacionó con Marcel Bataillon y Jacques Maritain.

En noviembre de 1936, los dos bandos de la guerra entran en una espiral de depuraciones. El 8 de noviembre, la Junta Técnica Nacional de Burgos ordena separar de sus funciones a todos los funcionarios de enseñanza que hayan tenido que ver con el Frente Popular.

En noviembre de 1937, el ministro de Educación de la República, Jesús Hernández, decretó la cesantía de Zubiri como catedrático de la Universidad

Central por no haberse presentado en Madrid a la llamada del Gobierno republicano. El ministro de Instrucción Pública había exigido a los profesores universitarios que están fuera de España que regresen en el plazo de quince días so pena de quedar cesantes. Zubiri se había negado a presentarse en Madrid.

A mediados de noviembre, Ortega se traslada con su familia a París, donde permanecerá hasta principios de 1939. Zubiri hablará con él en privado. Algunos días trabajan juntos en la biblioteca de la Sorbona. La bibliotecaria jefe y traductora al francés de una parte de la obra de Ortega, pone despacho y libros a su disposición.

Gregorio Marañón y Menéndez Pidal abandonan con sus familias Madrid. Marañón se instala en París y entra en contacto con sus amigos: Azorín, Ortega, Pérez de Ayala, Hernando y Zubiri.

Tanto Gregorio Marañón como Pérez de Ayala no ocultan su preferencia política por el bando nacional, pues creen que, con todos sus defectos, los nacionales traerán al menos un gobierno de orden, algo mejor a la postre que la revolución comunista o anarquista que ya parece el único fin al que se encamina el bando republicano. Ortega manifiesta de forma mucho más cauta y privada sus simpatías por el bando franquista. Zubiri se va decantando hacia la misma posición de sus amigos, aunque procurando manifestarla lo menos posible. En sintonía con Marañón y Ortega, Zubiri concibe la posibilidad de una victoria rápida de los militares y la vuelta al orden constitucional. Pero lo cierto es que todos profesan una más o menos discreta simpatía por Franco, que no tardará en desvanecerse cuando adivinen lo que verdaderamente se propone.

Cuando, en julio de 1937, Eugenio Ímaz llegue a París para trabajar para la República en tareas de propaganda, los dos amigos pondrán todo el empeño en no encontrarse. La más verdadera e íntima amistad de Zubiri queda destrozada por la contienda. La ruptura producirá en Zubiri una herida irreparable.

Zubiri mantuvo en París una intensa actividad intelectual. Presentó en 1937 una ponencia, en el congreso celebrado con ocasión del III Centenario del Discurso del Método de Descartes. Asistió a las clases de los químicos Frédéric Joliot e Irène Curie, del matemático Elie Joseph Cartan y del físico Louis de Broglie.

Siguió los cursos de Filología Irania de Emile Benveniste y de Gramática Asiria y Babilónica de René Labat. Estudió Hitita con Louis Delaporte, en el Instituto Católico de París, y Exégesis Bíblica con Edouard Paul Dhorme. En la Ciudad Universitaria dirigió varios seminarios de Teología en el Hogar de los Estudiantes Católicos y en el Instituto Católico de París impartió dos cursos de Filosofía de la Religión.

El 20 de enero de 1937, siguiendo los consejos de Morente y de su propia familia, Zubiri escribió una carta a Fidel Dávila, presidente de la Junta

Técnica de Burgos, manifestando su adhesión al Movimiento Nacional. Morente se cartea con Dávila. Zubiri está pensando en volver pronto a Madrid.

La deriva revolucionaria de la República, la persecución religiosa y el convencimiento de una pronta victoria de los nacionales le movieron a ello. Es cierto que el Gobierno republicano no ha incitado a esta persecución religiosa ni se le puede hacer responsable de todos los crímenes, pero tampoco parece que haya hecho lo suficiente para frenarla.

Después, Zubiri se mantendría siempre absolutamente distante de cualquier toma de posición política.

A Zubiri le pesa su experiencia pasada en la Iglesia. Una religión hecha de cultos, procesiones y de credulidades sin consistencia intelectual, y en la que la apariencia exterior es lo más importante, ha sustituido en España la roca vida de la fe. Probablemente Azaña tenía razón al afirmar que España había dejado de ser católica. No era verdaderamente cristiano el rumbo que regía su cultura.

“Lo que ha pasado en España ha sido posible porque la clerecía no cumplió con su deber; si la mitad de los que han sabido ser mártires hubieran sido apóstoles, la horrible catástrofe no se habría producido” [Francesc Cambó, después de una entrevista con Herrera]

Julián Besteiro, compañero de la facultad de Zubiri, pasa por París camino de Londres. Zubiri tiene ocasión de hablar con él: “Mi lealtad es para la República de 1931, aunque disienta de la política de Largo Caballero o del gobierno Negrín. Ahora es tarde para todo. La República ha llegado con el adelanto de una generación, antes de que haya echado raíces en el pueblo una actitud tolerante y cultivada. Sólo nos queda salvar la dignidad”.

El día 26 de abril de 1937, la aviación alemana, aliada de las tropas de Franco, arrasa totalmente Gernika, centro espiritual de la nación vasca. Dos mil personas son masacradas. Para los vascos, este constituye el capítulo más lacerante de una historia de dolor y de represión que apenas se está iniciando.

El 15 de agosto de 1937, Zubiri escribe a Husserl comentando elogiosamente su artículo “La crisis de la ciencia europea”. Husserl no le puede contestar porque padece pleuritis, pero le contesta Malvine Husserl, su mujer: “Por encargo de mi marido contesto a su amable carta porque él está enfermo desde hace varias semanas. Se trata de una pleuritis. Se ha alegrado mucho por su vivo interés por la Fenomenología y sobre sus inteligentes reflexiones sobre su artículo filosófico”.

En 1938, Zubiri y su esposa se hicieron oblatos benedictinos: cristiano, laico o religioso, miembro de la Iglesia Católica, quien encuentra en la Regla de San Benito el estímulo y guía para desarrollar su llamado a la perfección cristiana de modo que busque, sirva y glorifique a Dios con todo su ser.

En enero de 1938, Maritain propone a Zubiri que dé dos cursos sobre filosofía de las religiones en el Instituto Católico de París. A partir de enero de 1938 impartirá el curso "La filosofía de la religión en el pensamiento contemporáneo"; y el segundo en 1939: "Problemas de filosofía y de historia de las religiones". En el Boletín del Instituto Católico de París publica Zubiri la introducción al primero de los cursos: "Notas sobre la filosofía de la religión", un artículo en francés que continúa la línea de "En torno al problema de Dios".

El 3 de octubre de 1938, Zubiri recibe un telegrama de Ortega, enfermo y alicaído en Holanda, comunicándole que llega de retorno a París. La septicemia que viene arrastrando se ha agravado. Tienen que operarle urgentemente de la vesícula biliar, de la que le extraen un pedrusco negro. Zubiri y su mujer alquilan un piso, cerca de donde reside ahora Ortega.

En 1939, cuando ya se esperaba un ataque alemán a Francia, Zubiri hizo gestiones infructuosas para conseguir un puesto en la Universidad de Upsala, en Suecia, o en la Escuela Bíblica de Jerusalén. Juan Zaragüeta y Manuel García Morente le ofrecieron una colocación en la Universidad de Tucumán, en Argentina, que no aceptó.

El 1 de abril de 1939, termina la Guerra Civil española con la victoria completa e incondicional de los nacionales. El mismo día, el nuevo papa, antiguo cardenal Pacelli y ahora Pío XII, felicita a Franco por su victoria.

La guerra ha terminado en el frente, pero sigue viva, insidiosa y cruel, en el cuerpo y el alma de los españoles. Las envidias y las rencillas personales motivan toda suerte de denuncias. Pronto se hará famoso el dicho siguiente: "¿Quién es masón?... El que te precede en el escalafón".

Entre tanto, el matrimonio Zubiri continúa su vida en París. No tiene prisa por volver a España. El 1 de junio, el Gobierno nacional le ha confirmado como catedrático de Madrid sin expediente de depuración. La guerra en Francia es todavía una amenaza y Zubiri cuenta con poder ir a la Universidad Politécnica de Zúrich. Allí podrá enseñar y estudiar ingeniería.

El 7 de junio, Zubiri y su mujer reciben el certificado de nacionalidad española y pueden registrarse como ciudadanos españoles en el consulado nacional. Su expediente ha pasado por un soldado raso de 30 años, José Luis López Aranguren, que llegará a ser un filósofo famoso, y ahora está destinado en la oficina de tramitación de los permisos para los que solicitan regresar a España.

Nada más recibir los papeles de Zubiri, ha hecho saber a sus superiores que se trata de un filósofo eminente y ha intentado agilizar los trámites.

El 1 de septiembre, los alemanes invaden Polonia. ¡Es la guerra! Se sabe que en Alemania se ejecutan y encarcelan judíos inocentes sin juicio ni formalidades. Xavier Zubiri y Carmen Castro se dirigen precipitadamente hacia la frontera española.

EL REGRESO A ESPAÑA

El 2 de septiembre de 1939, un día antes de que Francia declarase la guerra a Alemania, Xavier Zubiri y Carmen Castro cruzaron la frontera de Irún. En San Sebastián, Miguel y Pilar, sus padres, le abrazan; es el primer encuentro desde hace cuatro años y ni siquiera conocen a su esposa. Zubiri recibe de su familia una versión de lo sucedido muy favorable al nuevo régimen: "Franco es un buen católico".

De nuevo en Madrid, a Zubiri se le erizan los cabellos cuando oye que se habla de Hitler como defensor de la civilización occidental y cuando ve cada día en los periódicos el inevitable apartado de "Sentencias cumplidas" con la larga lista de fusilados el día anterior. A la guerra se la llama "Cruzada", los republicanos son siempre los "rojos", el año en curso es el "Año de la Victoria" y el país ha pasado a ser el "Imperio" español. Se dice que hay que "purificar" la patria y que Franco es el Caudillo "por la gracia de Dios", y el "primer servidor" de la Iglesia.

El claustro de profesores de la Facultad ha quedado mermado por la guerra, el exilio y la depuración: 37 profesores han sido sometidos a procesos de depuración. Ortega y Gasset ha sido confirmado en su cargo, permanece fuera de España y se le considera en excedencia, aunque algunos proponen sanciones contra él.

Zubiri recibe la visita del hijo de Ortega, a quien acompaña Pedro Laín Entralgo, ataviado con el uniforme falangista y con las correspondientes insignias de los miembros del Consejo Nacional de Falange. Laín tenía verdadero interés en conocer a Zubiri. Es director del Servicio Nacional de Propaganda y médico psiquiatra. Laín es un idealista de espíritu conciliador, bondadoso y sumamente reflexivo. A estas alturas cree ingenuamente que la Falange puede hacer en España lo que piensa que los nazis han logrado en Alemania: articular un proyecto nacional al que se sometan todos los egoísmos. Laín se interesa por Zubiri y a Zubiri le cae bien Laín. Le parece un hombre sincero y honesto que no ha hablado una sola palabra de política. Este encuentro señala el comienzo de una amistad que marcará las vidas de ambos.

A los pocos días, Zubiri solicita al rector de la Universidad Central los sueldos que no ha cobrado durante la guerra. No acepta su depuración por parte del Gobierno republicano en 1937. Comienza sus gestiones para recuperar su cátedra. Pero, para sorpresa suya, se le notifica que tiene que someterse a un proceso de investigación que aclare su comportamiento durante la guerra. Tendrá que entrevistarse con un juez depurador.

El ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, y el obispo de Madrid, Leopoldo Eijo y Garay, aceptaban su regreso a su cátedra de la Central, pero, pocos días antes de Navidad, el ministro le convoca para comunicarle que le ha nombrado, con fecha de 2 de diciembre, catedrático de Barcelona. Zubiri se queda atónito. El ministro le dice que es importante

que Zubiri presente una instancia donde solicite voluntariamente su traslado a Barcelona, que es importante para todos que así conste por escrito. Ha quedado atrapado en una maraña de oscuras maniobras, y ahora se trata de maquillar lo sucedido como si fuera expresión de su libre voluntad.

A principios de 1940, Zubiri viaja a Barcelona para cubrir la última etapa de su vida universitaria.

PROFESORADO EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Barcelona va a ser sometida a un tratamiento purificador en todos los órdenes: lo mismo se celebran misas y procesiones de desagravio en cada rincón de la ciudad que se multiplican las detenciones y las condenas a muerte en juicios sumarísimos. Unas 4.000 personas son fusiladas en Cataluña en los primeros años de la posguerra y 40.000 más por consejos de guerra. Franco siempre estará imbuido del convencimiento de que en cualquier intelectual puede agazaparse un enemigo: un comunista, un separatista o un masón. El floreciente Opus Dei y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas se convierten en la vanguardia de la ofensiva tradicionalista en la enseñanza superior: sus miembros se sitúan en puestos claves del CSIC y de disponen a copar las cátedras universitarias vacantes.

En la Ciudad Condal Zubiri se va a mantener siempre muy distante de sus compañeros, con quienes cruza saludos de cortesía. En cambio, tiene una extraordinaria acogida por parte de sus alumnos, con los que se entiende muy bien desde el principio. Las clases de Zubiri concitan un gran interés entre los estudiantes, y pronto las aulas donde las imparte se llenan de alumnos oficiales y de oyentes de todas las especialidades de la Facultad. Sus exposiciones son estimulantes, aunque de "dureza diamantina".

A pesar de todo, su actual vida universitaria no le satisface. El 1 de julio escribe a su amigo Pedro Laín invitándole a viajar a Barcelona. Zubiri se siente vacío. Laín le responde intentando infundirle ánimos. Laín prepara con Dionisio Ridruejo la creación de una nueva revista cultural llamada *Escorial*, para la que pide la colaboración de su amigo. Zubiri escribió "Sócrates y la filosofía griega" (1940), y se involucró en diversos trabajos editoriales que no llegaron a fructificar. Mientras, su esposa Carmen comenzó a trabajar en diversas traducciones, algunas de las cuales aparecieron más adelante con la firma del propio Zubiri.

En diciembre de 1940 y enero de 1941, *Escorial* publica "Sócrates y la sabiduría griega", en el que Zubiri concede a Sócrates un lugar preeminente por considerar que inaugura un nuevo estilo intelectual. Sin que nadie lo perciba, cuando explica la actitud vital y filosófica de Sócrates, Zubiri está hablando de sí mismo, de su propia manera de concebir la tarea filosófica y de su propio retiro. La politización de la universidad española está supeditando todo trabajo teórico a criterios ajenos a las cosas mismas. La guerra europea parece, por otro lado, el triunfo de la sofística. Lo que

procede es retirarse. Ante el marasmo de frivolidad de la sofística, Sócrates se retira, porque no quiere supeditar su discurso a la política.

Julián Marías prepara una *Historia de la Filosofía* que tiene en cuenta los cursos impartidos por Zubiri en la Central. Zubiri escribe un prólogo y Ortega tiene la intención de completar la obra de Marías con un epílogo, que finalmente no terminará.

Desde Lisboa escribe en 1943: "Como el libro lleva ya un prólogo de Zubiri, nos reuníamos en él tres generaciones. Íbamos, pues, a aparecer juntos y confundidos en un solo libro, simbólicamente entreverados y mixtos, porque, en efecto, el único lío que nos hemos hecho los tres es no saber ya si somos cada cual de los otros dos discípulos o maestros".

RENUNCIA A LA CÁTEDRA EN BARCELONA Y REGRESO A MADRID

En Barcelona Zubiri logra gran éxito entre los estudiantes, pero ciertos acontecimientos le llevan a apartarse definitivamente de su cátedra. Un día, un decano falangista le reprende por emplear su tiempo en clase de Historia de la Filosofía en explicar a Kant cuando debe dedicarlo a santo Tomás. Un buen día Zubiri recibe la comunicación escrita del Decano de la Facultad con la orden de que los profesores deben comenzar cada clase con declaraciones de apoyo al régimen. Esto es para Zubiri la gota que colma el vaso.

Una creciente sensación de soledad en Barcelona, el deseo de recuperar su ambiente madrileño y ciertos problemas sentimentales, le movieron a **regresar a Madrid**, en verano de 1942, con la esperanza de recuperar su antiguo destino universitario.

«Zubiri está nervioso y tenso con su mujer, a quien no demuestra el cariño de tiempo atrás. Carmen comienza a echar en falta el afecto de su esposo y en más de una ocasión le ha reprochado el dedicarle más atención a cualquiera de sus alumnas que a ella. Sabe por propia experiencia que Zubiri tiene éxito entre las mujeres y que pocas cosas le gustan más que cortejar a una mujer bonita. Xavier prefiere no contestar a los reproches de su esposa. Pero Carmen insiste, señalando lo que más le duele: –¿Y qué sucede con Asenschi? Demasiado amigos me parecéis a mí...» [Corominas / Vicens, 2006: 487-488]

Asunción Madinaveitia, Asenchi, ha dejado Barcelona para trasladarse a Madrid con su familia tan pronto como su padre ha salido de la cárcel. Zubiri sufre obsesivamente la ausencia de Asenchi. Permanecer en Barcelona se le vuelve insoportable.

En la primavera de 1942, los Zubiri reciben a Pedro Laín y su esposa Milagro en su casa en Barcelona. Laín le propone a los Zubiri pasar juntos el mes de agosto en el castillo de Ameixenda, en la entrada de la ría de Corcubión, en Finisterre.

El 10 de julio de 1942, muere el padre de Zubiri, un sólido baluarte al que siempre ha podido acudir. Pese a sus muchos desencuentros, Miguel

admiraba a su hijo y valoraba su trabajo; siempre le había perdonado y continuamente se preocupaba de él, sin las estridencias y los chantajes emocionales de su madre.

De luto, Xavier y Carmen viajan en agosto a Galicia, acompañados de los Laín, con sus hijos, y Javier Conde. En Galicia, Zubiri comunica a Laín que quiere regresar a Madrid, que no aguanta más en Barcelona. En Barcelona extraña un montón de cosas. Cada día le aflige más la lejanía de los amigos. Además, los tíos de Carmen, los Madinaveitia, han regresado a Madrid y... Asenchi se ha ido con ellos.

En septiembre de 1942, Xavier y Carmen no regresan a Barcelona y se quedan en Madrid residiendo en la casa de Laín Entralgo, quien poco después obtiene la cátedra de Historia de la Medicina.

Al no aceptar ahora el ministro de Educación su retorno a la Central ni a ningún otro puesto en instituciones oficiales, Zubiri renunció a su cátedra y comenzó su andadura personal, incierta en lo económico, al margen completamente del nuevo Estado Nacional. Después de alojarse unos meses en casa de Pedro Laín, el matrimonio Zubiri se instaló en un piso de la calle Núñez de Balboa, en el barrio de Salamanca.

PRIMERA PUBLICACIÓN Y CURSOS PRIVADOS

El empresario y ex gobernador del Banco de España durante la República, Alejandro Fernández de Araoz visita a Laín. Es un hombre de mucho dinero e influencias. Su esposa, Carmen Marañón, amiga de Carmen y ex alumna de Zubiri, le ha convencido para que ayude a su admirado ex profesor. "Me honraría que aceptases un cheque por el equivalente a tu sueldo anual de catedrático. Es una manera de mitigar la vergüenza que siento por todo lo que te ha acontecido", le dice Alejandro. Esta ayuda va a resultar decisiva para los Zubiri en estos primeros meses en Madrid. Las traducciones, las lecciones particulares, las colaboraciones en la revista *Escorial* y la edición de *Naturaleza, Historia, Dios*, son las primeras ayudas para la supervivencia.

En 1943, publicó su libro *Naturaleza, Historia, Dios*, a instancias de Laín, donde recogía artículos publicados anteriormente en Revista de Occidente, Cruz y Raya y Escorial, y exponía ya en esbozo algunas de sus tesis básicas sobre la realidad, la inteligencia y la religación.

Con la voluntad de sacarlo de su ostracismo, apoyarle económicamente y aprovechar su saber, el médico Carlos Jiménez Díaz y Pedro Laín Entralgo lo animaron a dictar unos cursos privados, que comenzaron en octubre de 1945 en los locales de la compañía aseguradora La Unión y el Fénix, en Madrid. Entre los asistentes regulares a estos cursos estaban Pedro Laín, Javier Conde, Luis Felipe Vivanco, Julián Marías, Paulino Garagorri, Carlos Jiménez Díaz, entre otros.

El mes de agosto de 1945, Ortega regresa a España para estar cerca de sus hijos. Está convencido de que el régimen español evolucionará y él podrá volver a influir en el destino nacional. En noviembre, Ortega llega a Madrid, tras unos meses en Gupúzcoa. Ortega pretende recuperar su papel de líder social, intentando usar a su favor los estamentos oficiales. Ortega aparece en estos momentos como la contrafigura de lo que desea ser Zubiri en la España de la posguerra.

Desde 1942 hasta su muerte la vida de Zubiri transcurre silenciosa en el exilio interior de su casa de Madrid casi sin casi más salidas que las obligadas por los cursos anuales en las diversas sedes de la Sociedad de Estudios y Publicaciones.

De 1942 a 1958 hay una campaña de desprestigio hacia la obra de Ortega para prohibir su lectura y distribución en España por parte de algunos significados representantes del clero.

Zubiri había hecho profesión pública de orteguismo el 18 de marzo del año 1936 en las páginas de *El Sol* con un artículo titulado "Ortega, maestro de filosofía", y otro el 19 de octubre de 1955 en ABC, con motivo de la muerte de Ortega.

Los adictos al régimen han logrado llevar al *Índice de libros prohibidos* por la Iglesia *La agonía del cristianismo* y el *Sentimiento trágico de la vida*, de Miguel de Unamuno. Ahora intentan hacer lo mismo con las obras de Ortega y su discípulo Zubiri.

Se ataca el artículo *En torno al problema de Dios*. Pero Zubiri recibe también reconocimientos de intelectuales que aprecian y comprenden su obra.

En octubre de 1946, Zubiri realizó una breve estancia en la universidad norteamericana de Princeton, invitado por los padres de Carmen. Américo Castro se ha asentado en la cátedra de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de Princeton, en New Jersey. Cobra un buen sueldo, lo que le permite enviar regularmente dinero a su hija.

Zubiri coincide en Princeton con otros profesores alemanes conocidos suyos, huidos de Alemania hitleriana. Tiene oportunidad de conocer a otros sabios eminentes, de cuyas obras estaba al tanto y que ahora Américo Castro le presenta.

En la Biblioteca del Departamento de Filosofía de aquella universidad americana, Zubiri impartió una conferencia en francés titulada: "Le réel et les mathématiques: un problème philosophique". Sus oyentes algunos son filósofos, otros tantos son matemáticos. Además de Post, en Princeton es profesor Kurt Gödel, cuyo teorema de incompletitud Zubiri cita directamente en sus obras y del que en su biblioteca personal se conservan sus principales publicaciones.

En ese mismo año de la visita de Zubiri a Princeton había impartido el curso, que permanece inédito, titulado "Ciencia y Realidad". Entre los aspectos allí tratados hay uno titulado precisamente "La realidad matemática (logicismo,

Cantor, formalismo, Hilbert; intuicionismo, Poincaré y Brouwer; realismo, teorema de Gödel)”.

Américo Castro acompaña Zubiri a Nueva York, donde quiere que Zubiri vea la Public Library de la Quinta Avenida. Zubiri queda atónito ante los fondos de libros y las colecciones de revistas. En Nueva York visitan también a Severo Ochoa, que trabaja en sus investigaciones bioquímicas en la Universidad de Nueva York.

FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES

En 1947, Zubiri se reencuentra con su amigo Juan Lladó. Lladó es uno de los participantes en la redacción de la constitución de la República de 1931, banquero presidente del Banco Urquijo, fundador y mecenas de la revista *Cruz y Raya*. Lladó proporciona a Zubiri una pensión anual para que se dedique a sus estudios con la única contraprestación de impartir cursos de filosofía anuales en las sedes que habilita la *Sociedad de Estudios y Publicaciones*.

Esta sociedad, patrocinada por el Banco Urquijo, liderada por Lladó y asesorada por el propio Zubiri, auspició sus cursos privados y realizó en las décadas siguientes una discreta pero continuada tarea de promoción cultural. Apoyó los trabajos de jóvenes investigadores que no hallaban acomodo en las instituciones oficiales, organizó cursos y conferencias dictados por renombrados intelectuales europeos y creó seminarios de investigación de Economía, Medicina, Sociología, Teología y Filosofía.

El curso de Zubiri *El problema de Dios* (1948-1949) le consolida como pensador capaz de abordar de una manera original y a la altura de su tiempo la cuestión religiosa. Así lo entienden muchos de sus oyentes, para quienes destaca por plantear como nadie la cuestión de Dios.

En 1948 Ortega funda el *Instituto de Humanidades*, junto con su discípulo Julián Marías (1914-2005). Acostumbrado antes de la guerra a ser un referente ideológico de las nuevas generaciones, a Ortega le desanima especialmente que casi no asistan jóvenes a sus lecciones. Ortega, fiel a su trayectoria de siempre, firme en su vocación política y cultural, ha dado comienzo a su andadura con un sonado fracaso. Zubiri, en cambio, se ha retirado de la vida pública.

Zubiri asiste a algunas sesiones de los cursos de Ortega sin participar en tarea alguna del Instituto de Humanidades. Él se ha comprometido hace unos meses con la Sociedad de Estudios y Publicaciones, y no piensa adscribirse a ninguna otra empresa cultural por más que la encabece su maestro y amigo.

Esto crea un cierto distanciamiento entre los dos. Zubiri cree que Ortega se da excesiva importancia con su nueva iniciativa, que considera equivocada, y piensa que su antiguo maestro no comprende sus opciones en este momento. Los dos siguen estrategias culturales con algunas semejanzas,

pero también con notables diferencias. En su curso sobre la historia, Ortega introduce contenidos políticos y llega a defender la legitimidad de la monarquía. A diferencia de su maestro, Zubiri desea pasar inadvertido.

Xavier Zubiri sigue con escepticismo las actividades del Instituto de Humanidades de Ortega y Julián Marías, y se molesta porque Ortega se las da de perseguido por el régimen. Algunos sectores afines al régimen tienden a valorar a Zubiri en detrimento de Ortega.

El régimen intenta captar a Zubiri para sus fines propagandísticos y Ortega vuelve a padecer una ofensiva despiadada procedente del tradicionalismo católico, cuyo fin último es que la Santa Sede incluya sus obras en el *Índice* eclesiástico de libros prohibidos. Una decisión de este estilo significaría la desaparición oficial del panorama cultural español: sus obras no podrían ser vendidas en las librerías, ni enseñadas en la universidad, ni consultadas en las bibliotecas. Se editan panfletos destinados a presentar a Ortega como un pensador venenoso para el catolicismo.

Ortega se ha decepcionado definitivamente acerca de sus posibilidades de que sus palabras sean escuchadas, y tampoco confía nada en la capacidad de maniobra política del grupo de intelectuales que le dan su apoyo. Ha fracasado en todas las iniciativas culturales emprendidas a su regreso y lamenta que sus ideas filosóficas sean utilizadas continuamente como material de guerra en la batalla cultural que se está librando. Ahora comprende mejor el sentido de la actitud de Zubiri, que permanece en silencio ante halagos o críticas y nunca se inmiscuye en debate político alguno.

En 1953 recibe un Homenaje en la revista *Alcalá* con motivo de sus 25 años de profesor universitario.

En 1968 recibe otro Homenaje más amplio con motivo de sus setenta años lleva las firmas de sus amigos de siempre, de prestigiosos intelectuales y científicos españoles del momento, del exilio exterior y de Europa.

CURSOS EXTRAUNIVERSITARIOS

Desde 1945 y a lo largo de la década de 1950, se sucedieron los cursos extrauniversitarios de Zubiri, centrados en los temas capitales de la filosofía, concebidos desde una perspectiva contemporánea, siempre atentos a los últimos desarrollos de las ciencias: "Ciencia y realidad" (1945-1946), "Tres definiciones clásicas del hombre" (1946-1947), "¿Qué son las ideas?" (1947-1948), "El problema de Dios" (1948-1949), "Cuerpo y alma" (1950-1951), "Sobre la libertad" (1951-1952), "Filosofía primera" (1952-1953), "El problema del hombre" (1953-1954), "Sobre la persona" (1959) y "Acerca del mundo" (1960).

De este modo, iba formulando una filosofía original que pretendía ganar en radicalidad a la husserliana y la heideggeriana, superadora de la dicotomía realismo-idealismo y articulada por las nociones de realidad, sustantividad

o inteligencia, concebidas novedosamente mediante un análisis filosófico cuyos logros se fundamentaron siempre en la criba de presupuestos.

Los cursos zubirianos se convirtieron en un referente mayor de la vida cultural madrileña. Alrededor del filósofo se fue reuniendo un público diverso de profesionales (médicos, abogados, ingenieros), filósofos, teólogos y estudiantes, bien Jesús, su amigo Pedro Arrupe, con quien se creía en deuda por el apoyo que le brindaba Ellacuría, dispuestos para una reflexión filosófica libre de corsés ideológicos, abierta a la ciencia y al pensamiento del siglo XX.

LA DÉCADA DE 1950

En la década de 1950, Zubiri se convirtió, sin buscarlo, en una de las fuentes de inspiración de muchos intelectuales que iniciaban su divorcio del régimen franquista: tradicionalistas “renovadores” o “demócratas cristianos” liderados por Joaquín Ruiz Giménez, antiguos falangistas “integradores” o “liberales”, como Pedro Laín, Javier Conde o Antonio Tovar y católicos “abiertos” como José Luis Aranguren.

La revista universitaria *Alcalá*, en la que colaboraron los más significativos intelectuales de aquel tiempo, editó en 1953 la miscelánea Homenaje a Xavier Zubiri, que supuso su primer reconocimiento público en la España de la posguerra. Sin embargo, el pensamiento de Zubiri, no acompañado de una obra escrita, permanecía prácticamente desconocido fuera del ambiente restringido de sus cursos.

En otoño de 1954, Zubiri no da comienzo a su curso habitual, quiere concentrarse en la redacción de un libro en el que se propone desarrollar su concepción de la persona. Durante cinco años sus cursos privados van a quedar suspendidos. Sus amigos llevan tiempo insistiéndole en que publique los contenidos de sus lecciones. Ahora quiere presentar sus tesis filosóficas más recientes: una analítica de la sustantividad humana alternativa a la analítica de la existencia humana de Heidegger. Comienza un penoso camino, de cuyo inicio llegará a arrepentirse en más de una ocasión. Zubiri se ve presionado a hacer lo que más le cuesta: precisar su pensamiento por escrito.

El 17 de octubre de 1955, muere Ortega y Gasset. Ahora la prensa, una vez desaparecido, ya no tiene inconveniente en presentarle como una gloria nacional. Ya publica un artículo titulado “Ortega y Gasset se reconcilia con la Iglesia”, en el que describe la supuesta conversión del filósofo ante el agustino Félix García, presente en el lecho de muerte por voluntad de su esposa. Muchos españoles reaccionan con indignación, y Zubiri el primero, ante la hipocresía con que se trata la muerte de Ortega.

Unos días antes de morir su maestro, Zubiri le visitó en la clínica. Hablaron a solas de la muerte y del más allá, hasta que, estrechándose con fuerza la mano, se despidieron para siempre. Zubiri: “Me he quedado en paz con Ortega”. El mismo día del entierro de José Ortega y Gasset, el 18 de octubre

de 1955, Zubiri publicó en ABC un artículo elogioso con su maestro, objeto entonces de una inmisericorde persecución por parte de los sectores católicos más retrógrados. Este artículo, junto con el que escribió en el XXV aniversario de la cátedra de Ortega (1936) y en la muerte de su amigo y mecenas Juan Lladó (1982), son los únicos que escribió para la prensa.

En febrero de 1956, los estudiantes de Derecho rechazan las candidaturas oficiales del SEU (Sindicato Universitario Español creado por el régimen). El día 8, grupos de falangistas invaden el edificio universitario, aporreando a estudiantes y rompiendo el mobiliario. Rebrotan los enfrentamientos entre disidentes y falangistas. Se produce una cascada de detenciones de intelectuales disidentes.

El Gobierno atribuye lo sucedido a infiltrados comunistas y cierra la Universidad de Madrid. El ministro de Educación es destituido. Pedro Laín Entralgo dimite como rector de la Universidad Central. El nuevo ministro le pide que siga en el cargo, pero Laín no acepta. El Opus Dei aparece como vencedor entre los sectores católicos y será decisivo en los próximos gobiernos de Franco. Buena parte de los amigos de Zubiri empiezan a moverse hacia el campo de la oposición.

El catolicismo abierto que encarnan Lía, Marías y Aranguren empieza a verse como una activa oposición al régimen. Este catolicismo liberal encuentra en Zubiri un nombre firme al que poder apelar. En noviembre, un grupo de intelectuales solicita por carta a Franco "un criterio de clemencia y pacificación para los estudiantes procesados". Por primera vez, Zubiri pone su firma al pie de una declaración de claras connotaciones políticas, junto a otros notables de la cultura: Azorín, Menéndez Pidal, Rosales, Dámaso Alonso, Torrente Ballester, Aleixandre. La juventud española se vuelve hostil al régimen.

En 1959, Julián Marías publica el libro *La escuela de Madrid* y otorga a esta denominación condición histórica. Con ella se quiere designar un movimiento español parejo al existencialismo y, en algún sentido, superior a él. Los orteguianos ven en Zubiri un representante de la Escuela de Madrid y, los que no lo son, un existencialista cristiano.

"Ortega nos está liberando ahora del existencialismo, un servicio que no se le ha reconocido" (Fernando Vela). Zubiri no es un existencialista cristiano, pero tampoco se siente cómodo con la adscripción a la Escuela de Madrid porque, aunque reconoce su deuda con Ortega, no se considera orteguiano.

En abril de 1959, Zubiri vuelve a impartir sus cursos, después de un silencio de cinco años. Tiene previsto impartir cinco lecciones tituladas "Sobre la persona". Mientras las desarrolla, se produce un drástico cambio de orientación en el proyecto de libro que está escribiendo. El análisis de la realidad personal le conduce inexorablemente hacia una doctrina general de la realidad que, sin embargo, todavía no tiene bien elaborada. Para desplegar una noción de persona que sea una alternativa a otras basadas en la idea de sustancia, debe desarrollar más sus ideas sobre la estructura,

las propiedades y la esencia de la sustantividad. Cree que antes de escribir un libro sobre la persona tiene que escribir sobre la realidad y sus estructuras básicas. Este nuevo libro, que se titulará *Sobre la esencia*, contendrá una nueva teoría de la sustantividad y de la realidad en cuanto tal. Tardará años más en terminarlo.

REDACCIÓN DE SOBRE LA ESENCIA

Entre otoño de 1954 y 1959, Zubiri suspendió sus cursos privados para dedicarse por completo a la redacción de un libro sobre la persona humana que se convirtió después en su tratado *Sobre la esencia*, publicado en 1962. En él defendía que la tarea primaria de la filosofía es el estudio de la realidad actualizada en la aprehensión.

Sólo a partir de ahí tiene sentido preguntarse por lo que las cosas son allende la aprehensión, en la realidad del mundo. Zubiri desarrollaba una teoría de la sustantividad, como estructura básica de lo real, que radicalizaba y sustituía la teoría aristotélica de la substancia y cualquier doctrina objetivista.

En algunos países latinoamericanos, *Sobre la esencia* tuvo una buena acogida, pero en España fue mal comprendido y asociado a la neoescolástica tradicional. A pesar de su mala recepción filosófica, el libro se convirtió de inmediato en un best seller.

En 1961, Zubiri trabó amistad con el jesuita Ignacio Ellacuría, que acudió a él para que le dirigiera su tesis doctoral. Entre los dos se anudó una verdadera relación paterno-filial. A partir de 1967, Ignacio Ellacuría dividió su tiempo, con la anuencia de la Compañía de Jesús, entre su colaboración con Zubiri y su trabajo universitario en la Universidad Centroamericana de El Salvador. Ellacuría animó decisivamente a Zubiri, siempre dubitativo, a poner por escrito su filosofía.

Más asequible al gran público y de enorme popularidad entre los estudiantes de Filosofía, fue su tercer libro, *Cinco lecciones de filosofía*, donde exponía el pensamiento de Aristóteles, Kant, Comte, Bergson, Husserl y Heidegger.

CURSOS IMPARTIDOS POR ZUBIRI A PARTIR DE 1961

Zubiri llega a la década de los sesenta instalado plenamente en una nueva etapa de su trayectoria filosófica: contrariando a Heidegger, ya sostiene definitivamente que el ser se funda en la realidad, y que la filosofía estudia no el ser sino la realidad en cuanto tal.

La realidad no es una especie de piélago en el que se hallen sumergidas las cosas reales ni la suma de todas ellas. Es la alteridad de cada cosa que destella como una luz en cada una de ellas, excediendo sus límites y remitiéndola a las demás. Esta concepción sitúa a las ciencias en su justo lugar. No se puede acceder a la realidad más que a partir de cada cosa concreta.

Objeto de particular atención de Zubiri en estos años ha sido la realidad humana. El sentir intelectual del hombre es radicalmente distinto del sentir animal. El hombre es una unidad radical, resultado de la combinación de los elementos que lo constituyen: no tiene cuerpo y alma, sino que es, a un tiempo, corporal y psíquico.

La inteligencia no se superpone a la sensibilidad, sino que conforma con ella un sentir intelectual. La caracterización de esa realidad humana ha sido objeto de la mayoría de sus cursos de esta época. A estas alturas, Zubiri entiende que el órgano humano en el cual se patentiza lo real es la inteligencia sentiente, y que el inteligir tiene en el hombre, animal hiperformalizador, una función primariamente biológica. La inteligencia sentiente es el órgano de la aprehensión inmediata de lo real como lo que es "de suyo" tal o cual cosa.

Inteligir no es decir algo sobre lo sentido, sino sentir las cosas intelectivamente: no como estímulos, sino como realidades. El hombre aprehende lo real con sus estructuras propias. Esta tesis ha llevado a Zubiri a trabajar en la elaboración de la noción de sustantividad como estructura básica de lo real.

Los principales cursos impartidos por Zubiri a partir de 1961 fueron: Sobre la voluntad (1961), Cinco lecciones de filosofía (1963), El problema del mal (1964), El problema filosófico de la historia de la religiones (1965), Sobre la realidad (1966), El hombre y la verdad (1966), Estructura dinámica de la realidad (1968), Estructura de la metafísica (1969), Problemas fundamentales de la metafísica occidental (1969), Sobre el tiempo (1970), Sistema de lo real en la filosofía moderna (1970), El problema teológico del hombre: Dios, religión, cristianismo (1971-1972), El espacio (1973), El hombre y Dios (1973), Tres dimensiones del ser humano: individual, social e histórica (1974), Reflexiones filosóficas sobre lo estético (1975), La inteligencia humana (1976). Estos cursos comenzaron a publicarse después de la muerte del filósofo, permaneciendo inéditos los que dio entre 1945 y 1954, algunos de miles de páginas.

SOBRE LA ESENCIA (1962)

Tras entregar por fin el original de *Sobre la esencia* a la imprenta, Zubiri tiene la impresión de dar fin así un trabajo forzado de tres años; pero pocos días después se arrepiente. "Es un mamotreto pesado y reiterativo. No quiero publicarlo. Voy a retirarlo inmediatamente". Al final se decide a publicarlo, pero todavía lleva a cabo tres correcciones de las pruebas de imprenta. Unos días antes de Navidad de 1962, aparece *Sobre la esencia*.

Se decía por aquel tiempo que Zubiri no escribiría nunca un libro. La aparición de *Sobre la esencia* fue un auténtico acontecimiento. El libro se convierte de inmediato en un *best seller*. En pocas semanas hay que lanzar dos nuevas ediciones para satisfacer la demanda. Pero fueron más los compradores que los lectores del libro.

Ese libro en las manos, fuera de casa, en los aviones, en los trenes... vino a ser la credencial que se exhibía para acreditarse como culto. Y había entonces ganas de serlo. En Madrid y en otras ciudades, haber leído o simplemente haber comprado *Sobre la esencia* se convierte en una especie de credencial de cultura refinada, aunque en realidad la mayor parte de aquellos que se adentran en el libro no entienden ni una sola línea. Para un grupo de intelectuales, el Concilio es el acontecimiento más importante de 1962. Pero la siguen la crisis de Cuba, la catástrofe de Barcelona, el cohete a Venus y la publicación de *Sobre la esencia*.

Si la recepción popular de la obra sorprende a Zubiri, la recepción en el mundo de la filosofía confirma sus malos presagios: nadie le comprende. En los círculos eclesiásticos, *Sobre la esencia* es tomada por una obra de filosofía neoescolástica. Entre los grupos filosóficos independientes de las instituciones oficiales, el libro provoca rechazo o indiferencia. La filosofía analítica, el marxismo y el neomarxismo están en auge. Se acusa a Zubiri de permanecer ajeno al "giro lingüístico" (*linguistic turn*) y al "giro hermenéutico" de la búsqueda del sentido, y también de desentenderse de una "filosofía de la praxis" encaminada a la transformación de la sociedad.

La mayoría de los jóvenes atraídos por la filosofía no llega a percibir la novedad que el libro representa. Ven en esta filosofía la defensa de un realismo a la vieja ultranza, de carácter ingenuo, precrítico, que no ha pasado por el criticismo kantiano, y que no conecta con los problemas de la vida real. En América Latina la recepción es bastante más positiva.

Quienes se empeñan en leer el libro no suelen tener un conocimiento de las filosofías de Husserl y de Heidegger suficiente como para apreciar con quiénes está efectivamente dialogando Zubiri. Pero Zubiri también deja en la penumbra algunas claves decisivas para su comprensión: lejos de introducir al lector en su posición, la da por supuesta y no da ninguna pista sobre lo verdaderamente importante.

Algunos fragmentos padecen de ambigüedad. Algunos conocedores de Husserl y Heidegger, ven en *Sobre la esencia* una reactualización de Aristóteles. Por ejemplo, Gadamer, que lee español, recomienda a Zubiri que madure su "libro sobre Aristóteles".

El 5 de marzo de 1963, Zubiri comienza, a sus 65 años de edad, el curso *Cinco lecciones de filosofía* sobre Aristóteles, Kant, Comte, Bergson, Husserl, Dilthey y Heidegger. Asisten al curso alrededor de 300 personas por sesión. El curso se convierte en un libro breve que va a gozar de enorme popularidad entre los estudiantes de filosofía.

En abril de 1963, el hijo de Ortega, José Ortega Spottorno, reemprende, después de veintisiete años, la publicación de la *Revista de Occidente*. En su primer número publica Zubiri "El hombre, realidad personal", que recoge parte de su curso de 1959 "Sobre la persona".

En 1968, Zubiri imparte un curso titulado "Estructura dinámica de la realidad". El curso está pensado como la segunda parte de *Sobre la esencia*. Frente a los que le acusan de tener una visión estática de la realidad y, por tanto, abstracta y fuera de tiempo, Zubiri muestra que cada cosa es constitutivamente dinámica.

Las cosas o caracteres de cada cosa constituyen una estructura activa, que "da de sí". Incluso para que las cosas no cambien se genera en ellas una inmensa actividad. Nada hay estático en el universo. Cuando este dinamismo produce un cambio se genera un proceso.

Al despliegue dialéctico hegeliano de naturaleza y espíritu, Zubiri contrapone una concepción estructural y dinámica de la esencia por la que el cosmos se va enriqueciendo progresivamente en un orden abierto y nunca preestablecido.

Aparece la traducción al alemán de *Sobre la esencia*, una traducción muy insatisfactoria. Además, el prólogo de Alois Dempf, reconocido neoescolástico, resulta contraproducente. No le conecta con ninguna corriente viva del pensamiento alemán ni le inserta en la tradición crítica heideggeriana.

Heidegger no hace comentario alguno y el libro queda descatalogado sin apenas haberse vendido.

HOMENAJE A XAVIER ZUBIRI

En el año 1970, dos gruesos volúmenes recogieron un segundo Homenaje a Xavier Zubiri, en el que se dio cita una gran parte de la intelectualidad española y europea del momento.

En la década de 1970, Zubiri se ocupó de la antropología filosófica, los problemas del espacio, del tiempo, y de la materia, y de la filosofía de la religión y la teología. Interesaron especialmente su concepción del hombre como "animal de realidades", su análisis del hecho religioso, cristalizado en la noción de "religación", su concepción de la historia y su peculiar materialismo. Mientras, trabajaba intensamente en su filosofía de la inteligencia, dotándola de una orientación original que había de constituir la culminación de todo su itinerario filosófico.

EL "SEMINARIO XAVIER ZUBIRI"

En enero de 1972, la Sociedad de Estudios y Publicaciones inauguró en la Casa de las Siete Chimeneas el "Seminario Xavier Zubiri", a propuesta de Alfonso López Quintás. Su primer director fue Ignacio Ellacuría, entonces rector de la Universidad Centroamericana de El Salvador.

Ellacuría convocó a trabajar en el seminario a un grupo de jóvenes estudiosos que seguían de cerca al filósofo: Diego Gracia, Alberto del Campo, Alfonso López Quintás, Carlos Baciero, Carlos Fernández Casado,

María Rianza y, más adelante, Antonio Pintor-Ramos, José Monserrat, Antonio Ferraz, y otros.

En las sesiones semanales del seminario, en las que siempre participaba, encontró Zubiri el mejor espacio para continuar y profundizar su labor filosófica. Del diálogo con sus compañeros y amigos recibió multitud de sugerencias, críticas leales y un estímulo constante gracias al cual fue evolucionando su pensamiento.

En febrero de 1973, Zubiri escribe al poeta Jorge Guillén y al historiador Jesús Pabón, comunicándoles la entrega de 250.000 pesetas a cada uno por parte de la SEP, con el ruego de no hacerlo público. La poesía de Jorge Guillén es la más cercana al modo de filosofar de Zubiri. Toda su obra es un poema elemental, un cántico a las cosas. Guillén poetiza la alteridad de los objetos y del yo, la autonomía de los seres que pueblan el mundo. Es una poesía de aprehensión de la realidad.

El 2 de abril de 1973, el dominico Marie-Émile Boismard, miembro de la Escuela Bíblica de Jerusalén, imparte un curso en la Sociedad de Estudios y Publicaciones sobre "Nuestra victoria sobre la muerte: resurrección o inmortalidad". Boismard explica que en el judaísmo el hombre no se escinde en dos sustancias distintas ni resulta de su síntesis, sino que es una realidad unitaria provista de propiedades diversas. Boismard logra convencer a Zubiri de que las definiciones dogmáticas de la Iglesia católica no obligan a mantener la idea del alma. La noción de sustancialidad y la tesis de la pervivencia del alma desaparecen definitivamente de la filosofía de Zubiri.

El 8 de diciembre 1973 la persona y la obra Zubiri obtienen otro decisivo reconocimiento público al recibir y aceptar la invitación del prepósito general de los jesuitas Pedro Arrupe para dar un curso de doce lecciones sobre "El problema teológico del hombre. El hombre y Dios", en la Universidad Gregoriana de Roma.

Constituyó su regreso a un aula universitaria, después de más de treinta años. En realidad, no era la primera vez que Arrupe reconocía el valor de Zubiri y de su filosofía, puesto que desde 1965 había dispuesto que el jesuita Ignacio Ellacuría viniera a temporadas desde El Salvador a Madrid para ayudar a Zubiri en la publicación de sus escritos inéditos. El curso tiene un gran éxito entre los estudiantes. Pero la idea del doctorado honorífico no complace a la Gregoriana.

El 28 de diciembre de 1973, Zubiri es recibido en audiencia privada por Pablo VI, con quien habla de cuestiones teológicas. La audiencia se prolonga más de lo previsto.

En enero de 1974, Zubiri imparte el curso "Tres dimensiones del ser humano: individual, social e histórica". La dimensión social no es más que la actualización de los demás en las propias acciones colectivas de las hábitos humanas. La categoría de "actualidad, que en *Sobre la esencia* no tiene gran importancia, cobra en este curso la mayor preeminencia.

En otoño de 1974, los componentes del seminario empiezan a comentar el artículo de Zubiri "Notas sobre la inteligencia humana", primera lección del curso "Sobre la realidad", impartido en 1966 que Zubiri publicó en *Asclepio* (1967). Con su afán de comprensión y precisión, el grupo contribuye a que Zubiri vaya matizando sus ideas y evolucionando en su pensamiento.

En 1974, el "Seminario Xavier Zubiri" comenzó a editar la revista *Realitas*, de la que llegaron a aparecer tres gruesos tomos en los que el filósofo y sus discípulos fueron publicando sus trabajos.

Al finalizar el año 1974, Zubiri casi tiene concluida la segunda parte de *El hombre y Dios*. Pero al llegar al último apartado, donde expone que la fe es concreta por razón de la persona: por sus dotes, su biografía, su historia, su instalación social, su modo de entrega, su idea de Dios, su estructura psicológica, etc., cree que tiene que abundar sobre el tema de "la concreción de la persona humana" y se pone a escribir extensamente sobre ello. Lo escrito en el inédito "La realidad humana", el curso sobre "Las tres dimensiones del ser humano" y el trabajo publicado, "La dimensión histórica", no le acababan de satisfacer.

A lo largo de 1975, el texto de "La concreción de la persona humana" va cobrando la forma de un largo estudio, que al final fue incluido en el conjunto de estudios antropológicos *Sobre el hombre*.

En abril de 1975, Zubiri imparte sus "Reflexiones filosóficas sobre lo estético", en donde analiza el momento sentimental que hay en la aprehensión humana junto al momento de afección e intelección.

"El intento de redacción del curso de Roma (1973-1974) llevó a comenzar el estudio sobre el hombre, y el estudio sobre el hombre llevó al estudio sobre la materia, que fue concebido como estudio en sí que no llegó a concluirse" (I. Ellacuría). A Zubiri le preocupaba mucho decir alguna cosa que pudiera chocar con la doctrina católica.

ÚLTIMO VIAJE AL EXTRANJERO

En 1976, Pedro Laín Entralgo publica *Descargo de conciencia (1930-1960)*. La presentación del libro se convierte en una especie de "juicio" a Laín. Zubiri sufre por su amigo, y Julián Marías sale en su defensa: "El autor del libro se ha adelantado a 'dar cuentas' sin que nadie se las pidiera; quizá con error, cediendo a la manía 'judicial' dominante.

Pero los que ásperamente le enjuician ¿no habrían tenido que hacer primero una confesión paralela? ¿Es que se va a iniciar una época de depuración?" Han pasado 36 años y las heridas de la guerra siguen supurando.

En octubre de 1978, en su último viaje al extranjero, Zubiri asistió a un congreso de Filosofía de la Religión en Perugia (Italia). Ya con ochenta años cumplidos, fue objeto de reconocimientos diversos. En su intervención, Zubiri cuestiona la división entre profano y sagrado que realiza Rudolf Otto.

RECONOCIMIENTOS OFICIALES

Casi a las puertas de la muerte llegan los reconocimientos oficiales.

En noviembre de 1979, el Presidente de la República Federal Alemana condecora a Zubiri con Das Grosse Verdienst Kreuz (Gran Cruz al Mérito) en su más alta categoría para quien no sea Jefe de Estado.

Hasta 1980 no ha dado nunca ninguna lección en su tierra natal. Cuando el día primero de octubre de este año, a sus 81 años, Zubiri pronuncia su discurso como *Doctor Honoris Causa* en teología por la Universidad de Deusto (Vizcaya) con motivo de cumplirse el centenario de su Facultad de Teología, los jesuitas ponen fin a su destierro de Euskadi.

El doctorado *Honoris causa* en teología, que en su día no había considerado conveniente otorgarle la Universidad Gregoriana, se lo concede ahora Deusto.

La teología es una de las fibras más íntimas de su realidad personal. Zubiri imparte su lección "Reflexiones teológicas sobre la Eucaristía".

El 18 de octubre de 1982, Xavier Zubiri y su amigo el premio Nobel Severo Ochoa reciben de S. M. el Rey el Premio Ramón y Cajal a la Investigación instituido por el Ministerio de Educación y Ciencia y otorgado por vez primera a Zubiri y a Ochoa.

COMIENZA LA PUBLICACIÓN DE LA TRILOGÍA DE LA INTELIGENCIA

Todos los miembros del Seminario Xavier Zubiri han trabajado *Sobre la esencia* y consideran una seria laguna del libro el que no estén explicitadas sus bases epistemológicas. A fin de aclarar este punto, el grupo ha estudiado durante dos años el único texto publicado sobre la cuestión: "Notas sobre la inteligencia humana".

Pero las páginas del artículo de *Asclepio* no daban de sí una teoría entera de la inteligencia. Se ocupaban solo de su inicio. De ahí que su análisis resultara ser tan frustrante. Venciendo sus reservas, Zubiri se avino a exponer en el Seminario la teoría de la inteligencia de modo sistemático, del principio hasta el final.

En 1976, Zubiri abandonó provisionalmente *El hombre y Dios* y se dedicó al análisis de la inteligencia que coronaría en 1982 con la publicación de la trilogía *Inteligencia sentiente*.

Finalizada su *Noología*, volvió a su intención de publicar *El hombre y Dios*. "Se ha dicho que este ha sido el principal fruto del Seminario Xavier Zubiri, haber conseguido que Zubiri publicara su teoría de la inteligencia, su Noología. Caso de no haberlo hecho en vida, toda su obra filosófica se habría venido abajo" (Diego Gracia).

Zubiri ya había insistido muchas veces que dar prioridad a la teoría del conocimiento es otro prejuicio. Si conceder prioridad a la realidad sobre la

inteligencia da lugar a la aparición del ancestral realismo ingenuo, la concesión de prioridad a la inteligencia sobre la realidad cae en lo que Zubiri llama subjetivismo ingenuo.

Ambas posturas, que recorren casi toda la historia de la filosofía, son para Zubiri idealismos conceptistas ante los que él intenta abrir una nueva vía. Intelección de la realidad e intelección de la propia actividad intelectual son procesos simultáneos, no hay prioridad temporal ni formal de uno sobre otro.

En febrero de 1980, le diagnostican a Zubiri un cáncer intestinal que avanza sin paliativos. Antes de salir de vacaciones en julio, en plena convalecencia, Zubiri logra dejar listo para la imprenta su libro más importante: *Inteligencia sentiente*. A este primer volumen, se agregaron *Inteligencia y logos* (1982) e *Inteligencia y razón* (1983).

En esta trilogía exponía un análisis de la intelección humana concebida como mera actualización de lo real en los actos humanos.

La realidad, el carácter “de suyo” de lo sentido en cualquier acto humano, pone en marcha el proceso de la intelección mediante el cual el hombre entiende unas cosas entre otras (logos) e intenta entender la realidad de las cosas (razón).

Mediante este análisis, Zubiri pretendía superar la contraposición entre sentir e entender mantenida desde Parménides a lo largo de toda la historia del pensamiento occidental.

En diciembre de 1980, se publica *Inteligencia sentiente*. Zubiri lo concibe como un libro autosuficiente, pues no está seguro de poder escribir los otros dos volúmenes –*Inteligencia y logos* e *Inteligencia y razón*– que deberían constituir la obra completa bajo aquel primer título.

A despecho de los peores augurios, Zubiri llega a culminar los tres volúmenes previstos de su *Trilogía*, que pretende ser un mero análisis de los hechos de intelección.

Antes de elaborar cualquier teoría sobre por qué comprendemos o entendemos las cosas, Zubiri quiere analizar el acto mismo en que aprehendemos cualquier cosa o nos aprehendemos a nosotros mismos.

En la presentación de su *Trilogía* en el abarrotado auditorio del Banco Urquijo, Zubiri dice:

“Muchas veces me llamáis ‘profesor de filosofía’. Pues bien, yo no admito ese calificativo más que quitándole la ‘r’. Soy ‘profeso’ en filosofía. [Profesar: Tener o mostrar un sentimiento o una actitud hacia alguien o algo / Ejercer una profesión o un oficio (RAE: DLE)].

Este libro que hoy presento constituye el último eslabón de una preocupación por el tema que he sentido desde que tenía 19 años, cuando comenzaba mis tesis doctorales en Lovaina y Madrid”.

PREPARANDO EL HOMBRE Y DIOS

En el año 1983, con las fuerzas mermadas por un cáncer, Zubiri comenzó a preparar un nuevo libro, *El hombre y Dios*, que ya no pudo terminar.

En los últimos tres años, Zubiri ha escrito tantos libros como en toda su vida. Terminado su *Tríptico* sobre la *Inteligencia sentiente*, retoma de nuevo *El hombre y Dios*, cuya redacción había abandonado en 1975 para desarrollar su teoría de la inteligencia. Tiene un gran empeño en publicarlo, pero no le da tiempo más que a corregir superficialmente la primera parte. Siente que la vida se le va.

A finales de 1982, acaba de redactar su último trabajo completo: "La génesis humana", que Ignacio Ellacuría le había urgido porque quería ver por fin publicada una antropología zubiriana. A Zubiri también le interesaba para ir perfilando la primera parte de *El hombre y Dios*, que empieza con una antropología.

ZUBIRI ANTE LA MUERTE

El 21 de septiembre fallecía en Madrid.

«Nada más entrar en el hospital lo colocan en un cuarto de servicio de urgencias a la espera de poder atenderle. Pronto un médico residente se acerca a él y, tras consultar el parte de ingreso, reconoce al filósofo. Le choca encontrarlo a una persona de su talla completamente sola, moribunda, en la penumbra de un cuarto de urgencias. Sabedor de su extrema gravedad, observa que ha vuelto en sí.

–Veo que le han dejado solo... le comenta el médico, mientras le examina.

–En esta vida –masculla Zubiri– uno está solo, y no es de extrañar que muera solo.

Poco después, fallece. [...] Laín está ocupado en ayudar a Carmen a redactar la esquela que quiere publicar en la prensa.

–Pido una oración por el eterno descanso de su persona –dice Carmen.

–Me parece muy bien. Pedir una oración por el eterno descanso de su alma parece un poco sarcástico para un filósofo que niega la separación del cuerpo y el alma –comenta Laín.

La esquela, al sustituir "alma" por "persona", sorprende en algunos ambientes eclesiásticos, y también se produce cierto escándalo cuando se anuncia que Zubiri será enterrado en el cementerio civil. Antes, el cementerio civil era el propio de ateos, masones, protestantes, suicidas y socialistas, gente rechazada por la Iglesia. Desde hace años, ya no tiene ese carácter.

Otros, en cambio, ven en el entierro la última lección del filósofo: la negación de la distinción entre lo sagrado y lo profano y el símbolo del puente entre las dos Españas. La familia de San Sebastián ha insistido en

que Xavier sea sepultado en el panteón familiar, pero es Carmen quien quiere que se le entierre en Madrid, cerca del panteón de Américo Castro [su padre], donde también ella piensa reposar. [...]

Precedida por el féretro, la comitiva avanza por el paseo central flanqueado por los sepulcros de los presidentes de la Primer República española: Estanislao Figueras, Francisco Pi i Margall y Nicolás Salmerón, y por el fundador del PSOE, Pablo Iglesias. Por todos lados, tumbas sin cruces. [...] La muerte es el emplazamiento definitivo para la definición de mí mismo – escribió Zubiri–. Por eso la vida es el camino hacia la soledad consigo mismo. Se vive entre las demás personas o cosas pero se muere solo. Morir es lo que ha sido ya definitivamente de mí. Termina la provisionalidad. Cesa el argumento.

Las frases pertenecen a Xavier Zubiri, aunque su orden ha sido alterado (X. Zubiri, *Sobre el hombre*, pp. 666 y ss.). Carmen hace grabar en la tumba el siguiente epitafio: “¡Aleluya, aleluya, aleluya” / Cristo ha resucitado. / No es vana nuestra fe”.

Zubiri, como cristiano, cree en la resurrección de la persona, rechazando a la vez cualquier dualismo alma-cuerpo: “Al ser del hombre lo sacan de la condición de estar sometido al poder del pecado y queda sometido al orbe del poder de Dios (gracia)” (X. Zubiri, *El problema teológico del hombre: Cristianismo*, op. cit., p. 336).» [Jordi Corominas Escudé / Joan Albert Vicens: *Xavier Zubiri: la soledad sonora*. Madrid: Taurus, 2006, p. 705 ss]

Hay en torno a su muerte un aspecto simbólico que no pasa desapercibido para la prensa: el entierro por voluntad propia en el cementerio civil, junto a su suegro, el político e intelectual heterodoxo, Américo Castro.

El hecho es todo un símbolo de lo que representa el pensamiento y la vida de Zubiri. Con la decisión de ser enterrado en el cementerio civil, aun siendo creyente cristiano, Zubiri dicta la última lección de su secularizada filosofía: tiende un puente entre la orilla llamada sagrada y la orilla llamada profana afirmando su radical unidad por la religación al poder de lo real.



Tumba de Xavier Zubiri y su esposa en el Cementerio Civil de Madrid

ZUBIRI Y LA VOCACIÓN PARA LA VIDA INTELECTUAL

Extracto de la siguiente fuente: Jordi Corominas / Joan Albert Vicens: "Xavier Zubiri, amigo de la luz, maestro en la penumbra", en Antonio Pintor Ramos (Coord.): *Zubiri desde el siglo XXI*. Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, p. 15 ss.

«Vocación, vida intelectual y magisterio filosófico se articulan de un modo muy preciso: no es posible una vida intelectual sin vocación, y el magisterio filosófico se desprende naturalmente de la vida intelectual aun cuando ésta no se proponga explícitamente ningún tipo de educación filosófica. [...]

Por nacer en determinado momento de la historia el hombre tiene una forma de realidad distinta de la que tendría si hubiera nacido en otro momento. Las normas, las pautas, los hábitos y la institucionalización de los mismos conforman nuestra forma de realidad o personalidad y en cierto modo prefiguran nuestra vocación.

Cuando queremos decidir sobre nuestra vocación, ésta ya ha sido hasta cierto punto decantada por un sinfín de factores psico-orgánicos, sociales e históricos. Sin embargo, al ser personal mi modo de realidad, mi forma de realidad no es nunca clausurable ni completamente rígida. Por eso el mejor de los terapeutas se lleva siempre sorpresas ante los cambios que se operan en la "personalidad" de su paciente y por eso el futuro puede ser más o menos previsible, pero nunca determinado.

En definitiva, para apropiarme de determinadas posibilidades en mi futuro profesional, afectivo (estado civil, etc.), social (formar parte de determinado grupo, asociación, etc.) ..., tengo que tener en cuenta mi forma de realidad, mi modo de ser, mi personalidad, para ver en qué se acomoda mejor.

"Tener una vocación no significa que el vocado la conozca; uno puede tener alguna vocación o muchas vocaciones y no haberse dado cuenta de ella hasta más tarde, por las circunstancias que fueren. Pero, en fin, tienes una vocación. Y esto es una cosa enormemente grave, porque esto retrotrae, naturalmente, el sistema de conceptos de una obra, la ocupación en ese tema y los intereses incluso que mueven a ese tema a la dimensión profunda que es el modo de ser de la persona misma" (X. Zubiri: *Estudios menores (1953-1983)*, p. 280 ss).

El mismo Zubiri situaba el origen de su vocación filosófica en una mañana donostiarra en que, viéndolo deambular despistado por el patio del colegio de los marianistas, el P. Esteban Pinedo le espetó: "¿Tú qué haces?, ¿el filósofo?". Ante el desconcierto de Xavier, que entonces tenía poco más de 10 años, reaccionó el P. Esteban llevándole a la biblioteca de la escuela, donde puso en sus manos obras de distintos pensadores y le prestó, para que se lo llevara a casa, *El Criterio* de Jaime Balmes. (Anécdota narrada por Carmen Castro: *Biografía de Xavier Zubiri*, Málaga, 1992).

En una de sus cartas, Zubiri destacó el impacto que tuvo este libro en su persona como revelador de su propia vocación: "Mi vocación filosófica había germinado. Así continuaron las cosas hasta cuarto y quinto de bachillerato".

Junto a *El Criterio* de Balmes hay que situar al Padre Domingo Lázaro, profesor de Zubiri en el bachillerato y director del colegio de los marianistas de San Sebastián. Lázaro era un intelectual capaz, sin pompas ni fastos, preocupado por las cuestiones filosóficas y teológicas de mayor actualidad y por la falta de preparación intelectual de muchos católicos. [...]

Sin embargo, si Domingo Lázaro le despertó a la vida intelectual, fue a Juan Zaragüeta a quien Zubiri consideró su "introducción a la filosofía". Zubiri siempre lo reconoció como su maestro en el mismo sentido en que lo fue más tarde Ortega. [...]

Juan Zaragüeta (1883-1974)

Zubiri aprendió de Zaragüeta una técnica filosófica que inspiraría en parte su estilo expositivo y un espíritu de libertad intelectual imposible de administrar. En el colegio de los Marianistas y el seminario de Madrid, Zubiri respiró una tradición tomista que abundaba, mucho más que otras tradiciones filosóficas, en la importancia de la vocación y de la vida intelectual, aunque, claro está, al servicio de la salvación y del ideal católico. [...]

Cuando Zubiri fue al seminario de Madrid, su intención era la de emular de algún modo a sus dos maestros. Su ideal era ser a la vez "sacerdote católico, y hombre de estudio crítico". Pronto descubrió que por su constitución psicológica y por su propia avidez intelectual, al menos en su persona, las dos cosas resultaban incompatibles. No podemos entender la vida intelectual de Zubiri, sin referirnos a lo que él mismo confiesa como la gran equivocación de su vida: la decisión de ser sacerdote. Su verdadera vocación era la vida intelectual –la filosofía y la teología le apasionaban desde el bachillerato– y su error fue creer que el sacerdocio era el mejor medio para realizarla.

En este aspecto, Zaragüeta era el mejor modelo. No es aventurado pensar que el detonante de la crisis religiosa (Zubiri se ordenó sacerdote en 1921 en medio de una profunda crisis de fe) que culminaría en su secularización fue la imposibilidad de compaginar su vida intelectual y su vida religiosa. Ésta, en lugar de facilitarle la vida intelectual, se la complicaba.

Si ya en el seminario de Madrid se consideró dudosa la ortodoxia de Zubiri, la gota que colmó el vaso es que su maestro Zaragüeta le tuviera que recordar las decisiones del Concilio Vaticano I como límites que no podía superar en sus pronunciamientos. Pero había llegado a sus opiniones modernistas y a su posición enormemente crítica con la Iglesia por sus exigencias intelectuales. Su talante y su propia vocación le llevaron desde muy joven al debate íntimo por la verdad, a exigir razones y a vivir los problemas teóricos como algo en lo que le iba la vida. Solo la secularización

le permitiría vivir con holgura y con libertad su vida intelectual. La libertad, sobre todo la libertad filosófica, era imprescindible para ella. [...]

Zubiri sostuvo siempre que sus superiores le empujaron a la vocación sacerdotal contra su propia tendencia. Se dejó ejercer una violencia que, a todo pasado, pensó que habría podido evitar de haber expresado su sentimiento interior. Nunca dijo que se hiciera sacerdote por coacción de sus padres, pero sí que el ambiente familiar y vasco, fervorosamente católico, pudo ejercer sobre él más presión que una coacción. Era consciente de la confusión que engendró en torno a su vocación sacerdotal su interés por el estudio de temas eclesiásticos y por la geología, a lo que se añadía la inercia con que se encaminaba hacia la ordenación, sin atreverse a plantarse.

Se engañó a sí mismo pensando que el sacerdocio le posibilitaría dedicarse enteramente a su vocación intelectual y que le sería posible ejercer disimuladamente un sacerdocio modernista que podría ser útil a otras almas. Pronto descubrió que sus problemas de salud recurrentes tenían que ver con el conflicto entre su vocación filosófica consagrada al estudio y su sacerdocio.

Reconoció que tuvo miedo de hacer lo que hubiera sido consecuente dada su crisis de fe y su falta de vocación sacerdotal: romper con la Iglesia. Temió quedarse solo, aislado de su familia, y limitado en su futura carrera universitaria. Se ordenó sin vocación porque no se atrevió ni encontró las fuerzas con que oponerse a las circunstancias.

Después de su secularización, y a pesar del entusiasmo con el que revivió su fe cuando subsanó ante la Iglesia "el gran error de su vida" y del cuidado que siempre puso en evitar problemas con la jerarquía, su catolicismo siempre quedó supeditado a su vida intelectual. Si poco antes de la guerra civil pensaba que podía contribuir desde su cátedra a elevar el nivel intelectual de la iglesia española, pronto se dio cuenta de que esto era imposible sin sacrificar su vida intelectual. [...]

José Ortega y Gasset (1883-1955)

Zubiri descubrió su vocación y dio los primeros pasos de su vida intelectual junto a D. Lázaro y J. Zaragüeta, pero fue junto a Ortega, Bergson y Heidegger que su vocación y su vida filosófica alcanzaron un perfil propio. A Ortega Zubiri lo reconoció durante toda su vida como maestro ejemplar de filosofía. De Bergson dijo que en pocas horas de conversación le había dado más que cualquier lectura, y a Heidegger se refirió siempre como a su maestro en sus cursos universitarios de 1931 a 1935 y en un buen número de cursos privados de 1945 a 1955.

Zubiri no fue nunca el seguidor dócil de ninguno de ellos, de todos discrepó en lo doctrinal, pero ello no obstó para que supiera reconocerlos y estimarlos como maestros suyos. Siendo su discípulo fue experimentando también lo que significa ser maestro de filosofía.

Zubiri asistió a las últimas clases de Husserl en Friburgo, ante de su jubilación. Incluso cabe pensar que, a medida que Zubiri fue madurando su filosofía, Husserl fue adquiriendo una estatura mayor para él y que el talante zubiriano fue mucho más próximo a Husserl que a los maestros mencionados. Sin embargo, Zubiri vivió en Friburgo abocado a Heidegger y no parece que mantuviera al mismo tiempo con Husserl el contacto personal y diálogo imprescindible para constituir una relación discipular. [...]

Henri Bergson (1859-1941)

Sabemos que en 1922 Zubiri visitó a Bergson en París y que esta entrevista lo impactó profundamente, como lo expresaría años después en una carta a Heidegger: "En uno de los momentos más difíciles de mi vida, que exteriormente se desenvolvía sin mutación alguna, yo tuve el gozo inefable de haber encontrado al hombre que más necesitaba, y que en unas horas de conversación sobre temas puramente filosóficos me dio más de lo que yo podría recibir de libro alguno".

Carmen Castro confirma que Bergson "había impresionado mucho a Xavier como persona". Bergson era en aquellos tiempos un pensador de fama internacional, reconocido por sus obras y por su refinado talante intelectual, fascinante en sus conferencias, que congregaban a la élite social y cultural parisina. Baso esa carcasa de prestigio social se hallaba un diplomático de la paz, un hombre de concordia, moralmente íntegro, que llegaría a solicitar personalmente su inscripción en el registro judío de París durante la ocupación nazi cuando ya se le había excluido de esa lista por tratarse de un intelectual eminente.

En la carta citada, Zubiri le recrimina a Heidegger que con su actitud distante hacia él durante meses ha imposibilitado la sintonía personal y espiritual que sí había conseguido años antes con el filósofo francés en unas pocas horas; le asegura que el encuentro con Bergson le había ofrecido mucho más de lo que hubiera podido hallar con la lectura de sus libros.

Cuando habla con Bergson, Zubiri se dirige a Alemania huyendo de España donde, a base de maledicencias, se le está acorralando como sacerdote modernista. Necesita salir del país para poder vivir libremente su vocación intelectual. Al final, no podrá continuar su viaje porque tendrá que regresar a Vitoria para responder ante su obispo de las más graves acusaciones de heterodoxia.

En aquellos tiempos, Zubiri no podía mantener "una conversación sobre temas puramente filosóficos" con nadie en España. Con Zaragüeta, no podía hablar de filosofía sin ocultar sus creencias religiosas. Ante Ortega, pese a la sintonía doctrinal existente entre ambos, también ocultaba su agnosticismo y en aquellos años iniciales de su relación es seguro que mantenía la reserva que uno guarda ante aquellos de quienes depende su futuro: Zubiri esperaba que Ortega lo avalara en su carrera universitaria, amenazada por sus crecientes tensiones con la Iglesia. Es posible que con

Bergson pudiera expresarse por fin con toda libertad: tenía ante sí a un enorme pensador capaz de contemplarlo libre de todos prejuicios que padecía en Madrid por su condición de sacerdote.

Esta admiración de Zubiri por la radicalidad del método bergsoniano es lo que subyace en su interpretación de la frase de Bergson que gustó siempre de citar: "la filosofía nace de una concentración de pensamiento sobre la base de una emoción pura". Esa frase presidió muchos de sus cursos universitarios y privados. En el capítulo que dedica a Bergson en *Cinco lecciones de filosofía* nos da las claves para interpretarla. [...]

Quizás, conversando con Bergson, además de corregir sus antiguos juicios sobre él, encontró una posible perspectiva para escapar del subjetivismo sin por ello recaer en el realismo: el peculiar intuicionismo bergsoniano partía de un originario estar en la realidad, pero no negaba el papel de la inteligencia, la cual, cuando se arraiga en la intuición, elabora conceptos a la medida de cada cosa y los va corrigiendo como sea necesario.

En la base de la concentración de pensamiento que nos conduce a la filosofía debe haber una emoción que sólo de ella puede derivar y que, a su vez, la impulsa decisivamente. Esa emoción es, según Bergson, "la *joie*, la gozosa alegría de poseer la verdad. [...] Parece que Zubiri halló en Bergson a un filósofo con quien hablar únicamente de filosofía al margen de cualquier consideración religiosa, académica o personal. Quizás por todo ello pudo considerar a Bergson en 1922 como "el hombre que más necesitaba". [...]

Martin Heidegger (1889-1976)

En octubre de 1928, cuando no se habían cumplido los dos años del estreno de su cátedra en la Universidad de Madrid, atenazado todavía por su conflicto vocacional, Zubiri decidió trasladarse a Friburgo a estudiar junto a Husserl y Heidegger, alargando su estancia allí tanto como le fue posible.

A Zubiri le impactó el modo de vida intelectual que encarnaba Heidegger, pensador consagrado absolutamente a la filosofía, a diferencia de Ortega, y, a ojos de Zubiri, de una radicalidad mayor que su maestro madrileño. [...]

Sostiene Zubiri que en la decantación de una vida intelectual es decisivo el encuentro personal más allá de los libros.

Lo que Zubiri ha experimentado con los otros dos maestros quiere también vivirlo con Heidegger. Este le ha dejado durante su estancia en Friburgo una riqueza impresionante de pensamientos, pero Zubiri echa en falta "la solidez de la realidad viviente". [...]

Cuando Zubiri vuelve de Alemania en 1931, lo hace decidido a emprender su propia andadura. Trae todo un programa de vida intelectual marcado sin duda por sus maestros, pero en el que se adivina ya su propia originalidad. [...]

Edmund Husserl

Cuando estalló la guerra civil (1936), Zubiri estaba en Roma tramitando su secularización. Poco después fue expulsado de Italia y se refugió en París. Allí se interesó por la primera y segunda parte de *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, que fueron publicadas por Husserl en la revista de Belgrado *Philosophia*, en enero de 1937.

Tanto fue el interés, que en agosto de ese año escribió a su viejo maestro para preguntarle por la continuación del trabajo y para comentárselo. Lamentablemente, ya era demasiado tarde: Husserl reelaboró la obra, pero no pudo acabarla, pues su enfermedad le obligó a abandonar toda actividad justo aquel mes. [...]

Zubiri deseaba dialogar con Husserl y en su carta expresaba vivamente su admiración por él y su obra. Aunque apreció siempre el talante filosófico de Husserl, su gran interés por el último Husserl en plena guerra civil española bien pudo deberse a su identificación con el modo de vida filosófico que el maestro alemán encarnaba en una situación tan dramática como la que vivía Europa. [...]

“El fin de la humanidad no puede realizarse, si es que puede realizarse, más que a través de la filosofía, a través de nosotros, a condición de que seamos filósofos serios”. Por eso dice Husserl que la vocación filosófica convierte al pensador en un funcionario de la humanidad.»

XAVIER ZUBIRI, MAESTRO DE ESPAÑA

«A juicio de Laín Entralgo, Zubiri debería ser considerado un maestro de los españoles como lo fue Sócrates para los atenienses.

En 1955, cuando falleció Ortega, los diarios españoles recibieron la consigna de dar la noticia en dos artículos como máximo en los que se encomiara su figura sin disimular sus “errores políticos y religiosos”. Les ordenaban que “se eliminara siempre la denominación de maestro”.

En cambio, cuando murió Zubiri en 1983, al menos los discípulos más próximos de esta pudieron otorgarle en la prensa el título de maestro pero, 25 años después, conociendo mejor la trayectoria personal de Zubiri y liberados de los tópicos y prejuicios que llegaron a circular en torno a su filosofía, ¿no sería un acto de justicia intelectual reconocer a Zubiri como un maestro no ya de sus propios discípulos, sino de los españoles?

Lo más corriente es que el maestro se ciña a un ámbito reducido y especializado de estudiosos o intelectuales, pero en contadas ocasiones el maestro lo es también de un país por el hecho de encarnar ciertas virtudes ejemplares para el conjunto de los ciudadanos, porque todos ellos, de un modo u otro, podrían aprender de él algo decisivo para su vida personal y colectiva.

¿No es este el caso de Zubiri? ¿Por qué hay más reticencias a considerar a Zubiri maestro de España que a Bergson de Francia, a Heidegger de Alemania o a Ortega de nuestro país?

R. Safranski (*Un maestro de Alemania. Martín Heidegger y su tiempo*, Barcelona, 1997, p. 515) llama a Heidegger "maestro de Alemania" por haber hallado un "pensamiento que se mantiene cercano a las cosas y nos preserva de la caída en la banalidad"; dice de él que supo mantener abiertos los horizontes de la reflexión y que lo hizo con espíritu alemán. ¿Se podría decir algo parecido de Zubiri?

Sin embargo, parece que en España el concepto del maestro nacional remite a una figura con un liderazgo cultural y social y una amplia audiencia. Para muchos ese tipo de maestro incluye también el compromiso político y un papel de conciencia moral y política del país. Vistas así las cosas, Zubiri no sería un maestro de España.

Por otro lado, Zubiri parece haber prescindido en su filosofía de su condición española. La cuestión de España está ausente de sus reflexiones cuando, según Ortega, "para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar" debería ser España "el problema primero, plenario y perentorio".

Zubiri no escribió nada sobre su circunstancia española pese a que se las tuvo que ver con la España de la Restauración, la de la Dictadura de Primo de Rivera, la Republicana, la franquista, la de la transición democrática... Nunca los españoles escucharon de sus labios, ni hallaron en sus textos, una orientación o una reflexión sobre lo que sucedía en nuestro país, y menos todavía un juicio específico.

Especialmente en el erial del franquismo, muchos lo echaron en falta. "Zubiri –escribió Emilio Lledó en 1983– representó un oasis y, por supuesto, una esperanza; teníamos necesidad de encontrar a alguien que hablase por nosotros, que pensase y en cuyo pensamiento nos cobijásemos y nos justificásemos. Zubiri podía ofrecer una firma y honesta alternativa". Pero Lledó concluye que el filósofo solitario no estuvo a la altura de aquella esperanza" (E. Lledó: "La melancolía exuberante", *El País*, 22-9-1983). [...]

Se dijo de *Sobre la esencia* que era un "libro trascendental que no tenía ninguna importancia". [...] Con más o menos delicadeza, muchos descalifican a Zubiri como maestro de los españoles a causa de su distanciamiento de los asuntos candentes de la vida social, su apoliticismo y su falta de liderazgo social.

Quizás fue un gran pensador, pero le faltó el compromiso con su país que sí demostraron Unamuno, Ortega, o Aranguren por ejemplo. [...] En el contexto de la dictadura franquista, cuando muchos se jugaban la piel por los derechos humanos en España, no se acepta la disculpa de que Zubiri era un pensador puro y no un hombre de acción. [...]

Sin embargo, quizás nos hallemos ante una conclusión precipitada. [...] Cuando el fenomenólogo hace una reflexión de cariz más político o social,

la suele hacer en tanto que ciudadano y no como fruto de su quehacer filosófico. Zubiri se define como apolítico sencillamente porque cree que su vocación es distinta de la vocación política: no quiere prestarse a ningún tipo de servidumbres y reconoce su incapacidad para los análisis políticos. [...] “La dignidad de la persona estaba para Zubiri por encima de cualquier consideración política. La libertad de poder acceder a cualquier texto, la libertad de expresarse, la libertad del individuo” (Cristóbal Halfter). [...]

Como ha dicho repetidamente Diego Gracia: hay que juzgar más a las personas por lo que hacen que por lo que dejar de hacer: “Cabe decir que Zubiri no ejerció ciertas dimensiones de la praxis, porque nunca actuó directamente en política y menos se consideró un político.

Ahora bien, esto no tiene por qué juzgarse necesariamente de modo negativo. En primer lugar, porque habría que ver hasta qué punto la política que le tocó vivir –y otras muchas– no está viciadas desde su origen. Y en segundo, porque esa actitud de cautela, de no verse como un político, ni considerarse con especiales aptitudes políticas, si de una parte le llevó a vivir apartado de la política, de otra le evitó cometer grandes y graves errores, como los de su maestro Heidegger.

Hay que aprender a juzgar a las personas por lo que hacen más que por lo que no hacen” (“Entrevista a Diego Gracia”, cf. J. A. Vives, *Conversaciones sobre Xavier Zubiri*). [...]

El “apoliticismo” de Zubiri en la posguerra no significa indiferencia por la dimensión social del hombre –tema tratado en su filosofía–, ni siquiera por los problemas de la sociedad en que vive; significa la decisión consciente de que él no entrará en la batalla política: a este respecto se mantendrá en una actitud de independencia y nunca hará nada que pueda interpretarse como un apoyo explícito o implícito al gobierno de Franco. [...]

La vida que encarnó Zubiri fue una constante remoción de prejuicios y un continuo navegar en un mar de dudas, una búsqueda absolutamente honesta, a veces dramática, de la verdad, y que esta no corresponde necesariamente a nuestros anhelos ni se traduce en soluciones claras a nuestros problemas. [...]

La vida filosófica que nos enseña Zubiri no da por supuesto nada, ni tan siquiera la posibilidad de orientar a los hombres en los múltiples campos de la vida, mal que nos peses cuando andamos buscando seguridades y certezas.

La filosofía es un poco como el arte. No hay que prescribirle de entrada una eficacia pues bien hemos aprendido que la mentira o el autoengaño se introducen también en la pretensión de ser útiles o edificantes.

El que ejercita la filosofía, como el que ejercita el arte, sirve con mayor seguridad a su tiempo si se preocupa de comprender la problemática interna de su disciplina y expresar lo más exigente de sí mismo.

La mejor y más poderosa proyección de una filosofía en todas las esferas de la vida y del saber viene de un esfuerzo por un filosofar sin más.» [Jordi Corominas / Joan Albert Vicens: "Xavier Zubiri, amigo de la luz, maestro en la penumbra", en Antonio Pintor Ramos (Coord.): *Zubiri desde el siglo XXI*. Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, p. 90-97]



«¿Quién era Xavier Zubiri? De él llegaron a circular tópicos de diversa naturaleza: estereotipos filosóficos encasillándole como neoescolástico, filósofo cristiano, o como existencialista, orteguiano o heideggeriano; acusaciones teológicas tachándole de modernista y heterodoxo o de ultraortodoxo; calificativos políticos tildándole de republicano, de "exiliado interior", y también de colaboracionista, filofranquista y hasta de nacionalista; juicios sobre su persona tratándole de cobarde, distante, frío, retraído, desinteresado de toda acción cultural, y de valiente, íntimo, cálido, cercano, y comprometido con el impulso de la investigación en España.

Detrás de los panegíricos y hagiografías, en los que se le aureolaba con toda clase de elogios, y de los panfletos y libelos, en los que se le denigraba y vituperaba hasta con insultos, respiraba un ser humano con sus claros y oscuros y sus ambigüedades, sus aciertos y errores, sus grandezas y miserias, sus amigos y detractores.» [Jordi Corominas Escudé /Joan Albert Vicens: *Conversaciones sobre Xavier Zubiri*. PPC, Madrid, 2008]

SEMBLANZA DE XAVIER ZUBIRI

por su esposa Carmen Castro

(*Biografía de Xavier Zubiri*. Málaga: Ediciones Edinford, 1992)

Xavier hubiera deseado llamarse Jeremías. Era su profeta dilecto. Le conmovían su fuerza y su sensibilidad. Por eso Xavier sentía que no fuese también él el poeta de las maravillosas "Lamentaciones".

Xavier nunca perdió su extremada calidad humana –ello le hubiera horrorizado–. Su plenitud de humanidad con su pensar se acrecentaba. Él tuvo siempre tiempo para sonreír o llorar, y dejar su quehacer intelectual ante lo que consideró importante y grave, aunque fueran cosas ajenas a él. Su sonrisa, signo y señal de su calidad personal, daba muestras de su simpatía grande hacia su prójimo, sincero sentir-con él lo que el otro sentía.

Era metafísico, pero él no hizo nunca alarde de serlo. Hablaba de su metafísica con absoluta naturalidad, sin subrayar el valor de semejante pertenencia suya. Cuando alguien, señalado por su saber, le aseguraba que sí era un auténtico metafísico, Xavier quedaba perplejo y sin palabras. En otro sentido, tampoco le parecía para él adecuado el apelativo de filósofo, y menos todavía el de profesor de filosofía. Declaraba siempre su personal condición de "profeso en filosofía". Xavier era buen conocedor de los místicos; a veces este lector asiduo de Santa Teresa parecía convivir con ellos.

Xavier se ensombrecía cuando consideraba lo poco que su obra valía, y se encendía como una luminaria cuando alguien, conocedor de su pensar, lo utilizaba y prolongaba con gran sentido.

Zubiri, 'junto al puente'. Tal es la traducción de ese topónimo. Pienso que Zubiri persona se pasó la vida tendiendo puentes: puentes mentales. Ayudó a muchas gentes a que enlazaran de modo eficaz las orillas dispares de su propio vivir. El segundo apellido de Xavier es Apalategui, 'balda de un armario, o de una estantería'; en vasco-francés, sencillamente 'biblioteca'. Y resultó que Xavier deseó y pudo vivir toda su vida con un libro en las manos, y en recintos cuyas paredes se hallaban revestidas de estanterías repleta de libros.

En 1919 calculo yo que debió conocer al ya muy famoso D. José Ortega y Gasset, al que Xavier llamó siempre "Ortega" mientras don José llamaba a Xavier "Xavier" sin apellido. Era simpático proceder. En aquellos años se inició una amistad perdurable entre ambos que duró tanto como su vivir. El agradecimiento al maestro fue siempre reconocido por Xavier.

En septiembre de 1921, Xavier se ordena de diácono en Pamplona. Fue la suya una decisión penosísima. Su entorno ejercía sobre él una presión excesiva, muro infranqueable que no se sintió con fuerzas para derribarlo. Se ordenó no por decisión propia sino porque se lo ordenaron.

Xavier sabía ver Arte, y admirar creaciones logradas. Admiraba el arte sobrio, carente de todo lo superfluo, tenía un gusto certero, y era más sensible a la escultura y a la arquitectura que a la pintura.

Sus páginas manuscritas eran meros guiones. Páginas que una vez dictadas rompía tras haberles dado forma definitiva en la palabra hablada, dictada. Pero el dictado tenía que ser hecho a una persona, y no a un magnetofón. Algunos folios de sus libros han sido reescritos hasta diez y más veces. Eso son contar las repetidas variaciones que sufrieron los folios suyos escritos a lápiz y con una escritura tan difícil que, a veces, ni él mismo era capaz de descifrar.

En febrero de 1980 está gravísimo y tiene que ser operado de urgencia. Su cáncer es maligno. El tratamiento quirúrgico ha sido muy duro y Xavier quedó exhausto. Su actitud en todo momento ha sido ejemplar. De nada se ha quejado. A cuantos le atendían les ha dado las gracias incluso sin palabras, que apenas tenía voz. Al fin llegó la convalecencia.

En verdad diríase que Xavier fue durante largo tiempo el joven amigo de Platón esforzándose en la búsqueda de las razones de las cosas. Sólo cuando ya habían trascurrido muchos años, a veces, él octogenario, se sintió desfallecer como el octogenario Platón. No obstante, siguió el consejo agustiniano hasta el último momento de su vida, en que "todavía" consideraba, aun habiendo ya encontrado, que "había de buscar". Bien sabía Xavier por experiencia, como San Agustín, que "cuando el hombre ha terminado algo, entonces es cuando empieza".

¿QUIÉN ERA XAVIER ZUBIRI?

«¿Quién era Xavier Zubiri? De él llegaron a circular tópicos de diversa naturaleza: estereotipos filosóficos encasillándole como neoescolástico, filósofo cristiano, o como existencialista, orteguiano o heideggeriano; acusaciones teológicas tachándole de modernista y heterodoxo o de ultraortodoxo; calificativos políticos tildándole de republicano, de "exiliado interior", y también de colaboracionista, filofranquista y hasta de nacionalista; juicios sobre su persona tratándole de cobarde, distante, frío, retraído, desinteresado de toda acción cultural, y de valiente, íntimo, cálido, cercano, y comprometido con el impulso de la investigación en España. Detrás de los panegíricos y hagiografías, en los que se le aureolaba con toda clase de elogios, y de los panfletos y libelos, en los que se le denigraba y vituperaba hasta con insultos, respiraba un ser humano con sus claros y oscuros y sus ambigüedades, sus aciertos y errores, sus grandezas y miserias, sus amigos y detractores. [...]

Zubiri sabía ser amigo y, además, consideraba la relación amistosa como lo más necesario para la vida. "Quien no esté dotado de sensibilidad para hacerse amigos –decía él mismo– y ver en los demás algo más que semejantes, compañeros o socios, no puede ser amigo". Quien comparta esta sensibilidad no se extrañará de que Zubiri pudiera ser íntimamente amigo a la vez de personas muy de derechas y muy de izquierdas, de ateos y de creyentes, de miembros del Opus Dei y de defensores de la teología de la liberación, de falangistas y de comunistas, de nacionalistas y de auténticos liberales. La amistad no se atiene a ninguna clase de regla política, económica, religiosa o cultural. Así lo vivió Zubiri y así lo hemos sentido nosotros conversando con alguno de sus amigos.» [Corominas Escudé, Jordi / Vicens, Joan Albert: *Conversaciones sobre Xavier Zubiri*. PPC, Madrid, 2008]

ZUBIRI – "LEALTADES INVISIBLES" Y DELEGACIÓN FAMILIAR

«La vida no empieza en el vacío sino en determinado contexto vital. Podemos también incluir en este contexto, parcialmente por lo menos, fenómenos tales como la vocación, etc. La vocación no es forzosamente algo meramente natural como lo son las potencias y las facultades, sino que es ante todo un contexto vital. Entonces el hombre ciertamente ejecuta sus acciones como agente de ellas, pero también "a una" como *actor* de ellas. El hombre, a la vez que agente de su vida, es actor de su propia vida. La persona es en cierto modo el gran personaje de su vida.» [Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*, 1984, p. 77]

«Nunca tuve sentido de la vocación, aunque mis superiores, estimando mis cualidades intelectuales y considerando el precario estado de mi salud creyeran sinceramente lo contrario. A ello contribuiría de modo eficaz, mi temperamento reservado y encogido, ajeno a expansiones y confianzas

que pudieran traducir mi estado interior.» (Carta de X. Zubiri a la Sagrada Congregación del Concilio, 13-X-1933, FXZ). [Citado por Corominas, Jordi / Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, 2006, p. 715, n. 33]



Para entender a un filósofo “desde dentro”, como decía Ortega a los alemanes que deberían hacer con Goethe, hay que buscar lo que en él fue vida, aquello por lo que trabajó y luchó a lo largo de los años, aquello por lo que sentía pasión, lo que afectaba a su ánimo hasta la perturbación. Lo que él perseguía y lo que le perseguía incesantemente.

En su conferencia “L’intuition philosophique” (1911), Henri-Louis Bergson (1859-1941) decía que a todo filósofo en su búsqueda está le mueve una idea-fuerza, una intuición o presentimiento. En el fondo de toda filosofía hay una experiencia vital: “En este punto hay algo de simple, de infinitamente simple, tan extraordinariamente simple que el filósofo no ha sido capaz nunca de hablar de expresarlo. Por eso ha estado toda la vida hablando de ello. No podía formular lo que tenía en el espíritu sin sentirse obligado a corregir su fórmula, después a corregir su corrección, y así, de teoría en teoría, rectificándose tanto como creía completarse, no ha hecho otra cosa, por una complicación que traía otra complicación y por desarrollos yuxtapuestos a otros desarrollos, que buscar con una aproximación creciente la simplicidad de su intuición original. Toda la complejidad de su doctrina”.

Ortega incitaba a Zubiri a leer los clásicos para adquirir un estilo de prosa más “sensual”, es decir, como el de Ortega. Pero Zubiri, destinado a no vivir la vida, sino a “sólo pensarla”, se centró en la búsqueda de un punto arquimédico que sirviera de piedra angular de todo el edificio de su pensamiento y lo encontró en la “sensibilidad” y la “impresión de realidad”. Zubiri ha sido uno de los pocos filósofos que reflexionó sobre la importancia del cuerpo en la antropología, tema al que la mayoría de los filósofos, comenzando por Platón, no había dedicado su atención. También fue uno de los filósofos que más énfasis puso en el papel fundamental de la imaginación y la fantasía: “el hombre se encuentra, por una intrínseca necesidad, vertido a lo irreal, precisamente para poder estar en lo real”.

«Hay un modo de experiencia que consiste en el intento de asistir a la visión de lo real lograda *desde su propia interioridad*. Este asistir se funda en una instalación del experienciador en lo experiencial: es lo que llamo *compenetración*. No se trata de una penetración física, pero sí de estar compenetrado con aquello de que se hace experiencia. Es lo que se expresa al decir que una persona ve por los ojos de otra. Difícil operación: siempre se corre el riesgo de proyectar sobre lo experienciado la índole misma del experienciador. La compenetración es un riguroso modo de experiencia.» [IRA, 249-250]

«Todo ser humano puede decir lo que dijo de sí san Agustín: “Los hombres no pueden aplicar su oído a mi corazón donde soy lo que soy”. Xavier Zubiri

fue lo que fue él en su corazón, en su fondo insobornable. La vida personal de cada cual se va a la tumba con él, no pertenece a la historia, gustaba decir. Esto es lo que afirma Zubiri de Miguel Ángel y de Alejandro el Grande. Para Zubiri, es imposible escribir una biografía estrictamente hablando, pues consideraba que la biografía es la vida personal y única de cada cual, y que lo que se suele llamar biografía es en realidad el argumento de una vida, una historia biográfica.» [Corominas / Vicens, 2006: 23 y 709 n. 4]

“Aunque Zubiri no manifestaba sus opiniones políticas creo que había en su fondo una actitud ética. Algo que le importaba muchísimo era la libertad de pensamiento. La dignidad de la persona para Zubiri estaba por encima de cualquier consideración política. [...] Su actitud de cautela, de no verse como un político, si de una parte le llevó a vivir apartado de la política, de otra le evitó cometer grandes y graves errores, como los de su maestro Heidegger. Hay que aprender a juzgar a las personas por lo que hacen más que por lo que no hacen” (Corominas/Vicens, 2009: 94).

Desde el punto de vista del modelo sistémico de la “dinámica familiar”, es decir, de la influencia que las relaciones familiares ejercen entre uno y otro miembro, la biografía de Zubiri sería un ejemplo paradigmático. El enfoque sistémico considera que cada miembro de la familia interactúa con los demás y se influyen mutuamente. De modo que todo cambio en uno de los miembros repercutirá siempre sobre todo el sistema y provocará cambios en busca de mantener el status o equilibrio que existía.

«Deseamos llamar la atención sobre el rigor analítico con que Zubiri reflexiona sobre su drama vocacional, y la ecuanimidad y la ponderación con las que da cuentas de su error, sin eximirse a sí mismo de responsabilidades:

- 1) Zubiri sostuvo siempre que sus superiores le empujaron a la vocación sacerdotal contra su propia tendencia, pero reconoció también que él fue incapaz, por su propio temperamento, de expresar su sentimiento más íntimo. Se dejó ejercer una violencia que, a toro pasado, pensó que habría podido evitar de haber expresado su sentimiento interior. “Nunca tuve sentido de la vocación, aunque mis superiores, estimando mis cualidades intelectuales y considerando el precario estado de mi salud creyeran sinceramente lo contrario. A ello contribuía de modo eficaz mi temperamento reservado y encogido ajeno a expansiones y confianzas que pudieran traducir mi estadio interior” (Zubiri en carta a la Sagrada Congregación del Concilio, 13-X-1933).
- 2) Nunca dijo que se hiciera sacerdote por coacción de sus padres, pero sí que el ambiente familiar y vasco, fervorosamente católico, pudo ejercer sobre él más presión que una “coacción”.
- 3) Era consciente de la confusión que engendró en torno a su vocación sacerdotal su interés por el estudio de temas eclesiásticos y por la teología. Se engañó a sí mismo pensando que el sacerdocio le posibilitaría dedicarse enteramente a su vocación intelectual.

- 4) Pronto descubrió que sus problemas de salud recurrentes tenían que ver con el conflicto entre su vocación filosófica consagrada al estudio y su sacerdocio.
- 5) Reconoció que tuvo miedo de hacer lo que hubiera sido consecuente dada su crisis de fe y su falta de vocación sacerdotal: romper con la Iglesia. Temió quedarse solo, aislado de su familia, y limitado en su futura carrera universitaria. Se ordenó sin vocación porque no se atrevió ni encontró las fuerzas con que oponerse a las circunstancias.

Después de su secularización, y a pesar del entusiasmo con el que revivió su fe cuando subsanó ante la Iglesia “el gran error de su vida” y del cuidado que siempre puso en evitar nuevos problemas con la jerarquía, su catolicismo siempre quedó supeditado a su vida intelectual.» [Corominas/Vicens, 2009: 24-25]

Lealtad familiar es un concepto acuñado por Ivan Boszormeny-Nagy (1920-2007), psiquiatra, psicoterapeuta y profesor universitario húngaro-estadounidense, conocido sobre todo por desarrollar la terapia familiar dentro de una visión sistémica de los fenómenos intrapsíquicos que explican la cohesión familiar. Se le considera uno de los pioneros de la terapia familiar en las décadas de 1950 y 1960 con su obra: Ivan Boszormenyi-Nagy / Geraldine M. Spark: *Lealtades invisibles. Reciprocidad en terapia familiar intergeneracional*. Madrid: Amorrortu Editores, 2013.

Las lealtades invisibles son patrones de conducta repetitivos que vienen sucediendo desde generaciones atrás, nos obligan a pagar deudas ajenas a costa de nuestra propia vida o salud o beneficio. Por esta razón estamos unidos por medio de hilos invisibles que nos unen para bien o para mal con los ancestros del sistema familiar.

Las fuerzas reales de la libertad o la esclavitud están más allá de los juegos visibles de poder o las tácticas de manipulación. Los votos de lealtad hacia la familia de origen parten de leyes paradójicas: en el mártir que no permite que los restantes miembros de la familia «elaboren» su culpa subyace una fuerza de control mucho más poderosa que la del «mandón» exigente y vocinglero.

El hijo delincuente o manifiestamente rebelde puede ser, en realidad, el miembro más leal de una familia. Las relaciones familiares no pueden interpretarse a partir de las leyes que se aplican a relaciones sociales o incidentales como las que rigen entre los colegas de una profesión. De aquí resulta que un aspecto central de la terapia familiar será la búsqueda e identificación de conflictos de lealtad no admitidos, o incluso inconscientes, que operan en el seno de una familia.

El objetivo de esta lealtad familiar es promover la unidad y el sentido de pertenencia entre los miembros de la familia nuclear y extensa. La dependencia existente se genera por la necesidad de responder a demandas y a la dependencia mutua, que exige lealtad, es decir, la obligación de la

persona de preocuparse por aquellos que han hecho una inversión emocional en él o ella. Se trata de *un equilibrio*, de un balance entre lo que se da y lo que se pide. Cada miembro de la familia obedece a "ocultas fidelidades", que corresponden a pautas que se extienden a las familias respectivas. "Subsisten en el fondo del alma humana arcaicos agravios, sentimientos de haber sido tratados en la infancia con injusticia, rencores por no haber sido dotados con el suficiente sentimiento de seguridad. El niño lleva a cabo un saldo de cuentas de aquello que los padres no quisieron o no pudieron dar. La madre espera ser retribuida de su sacrificio; el hijo hace de mártir para pagar el sentimiento de culpa" (Rof Carballo).

Un atenuante y corrector dentro de la familia puede ser el papel delegado a la aya o persona tutelar, encargada en las casas principales de custodiar niños o jóvenes y de cuidar de su crianza y educación, que tan importante papel ha desempeñado en la familia de todos los tiempos. "Ese curioso personaje revestido de un ropaje casi ritual, en parte con arreglo al traje típico de la comarca, pero además realzado por collares, pendientes y otros adinículos, era casi un símbolo de carne y hueso de una misión sagrada; los padres desplazaban el "objeto transicional" a otra persona. El pretexto era que la robusta aldeana, bien dotada de reservorios nutricios, podría criar al vástago de la familia con más vigor y con arreglo a lo que a la jerarquía social de la familia era debido. El *Ama* servía, a la vez, de amortiguador en una relación madre-niño tormentosa y también de madre vicariante" (Rof Carballo).

Xavier Zubiri, como hijo mayor que nació enfermizo y al que el médico había pronosticado nada más nacer que "si vive, va a ser tonto", tuvo que demostrar toda su vida lo contrario. El temor de sus padres a que fuera disminuido hace que el niño fuera sobreprotegido, pero sometido a una gran exigencia: tendrá que hacer un enorme esfuerzo para demostrar lo que vale. De adulto, repetirá a menudo: "No soy un genio, pero tampoco soy tonto, ¿verdad?"

«Esto forjó un carácter hipocondríaco, escrupuloso y tenaz. Siempre le va a resultar difícil expresar sus pensamientos más íntimos y personales, y su fantástica capacidad analítica y especulativa chocará con la impotencia para afirmar sus anhelos más hondos. La prohibición absoluta de toda protesta y la necesidad de adaptarse a las exigencias sociales le llevarán a una cierta tristeza interior vivida en soledad.» [Corominas / Vicens, 2006: 29]

El padre nunca fue para el niño el pararrayos que desvía a tierra la descarga de alta tensión para evitar un cortocircuito. El padre apoyaba en todo la delegación que la madre transmitía al hijo: ser fiel siervo de la Iglesia y las exigencias de lealtad al niño, que debería recompensar así los desvelos de su madre por él. Padre y madre formaban un bloque familiar que no ofrecía al niño ninguna alternativa de identificación emocional. La madre, en cuya familia dos hermanos ya eran sacerdotes, quería ella también aportar su colaboración: "dar hijos a la Santa Madre Iglesia". El padre, que "adora a

su mujer”, la apoya firmemente en este su deseo, en vez de ofrecerse como alternativa emocional que ayudara al niño a salir de la burbuja materna.

«Como Miguel, el padre, pasa el tiempo ocupado en su negocio, Pilar, la madre, que sufre malestares frecuentes, es la que impone su voluntad en la familia. Madre autoritaria y dominante, acostumbrada al chantaje afectivo para conseguir lo que quiere, piensa para sus adentros que todos sus males son culpa de la falta de cariño y atención de los demás, incluido su propio hijo.

Mujer de misa diaria, implanta el rezo del rosario en su casa y un ambiente sobrio y devoto, con santos, estampillas y devocionarios repartidos por todos los rincones. Temerosa de los cambios y del auge turístico de la ciudad, se refugia cada vez más en la confesión y la práctica católica. Su familia, los Apalategui, es fervorosamente piadosa. Dos hermanos de Pilar son sacerdotes. Se da por descontado que el primer hijo de Pilar también debe ser sacerdote. Pocas veces ve el pequeño reír a su madre, que vive convencida de que la existencia es una inmensa cruz que a duras penas se puede sobrellevar.» [Corominas / Vicens, 2006: 29-30]

El nacimiento de un hermanito Fernando significa para el sobreprotegido primogénito Xavier una conmoción. Fernando es un niño rebosante de salud que no necesita los cuidados especiales de Xavier, pero esto también es para Fernando una ventaja: quedará libre de la delegación materna y de las lealtades invisibles que exige la familia y crece “inadvertido”. Estudia en el mismo colegio que Xavier, cursará su carrera de Derecho en Oviedo, allí se codeará con la flor y nata de la aristocracia de la ciudad y se convertirá en un perfecto galán, “célebre por sus lances amorosos, su atildamiento y su buen ver, como si él hubiera nacido para vivir la vida y Xavier para pensarla” (l.c. p. 31).

Xavier Zubiri pasó toda su vida entre la lucha contra y la lealtad invisible a la “Santa Madre Iglesia”, cumpliendo así parcialmente la delegación materna. Tras su secularización mantuvo fidelidad a la Madre Iglesia, cuidando siempre de no publicar nada que pudiera contradecir los dogmas de la teología católica, y sintiendo alivio cuando podía demostrar que lo que él pensaba no era ninguna herejía.

«Zubiri a lo largo de los años cambió drásticamente su concepción sobre la estructura precisa de las notas constitutivas de la realidad humana. En el famoso curso “Cuerpo y alma” (1950-1951) y, sobre todo, en el curso “El problema del hombre” (1953-1954) había dado al alma una sustantividad e independencia, que más tarde le parecieron excesivas.

Su explicación de la unidad del hombre, a pesar de intentar superar los dualismos, seguía siendo hilemórfica y trataba de asegurar algunas explicaciones tradicionales que atribuían al alma una inmortalidad por su propia naturaleza. Todavía en “El hombre, realidad personal” (1963) y en “El origen del hombre” (1964), a pesar de nuevos esfuerzos conceptuales y

terminológicos, no se libera todavía de lo que pudiéramos llamar presiones dogmáticas.

Sólo más tarde y expresamente en "El hombre y su cuerpo" (1973) empieza a llevar a sus últimas consecuencias su idea de la unidad estructural entre lo psíquico y lo orgánico. Sin negar nunca la irreductibilidad de lo psíquico humano a lo orgánico, cada vez mantuvo más firmemente su rigurosa unidad y codeterminación mutua, de modo que no puede darse uno sin el otro. Quedando constancia de esto no sólo en sus escritos sino en múltiples conversaciones. [...]

Zubiri acabó pensando y afirmando que la psique es por naturaleza mortal y no inmortal, de modo que con la muerte acaba todo en el hombre o acaba el hombre todo. Lo que sí sostenía Zubiri, pero ya como creyente cristiano y como teólogo, es que también todo el hombre resucita, si merece esta gracia o recibe esta gracia de Dios por la promesa de Jesús. Hay en este tema una fuerte censura en su pensamiento. Zubiri llevó hasta sus últimas consecuencias la lógica de lo que le parecía la interpretación objetiva de la realidad estructural del hombre.» [Ignacio Ellacuría, "Presentación" de *Sobre el hombre*, p. XVII-XVIII]



«El hombre, a lo largo de su vida, va fundando nuevas *urdimbres*, sucesivas *plataformas de despegue*, unas veces con otros afectos o vínculos, tales como el matrimonio o la amistad, otras con la dedicación a instituciones científicas, militares o políticas; finalmente, fundando él mismo *bases maternas*, de las que surge la empresa intelectual. He denominado a esto *Metaurdimbre* y señalado que en sujetos, como a menudo sucede en los artistas, hipersensibles a una urdimbre primera defectuosa, es la obra de arte, la creación artística, la que es construida como un retorno a una madre necesaria o más bien como un zurcido del insuficiente tejido primordial.

Citaré dos ejemplos, nada partidistas, pues proceden de críticos que no son psicoanalistas: el libro de Max Shechner, *Joyce in Nighttown*, sobre la vinculación maternal de James Joyce y del Yvon Brès sobre *La psychologie de Platon*, en el que se destaca el papel de la "urdimbre materna" en la obra del filósofo.

"Es ciertamente a la mujer a la que está vinculado el Amor de Platón, pero a la mujer que ha dejado de dar el placer y la ternura, a la que forma y transforma, a una Madre que no tiene ya ninguna de las características que habitualmente se reconocen a la madre, a la amante, o a la esposa, pero que conserva o adquiere el papel particularísimo de fecundadora por el espíritu...

Todos estos talentos Sócrates los coloca bajo el signo de *su madre*, Phainareté, que sólo rara vez aparece en Platón (págs. 226 y 227)".» [Rof Carballo, Juan: *La familia, diálogo recuperable*. Madrid: Editorial Karpós, 1976, p. 392]

ACONTECIMIENTOS CIENTÍFICOS DE SU TIEMPO

1898 – Nace en San Sebastián Xavier Zubiri Apalategui.

1900 – Edmund Husserl: *Investigaciones lógicas*.

Sigmund Freud: *La interpretación de los sueños*

1905 – Einstein publica su primer artículo sobre la relatividad restringida.

1900-1910 – Max Planck formula la ley de la radiación negra. Nace la teoría cuántica.

1910 – Ortega gana la Cátedra de Metafísica de la Universidad Central de Madrid.

1913 – Edmund Husserl: *Ideas para una fenomenología pura a una filosofía fenomenológica*.

1915 – Se gradúa de Bachiller.

El lingüista suizo Ferdinand de Saussure publica su: *Curso de lingüística general*.

1915-1916 – Estudios en el Seminario Conciliar de Madrid.

1919 – En la Universidad Central de Madrid conoce a Ortega y Gasset
Einstein da a conocer su: *Teoría general de la relatividad*.

1920 – Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad Central.

Licenciado en Filosofía Superior en la Universidad de Lovaina (Bélgica):
Le problème de l'objectivité d'après Husserl.

Doctorado en Teología (Roma). Viaje por Alemania

1921 – Doctorado en Filosofía en la Universidad de Madrid: *Ensayo de una teoría fenomenológica del juicio*. Ponente: Ortega y Gasset.

1923 – Ortega y Gasset funda la *Revista de Occidente*.

Comienza la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930).

1924-1926 – Nace la mecánica ondulatoria (Louis-Victor Pierre Raymond de Broglie, Erwin Schrödinger].

1926 – Zubiri obtiene la Cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad de Madrid.

1927 – Martin Heidegger: *Sein und Zeit*.

1928 -1930 – Ampliación de estudios en Friburgo de Brisgovia. Asiste a los cursos de Husserl y Heidegger. Carta de despedida a Martín Heidegger.

1928 – Hubble enuncia la ley sobre la expansión de las galaxias.

1929 – Kurt Gödel anuncia el teorema de incompletitud en su tesis doctoral: *Sobre la completitud del cálculo lógico*, tesis que expuso en

1930 en el Segundo Congreso sobre Teoría del conocimiento de las ciencias exactas en Königsberg.

1930 – Se descubren nuevas partículas subatómicas.

Ortega publica: *La rebelión de las masas*.

1931 – Tras su paso por Múnich, marcha a Berlín: trabaja con Nicolai Hartmann y traba amistad con eminentes físicos del momento: Albert Einstein, Max Planck, Erwin Schrödinger, Werner Heisenberg. Asiste a las clases de Werner Jäger sobre filología griega; estudia biología con Hans Spemann y Otto Mangold sobre el desarrollo embrionario. Asiste al foro sobre la teoría de la Gestalt.

1931 – Kurt Gödel publica su célebre teorema *Über formal unentscheidbare Sätze der Principia Mathematica und verwandter Systeme* (Sobre proposiciones formalmente indecidibles de Principia Mathematica y sistemas relacionados).

1931 – Se proclama la Segunda República Española.

1932-1933 – Curso en la Universidad Central de Madrid: "Introducción a la filosofía: horizonte de la creación, De Agustín a Hegel" e "Historia de la filosofía moderna".

1932 – Se descubre la primera antipartícula conocida (electrón positivo o positrón) postulada por Paul Dirac.

Henri Bergson: *Las dos fuentes de la moral y de la religión*.

1933 – Publica en la *Revista de Occidente*: "Sobre el problema de la filosofía".

1931-1935 – Atiende su cátedra en Madrid. Participa activamente en la Universidad Internacional de Santander invitando a científicos famosos como Erwin Schrödinger.

Tiene lugar en Roma el proceso eclesiástico para su reducción al estado laical, según lo había solicitado.

Contrae matrimonio con Carmen Castro, hija del historiador Américo Castro.

1934 – Curso oral en la Universidad de Madrid: "Introducción a la vida intelectual".

1934-1935 – Curso oral de 39 lecciones: "Helenismo y Cristianismo".

1935 – Xavier Zubiri publica en la *Revista de Occidente* (149, pp. 129-159): "En torno al problema de Dios" (publicado en NHD, 1987, pp. 417-454).

1936-1939 – La Guerra Civil española le sorprende en Roma, de donde tiene que huir con su esposa a París. Allí profundiza o inicia estudios de lingüística clásica, lenguas orientales, así como de Matemáticas, Física y Biología, todo ello en contacto con eminentes especialistas del momento

1938-1939 – A propuesta del filósofo católico francés Jacques Maritain (1882-1973), Zubiri da dos cursos en el Instituto Católico de París: “La filosofía de la religión en el pensamiento contemporáneo” (1938) y “Problemas de filosofía y de historia de las religiones” (1939).

1940-1942 – Actividad docente en la Universidad de Barcelona. En mayo da su última lección en una universidad española: “Nuestra situación intelectual” (publicado en NHD, 1944, pp. 27-57).

1940 – Ortega y Gasset: *Ideas y creencias*.

1942 – Xavier Zubiri: “El acontecer humano. Grecia y la pervivencia del pasado filosófico”, en *Escorial* 23 (1942) 401-432.

1943 – Jean-Paul Sartre: *L'être et le néant*. Sartre (1905-1980) se convierte en el principal exponente del existencialismo francés.

1943-1944 – Zubiri termina su primer libro *Naturaleza, Historia, Dios*, publicado en 1944 tras obtener el *nihil obstat* de la censura española.

1945 – Ortega y Gasset regresa a España.

1945-1946 – Curso oral sobre “Ciencia y realidad. Introducción al problema de la realidad”. Probablemente en este curso estaría ya formulada la tesis de que el ser es actualidad ulterior a la realidad y, por ende, ya no habría más ontología sino “metafísica” en la filosofía de Zubiri. Lo que está más allá del ser pasó a ser designado sistemáticamente como “realidad”.

1946 – Zubiri viaja con su esposa a Estados Unidos. En la Universidad de Princeton se reencuentra con profesores europeos conocidos, quizá también con Kurt Gödel (1906-1978). Allí da Xavier Zubiri una conferencia en francés: “Le réel et les mathématiques: un problème de philosophie”.

1946-1947 – Curso oral de 33 lecciones: “Tres definiciones clásicas del hombre”.

1947 – Se funda la *Sociedad de Estudios y Publicaciones*, dirigida por Zubiri y financiada por el Banco Urquijo. Como actividad de esta institución, Zubiri desarrollará cursos públicos sobre variados temas.

1947-1948 – Curso oral de 33 lecciones “¿Qué son las ideas?”, de las que solo se conservan los números 11, 12 y 13, más el índice detallado del curso entero.

1948 – Ortega y Gasset junto con Julián María ponen en marcha el *Instituto de Humanidades*, una institución independiente de toda clase de poderes.

1948-1949 – Curso oral de 33 lecciones sobre “El problema de Dios”.

1949 – Publica Pedro Laín Entralgo: *España como problema*.

Ortega y Gasset comienza en el Instituto de Humanidades su curso: "El hombre y la gente".

1950-1951 – Curso oral de 34 lecciones: "Cuerpo y alma".

1951-1952 – Curso oral de 33 lecciones: "La libertad".

1953 – James Watson y Francis Crick descubren la estructura de doble hélice del ADN y cómo cada parte de ADN es un doble espejo del que tiene enfrente, lo que explica por qué el ADN puede copiarse y reproducirse.

1953-1954 – Curso oral de 35 lecciones: "El problema del hombre".

1955 – Frederick Sanger y colaboradores establecen la secuencia de aminoácidos de una proteína (la insulina).

Muere Ortega y Gasset.

1957 – Comienza la era espacial.

1959 – Curso oral de 5 lecciones: "Sobre la persona".

Severo Ochoa y Arthur Kornberg realizan la síntesis biológica de ácidos nucleicos, a partir de la publicación por parte de Watson y Crick (1953) del modelo de la doble hélice del ADN que sugería cómo se podía llevar a cabo dicha síntesis. Nace la ingeniería genética.

1960 – Curso oral: "Acerca del mundo".

1961 – Curso oral de 5 lecciones: "Sobre la voluntad".

1962 – Zubiri publica su primera gran obra: *Sobre la esencia*. Comienzan las críticas y las falsas interpretaciones de esta obra.

1963 – Xavier Zubiri: *Cinco lecciones de filosofía*.

Xavier Zubiri: "El hombre realidad personal", en *Revista de Occidente*, 1 (1963), pp. 5-29.

1964 – Xavier Zubiri: "El origen del hombre", en *Revista de Occidente* 17.

Curso oral: "El problema del mal".

1965 – Curso oral de 6 lecciones: "El problema filosófico de la historia de las religiones".

Curso oral de 2 lecciones: "El problema de Dios en la historia de las religiones".

1966 – Curso oral de 2 lecciones: "El hombre y la verdad".

1966-1967 – Publicación de "Notas sobre la inteligencia humana", en *ASCLEPIO, Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica*, vols. XVIII-XIX, años MCMLXVI-VI, pp. 341-353.

1967 – Curso oral de 6 lecciones sobre "El hombre: lo real y lo irreal".

1968 – Curso oral de 6 lecciones: "El hombre y el problema de Dios".

1969 – Curso oral de 11 lecciones: “Estructura dinámica de la realidad”. Marzo de 1969, curso oral de dos lecciones: “La estructura de la metafísica”.

1969-1970 – Curso oral de 12 lecciones: “Los problemas fundamentales de la metafísica occidental”.

1971 – Se crea el *Seminario Xavier Zubiri*, dentro de la Sociedad de Estudios y Publicaciones. En este seminario, Zubiri encuentra un ámbito para exponer y discutir sus ideas con un grupo escogido de interesados en su obra.

1971-1972 – Curso oral de 26 lecciones: “El problema teológico del hombre”.

1973 – Zubiri dicta un curso de lecciones en la Universidad Gregoriana de Roma: “El problema teológico del hombre”.

Curso oral de 12 lecciones: “El hombre y Dios”.

Xavier Zubiri: “El hombre y su cuerpo”, en ASC 15 (1973) 3-15. Aquí sostiene Zubiri que en caso “de supervivencia e inmortalidad, quien sobrevive y es inmortal no es el alma, sino el hombre, esto es, la sustantividad entera” (EM 107)

1974 – Publicación del primer número de *Realitas*, anuario del *Seminario Xavier Zubiri*. El tercero y último número se publicó en 1979.

Curso oral de 3 lecciones: “Tres dimensiones del ser humano: individual, social e histórica”.

Xavier Zubiri: “La dimensión histórica del ser humano”, en *Realitas* I, 1974, pp. 11-49.

1975 – El 20 de noviembre de 1975 muere el general Francisco Franco y el rey Juan Carlos I asume la Jefatura del Estado.

Xavier Zubiri: “El problema teológico del hombre”, en A. Vargas-Machuca (ed): *Teología y mundo contemporáneo. Homenaje a Karl Rahner*, Madrid 1975, 55-64.

Curso oral de dos lecciones: “Reflexiones filosóficas sobre lo estético”.

Comienza la “Transición”: Tras la muerte del general Franco, el 22 de noviembre de 1975, fue proclamado rey ante las Cortes y el Consejo del Reino Juan Carlos I de Borbón, que había sido designado seis años antes por Franco como su sucesor «a título de rey».

1977 – El 15 de junio de 1977: Las Primeras elecciones democráticas en España marcan el final del proceso de la Transición que se había iniciado en noviembre de 1975 con la muerte de Franco.

1979 – La República Federal de Alemania concede a Zubiri *Das Große Verdienstkreuz* (Gran Cruz del Mérito).

1978 – *Constitución Española*, que restaura la democracia.

1980 – Zubiri tiene que ser operado de urgencia.

La Universidad de Deusto le hace *Doctor Honoris Causa* en Teología y con este motivo Zubiri pronuncia una lección inaugural: "Reflexiones teológicas sobre la Eucaristía".

Se publica *Inteligencia sentiente* (más tarde *Inteligencia y realidad*), primer volumen de la trilogía sobre la inteligencia (Noología).

1982 – Se publica el segundo volumen de la trilogía sobre la inteligencia: *Inteligencia y logos*.

Zubiri recibe el Premio Ramón y Cajal a la Investigación, compartido con el bioquímico y premio Nobel Severo Ochoa.

Xavier Zubiri: "La génesis de la realidad humana", publicada en cap. VIII del libro *Sobre el hombre* (1986).

1983 – Se publica el tercer tomo de la trilogía sobre la inteligencia: *Inteligencia y razón*.

El 21 de septiembre muere casi repentinamente Xavier Zubiri Apalategui.

1984 – Sale a la luz *El hombre y Dios* (1982-1983).

1986 – Ignacio Ellacuría publica los más importantes textos inéditos de Xavier Zubiri sobre el hombre bajo el título: *Sobre el hombre*.

En los años siguientes comenzará la publicación de todos los trabajos inéditos de Zubiri.